



Ante un ordenador y en la alcoba, ella era la única capaz de igualarle.

Jameson Neally, más conocido como Joker, era uno de los mejores hackers del mundo. Kinley Sullivan, también. Para él, trabajar solo había sido siempre su lema, pero tener que hacer equipo con la hermana de su jefe en su yate en mitad del mar era el único modo de atrapar a un infame delincuente. Kinley había tenido siempre una vena temeraria y un pasado oscuro, aunque la pasión que despertaba en él era mucho más peligrosa que cualquier malhechor. ¿Amar a Kinley sería un modo de redimirlos a ambos, o acabaría Joker pagando los platos rotos?

Capítulo Uno

«**H**ijo de...» Kinley Sullivan contemplaba incrédula los ceros que parpadeaban en la pantalla. «¡No puede ser!».

Por más que le gustaría que aquello fuera una pesadilla, estaba sin un céntimo. El dinero había desaparecido. Casi cincuenta millones de dólares evaporados. Y aún peor: alguien le había robado utilizando sus propios métodos. Le habían devuelto la jugada. El pasado por fin le había dado alcance.

Creía que tenía más tiempo. Más oportunidades para hacer el bien, para compensar. Siempre había sabido que alguna de las personas a las que había cabreado acabaría por encontrarla. No se podía robar el dinero de los poderosos, de los depravados, de los criminales incluso, sin que alguien buscara venganza y, teniendo en cuenta que llevaba casi veinte años haciéndolo —desde que tenía dieciséis—, había logrado escabullirse durante bastante tiempo.

El verdadero problema era que, seguramente, quien la había encontrado no se contentaría solo con recuperar su dinero. Querría también cobrarse su venganza en carne. Y si habían localizado sus cuentas, también la localizarían a ella.

Ese pensamiento le hizo levantarse de un salto de la silla, que salió rodando sobre el suelo de madera del ático en el que llevaba tres meses viviendo y, con un suspiro, ir al dormitorio a por la bolsa de viaje que siempre tenía preparada para casos de emergencia. Después del incidente con su hermanastro y la mafia rusa acaecido un año antes —la primera vez que se había visto cara a cara con su medio hermano, ya que hasta los dieciséis no supo de su existencia—, llegó a la conclusión de que, en algún momento, tendría que abandonar su equipo. Ese día había llegado.

Se colgó del cuello la cadena con un colgante plateado que ocultaba una memoria USB y que quedó alojado bajo la camiseta, entre sus pechos. Era una prueba demasiado incriminatoria para abandonarla junto con todo

lo demás, y estaba metiendo también un portátil en su vieja mochila cuando el inconfundible sonido de un correo entrante llamó su atención. Abrió la tapa del ordenador y revisó las notificaciones de la pantalla. En el asunto del mensaje no había nada. Lo abrió. Una espantosa retahíla de maldiciones salió de su boca cuando el mensaje apareció en la pantalla. Mataría a aquel bastardo.

Jameson Neally, conocido también como Joker, se arrellanó en su cómoda silla. La habitación en que se encontraba estaba a oscuras, y la única luz era la que emitían las pantallas de ordenador. Era tarde, pero habría dado igual que fueran las doce del mediodía porque al sótano no llegaba luz. Para evitar a los vecinos entrometidos y las miradas curiosas.

No solía cultivar las relaciones sociales, pero en las pocas ocasiones en las que había hablado con la pareja que vivía al lado, o con la señora mayor que habitaba, junto con sus cuatro gatos, la casa de la acera de enfrente se había mostrado educado y se había referido vagamente a la actividad con que se ganaba la vida. Igual no les parecía bien tener como vecino a un hacker que trabajaba por su cuenta en un sótano. Aquel era un barrio de clase media alta, con casas que costaban más de lo que deberían. Hacía años que se había comprado la suya para poder mezclarse y desaparecer, pero al final, le había llegado a gustar. Le recordaba al barrio en el que vivía de crío con sus padres, hasta que ambos murieron y se quedó completamente solo.

Tampa le ofrecía sol todo el año, aun cuando no solía disfrutarlo con demasiada frecuencia, y era una ciudad grande en la que desaparecer si era necesario. Pero nada de todo eso importaba en aquel momento. Llevaba prácticamente un año controlando a una mujer, y no porque le pagaran por ello —que también—, sino porque no habría podido dejar de hacerlo aunque quisiera. Kinley Sullivan le fascinaba desde el primer momento en que apareció en la pantalla de su ordenador. Era una mujer brillante y solitaria como él. Aunque no se conocían en persona, tenían una historia complicada juntos.

Apoyó la cabeza en el respaldo alto de su silla, cerró los ojos y suspiró. Kinley Sullivan lo mataría por lo que acababa de hacer, seguro, pero así nadie la mataría a ella. Aquella noche, al menos, siempre y cuando hubiera hecho uso del billete de avión que acababa de enviarle por correo electrónico. Estaría cabreada como una mona porque le había robado todo su dinero, pero eso era lo que pasaba cuando te negabas a contactar durante más de un año y los malos te encontraban. No sabía de quién podía

tratarse, pero daba igual. Kinley tenía la costumbre de cabrear a la gente más poderosa e implacable.

Si Gray Lockwood, el medio hermano de Kinley, amigo suyo y, a veces jefe, se enterara de lo que había hecho... desde luego no iba a aprobar sus métodos, aunque lo cierto era que no había tenido muchas otras opciones. Llevaba meses buscando a Kinley, y ella siempre había ido un paso por delante de él, lo cual le resultaba frustrante y humillante, sobre todo teniendo en cuenta que, la última vez que la encontró, la mafia rusa la tenía en el punto de mira. El peligro se empeñaba en seguirla a todas partes y, por alguna razón, él no podía dejar de protegerla. Principalmente, de sí mismo.

Estaba sola, y llevaba mucho tiempo estándolo, pero había gente que quería ayudarla. Gray le había dicho que no la presionara. Que se limitara a observarla. Quería que saliera del hielo por su propio pie. Gray se había pasado diez años en prisión por un delito que no había cometido, y había sido precisamente Kinley quien lo había culpado. Por supuesto que no era consciente de lo que hacía, o de a quién estaba implicando, pero... Todo era muy complicado. Por eso se había limitado a observar y esperar, hasta aquella noche.

Quizás Gray no estuviera de acuerdo con su plan, pero ya era demasiado tarde. El dinero de Kinley ya había pasado a engrosar una de sus cuentas offshore, así que mejor no involucrarlo. Al menos, hasta que ella apareciera y él pudiera determinar el alcance de sus problemas.

—¡Serás cerdo!

Joker se volvió de golpe al oír aquella voz. El corazón le había dado un salto, aun cuando sabía quién era la persona que había irrumpido en su santuario, mucho antes de la hora en que debería haber aterrizado su avión. ¿Cómo demonios lo había encontrado? ¿Y cómo era posible que ninguna de las alarmas último modelo que tenía instaladas en el perímetro hubiera saltado?

El salto de su corazón no tenía que ver con el miedo. Bueno, no con un miedo auténtico, ya que no creía que Kinley tuviera sed de venganza. Aun así, su plan que había trazado para aquel primer encuentro se desarrollaría en un populoso café, con la idea de que, al estar rodeados de gente inocente, su ira se mitigase mientras él trataba de convencerla de que no pretendía hundirla.

Sus ojos, del azul de un claro cielo de verano, relampagueaban de furia mientras se acercaba a él, empuñando un arma oscura con la mano

derecha. Lo primero en lo que reparaba en una situación como aquella era en el color de sus ojos, y no en el arma que le apuntaba al pecho...

El arma no se desviaba lo más mínimo, a pesar de que ella continuaba su avance pero, a juzgar por su lenguaje corporal, le pareció que no estaba decidida a apretar el gatillo. Nadie que se pasara la vida robando a los traficantes de drogas para después donar lo robado a programas de rehabilitación para drogadictos podía matar a otro ser humano, ¿no?

—¿Dónde está mi dinero? —exigió.

—¿Por qué no bajas el arma, Kinley? —preguntó, levantándose con las manos en alto.

—¿Por qué no me devuelves mi dinero, Jameson?

Evidentemente sabía cómo se llamaba. Solo unas cuantas personas conocían su nombre verdadero, entre las que se encontraban su responsable en el FBI, el hermano de Kinley y sus socios en Stone Surveillance.

—Te lo devolveré.

Ella se rio escéptica, pero fue un alivio ver que el cañón del arma pasaba a apuntar al suelo.

—Te lo juro, Kinley. Solo necesitaba que vinieras, eso es todo.

—¿Y no se te ocurrió pedírmelo simplemente?

—¡Vamos! Llevo pidiéndotelo casi un año, y me has ignorado.

—Igual deberías aceptar la indirecta. O pedirlo un poco más amablemente.

Jameson dio unos pasos hacia ella, y Kinley no retrocedió.

—O puede que necesitara acorralarte. Estás en peligro, Kinley.

—¿Y? —una única ceja se alzó por encima de aquellos hipnóticos ojos—. He cabreado a muchos malos. Gray me soltó la última vez, y siempre me he preguntado por qué, aunque sabía que tú eras su perro, el que observa y espera hasta que él decida cobrarse el precio en carne.

Sus palabras le dolieron, no solo porque lo llamase perro, sino porque solo pudiera esperar lo peor de todo el mundo. Llevaba meses observándola, y sabía que no tenía amigos. Ni conocidos. Ni un pececito en una pecera. Y un solitario reconocía a otro.

—Gray no sabe nada de lo que está pasando aquí. Y se trata de un peligro distinto al que corres habitualmente. Esta vez, no sé a quién habrás

cabreado, pero van muy en serio —sentenció, muy preocupado—. Y se están acercando muy deprisa. Sabía que tú no atenderías a razones.

—¿Y has pensado que acorralarme, dejándome sin un céntimo, era el mejor modo de conseguir lo que querías? —preguntó, sin desviar el arma ni un centímetro.

—Estás aquí, ¿no? — se encogió de hombros.

La luz que provenía del exterior y que se filtraba por las persianas que tenía a la espalda resbaló por su cara. Joker no seguía la dirección del arma, sino que permaneció atento a sus ojos. Un perfume ligero que emanaba de ella, algo sutil, floral y dulce.

Kinley Sullivan llevaba huyendo desde los dieciséis años, sola, sin nadie en quien confiar o de quien depender. En realidad, ya había sido así mucho antes de que decidiera escapar de la vida delictiva que sus padres llevaban en Las Vegas.

—Puedo enseñarte las cuentas si hace que te sientas mejor. Dime dónde quieres que te envíe el dinero y te lo devuelvo de inmediato. No tengo intención de quedarme con lo que es tuyo, Kinley. Solo quiero ayudar. Asegurarme de que estás a salvo.

El arma que le apuntaba al pecho no se movió, pero ella ladeó un poco la cabeza.

—Lo mismo que tu hermano —se atrevió a añadir.

—Sí, ya. Le he fastidiado la vida.

—No has hecho tal cosa, pero esa es una conversación que debes tener con él.

—Y en cuanto baje el arma, me inmovilizarás para llevarme con él, ¿verdad?

—No. Si Gray hubiera querido que te llevaran por la fuerza, lo podría haber hecho hace meses.

—Sí, ya. Los dos sabemos que llevas casi un año siguiéndome, aunque yendo siempre por detrás de mí y con un dólar menos.

No se equivocaba, y la pulla le escoció un poco, pero al mismo tiempo le intrigó, más de lo que le gustaría admitir. Él era muy bueno en su trabajo, pero en los rincones oscuros de su mente sabía que ella era mejor.

—Lo importante es que tienes mi palabra. Esto no tiene nada que ver con Gray. Estabas en peligro, y forzar la situación es lo único que se me ha ocurrido para garantizar tu seguridad.

Despacio, Joker se volvió hacia un teclado y, con un solo dedo, presionó varias teclas hasta que la información que quería apareció en el monitor que tenía a su espalda. No podía ver toda la pantalla desde su posición, pero confiaba en que estuviera allí.

—No me parece gracioso —dijo ella—. Ya he visto mi cuenta bancaria y los ceros que hay en ella.

¿Qué estaba diciendo? Se volvió. Donde debería haber millones de dólares, solo había ceros.

—Hijo de...

Alguien iba un paso por delante de los dos.

Capítulo Dos

Quería gritar, pero no podía permitir que el hombre que tenía delante viera su frustración y su miedo. Estaba en la ruina más absoluta.

La ansiedad que la había asediado sin tregua durante los dos primeros años que estuvo sola volvió a retorcerle el estómago. Hacía mucho que no se sentía tan indefensa. Sí, tenía millones en la cuenta del banco, era robado, pero tenía dieciséis años, había huido y tenía que arreglárselas sola. Tenía que esconderse de la gente que pretendía hacerle daño.

El peligro siempre había estado ahí, acechando tras cada esquina. Había tardado un poco en decidir que, ya que tenía una diana pintada en la espalda, y la capacidad de hacer que otros pagasen por los delitos que habían cometido, podía usar sus capacidades para hacer el bien. Cuantos a más criminales despojaba de su dinero, más enemigos se ganaba.

Jameson Neally se lo había robado todo. Cómo le gustaría disparar el arma con que le apuntaba, pero ella no era así. Ni aunque sus padres la hubiesen educado para que lo fuera.

—¿Se puede saber dónde está el dinero?

La expresión de Joker le dijo todo lo que necesitaba saber, aunque también cabía la posibilidad de que estuviera jugando con ella.

—Eh...

—¿Lo has perdido?

Negando con la cabeza, se inclinó sobre el teclado y tecleó con furia. Los mechones lacios de su pelo le taparon un lado de la cara. Y ella quería ver su expresión así que, sin pensar lo que hacía, se los colocó tras la oreja. Rozarle le provocó una intensa sensación porque, a pesar de que había estado estudiándolo, siguiéndolo, observándolo, Jameson Neally era un desconocido, pero él estaba tan centrado en lo que estaba haciendo que no pareció darse cuenta de que lo había tocado, lo cual podría resultar un poco

desmoralizador, si se paraba a pensarlo. Las facciones marcadas de su cara estaban tensas por la concentración y sus labios, enmarcados por la cuidada barba, apretados. Obviamente se sentía frustrado.

—¿Lo has perdido? —preguntó de nuevo.

—Lo han robado —respondió Joker, arrancándose de la cara las gafas de montura oscura para lanzarlas a la mesa. De un manotazo, se apartó el pelo de la cara y lo recogió con una goma.

—Robado.

—¿Quién, y cómo propones que lo recuperemos?

Ese dinero la mantenía a resguardo, le proporcionaba recursos y protección frente a los malos de los que llevaba tanto tiempo huyendo. Sí, podía robar más, pero eso sería traicionar el propósito de su trabajo. Jamás se quedaba con un céntimo del dinero que robaba, porque estaba destinado a asuntos más importantes. El dinero que Joker le había quitado, se lo había robado a Lockwood Industries, la empresa de la familia de su medio hermano. El dinero por el que Gray había sido acusado en falso de malversación. Sí, había gastado un poco al principio, pero solo lo necesario para sobrevivir. Y, a lo largo de los años, se había asegurado de devolverlo. Ahora solo lo tocaba si era estrictamente necesario, porque ese dinero, en realidad, no era suyo.

Cada día de su vida, hasta los dieciséis años, había sido una mentira. Una mentira perfectamente orquestada, pero mentira, al fin y al cabo. Era hija de delincuentes que la habían criado para que fuera como ellos. Fue cuando cumplió los once o los doce cuando empezó a darse cuenta de que lo que hacían sus padres no era normal. No era normal entrar por la fuerza en los edificios, ni estafar a la gente, robarles o utilizar las habilidades que con tanta dedicación le habían inculcado para hackear y tomar lo que quisieran. No lo que quisiera ella, sino ellos.

Lo único que ella quería era ser una adolescente como las demás. Que la castigaran por llegar más tarde de la hora en que debía estar en casa. Que le quitasen las llaves cuando se escapaba para asistir a alguna fiesta y se tomaba unas copas. Pero no. Ella había sido una adolescente que vestía como una celebridad y que fingía ser la abeja reina para sacarles el dinero a los millonarios que iban a Las Vegas a divertirse.

Las luces brillantes, la ciudad en sí, era el coto de caza de sus padres, pero para ella, era una prisión, una cárcel de la que, al final, había conseguido escapar, a expensas del medio hermano cuya existencia

desconocía. El robo había sido cuidadosamente preparado por su madre para conseguir que su exmarido, el padre de Gray, pagase por haberla dejado. Pero al hacerlo, había involucrado a la persona equivocada. Gray había sido acusado de malversación de fondos y enviado diez años a la cárcel. La culpa mezclada con la ansiedad era un cóctel tóxico que le bullía bajo la piel.

—Nada de nosotros. Yo lo he perdido, y yo lo voy a encontrar —sentenció él.

—Perdona que no confíe en el hombre que me lo ha quitado todo —espetó ella—. No te voy a perder de vista hasta que haya recuperado mi dinero. Hasta el último céntimo.

Joker la miró atentamente con sus ojos verdes. Ya sabía que era un tío brillante. Él la había estado vigilando los últimos doce meses, pero ella también lo había vigilado a él con el fin de aprender cuanto fuera posible del perro de guarda de su hermano.

Joker era un hacker conocido, con reputación de ser perfecto. Era muy puntilloso con los trabajos que aceptaba, y no fallaba jamás. También se rodeaba de un halo de misterio, y muy poca gente sabía de él. Era un mito, una leyenda, pero el hombre que tenía delante no encajaba con la idea que se había hecho de él. Era atractivo de un modo descuidado, y no tenía el cuerpo blando que se esperaba de alguien que se pasaba horas sentado delante de un ordenador comiendo solo patatas fritas. Debajo de aquella

Henley informal y sus vaqueros desgastados, había un cuerpo de infarto.

—No tengo ni idea de dónde está, Kinley, pero te prometo que voy a encontrarlo. De verdad que mi intención era protegerte. Ayudarte.

—Pues está claro que te ha salido el tiro por la culata.

—Está claro.

Se pasó las manos por el pelo, deshizo la coleta que se había hecho antes y volvió a hacerla. Un tic, estaba claro.

—Me siento fatal por lo que ha pasado.

—Deberías.

Cerró los ojos un instante y Kinley intentó no reparar en su cuello largo y fuerte, o en cómo se movían sus músculos. ¿Qué narices le estaba

pasando? Aquel tío le había robado, manipulado y dejado en la más absoluta miseria.

Jameson dio un paso hacia ella.

—Voy a encontrar el dinero, Kinley. Te lo prometo.

—No necesito tu ayuda para encontrarlo. Envíame toda la información que tengas.

—No.

—¿Cómo que no?

—Pues que no puedo hacerlo. No me malinterpretes, que sé que esta situación es una mierda, pero el peligro que provocó todo esto sigue siendo real, y esa gente te sigue muy de cerca.

Y ahora ella se había quedado sin recursos para poder huir.

—¡Y me has dejado sin nada! No me fío de ti, Joker.

—Tú no te fías de nadie.

—Ya me has causado bastantes problemas. Dame la información y te dejaré en paz.

—Eso no va a pasar.

—Está bien —respondió dando media vuelta hacia la puerta—. Me ocuparé yo —y ya en la puerta, añadió—: eres un cerdo.

En eso no se equivocaba, pero no por ello iba a dejar de hacer lo que hubiera que hacer para protegerla. Había llegado el momento de sacar el as que tenía escondido en la manga.

—Sal por esa puerta y llamaré a tu hermano. En diez minutos, tendrá a un equipo de gente pisándote los talones.

Kinley perdió todo el color de la cara, y él se odió por hacerla sentirse así. No hacía falta ser psicólogo para comprender su respuesta. Era obvio que pensaba que su hermano no podía desearle ningún bien, aunque él sabía que no era así. Gray Lockwood solo quería protegerla, razón por la que le había encargado a él que la vigilara, pero las instrucciones de su amigo habían sido muy claras: no quería que forzase la situación. Que Kinley acudiera a él cuando se sintiera preparada y a salvo. Después de haberse pasado meses observándola, había llegado a la conclusión de que Kinley nunca llegaría a ese punto si no había algo que la empujara. Y aunque lo ocurrido no tenía ese objetivo, podía resultar un efecto colateral satisfactorio.

—¿Por qué? ¿Por qué ibas a llamarlo, si sabes que no quiero verlo?

—Porque tu hermano se preocupa por ti, Kinley.

—Qué tontería.

Joker negó con la cabeza. No habría palabras que pudieran convencerla. La culpa que Kinley sentía cada vez que se mencionaba el nombre de Gray era clara. Suspiró.

—Mira, sé que esta es una situación de mierda.

—Que tú has provocado.

—Vale. Culpa mía —admitió. No tenía problemas para asumir la verdad—.

Tendremos más posibilidades de recuperar tu dinero si trabajamos juntos.

Eso tienes que admitirlo.

Kinley iba a rebatir sus palabras, pero algo le hizo cambiar de opinión.

—En eso estoy de acuerdo.

Era un paso en la dirección correcta.

—Sé que no quieres involucrar a Gray —continuó, y levantó una mano para pedirle silencio—. No es necesario que me expliques por qué. Vuestra relación es complicada. Prometo no decirle que estás aquí conmigo, si accedes a que trabajemos juntos. Cuando recuperemos tu dinero, podrás marcharte tranquilamente.

—Uy, muchas gracias por darme permiso, papá.

—Estás en peligro, Kinley. Si no quieres la ayuda de Gray, al menos acepta la mía.

La vio apretar los dientes.

—No me dejas muchas alternativas. Me he quedado sin recursos. Solo tengo lo poco que pude sacar de mi casa y meter en mi única maleta.

Jameson abrió los brazos para abarcar todo lo que había a su alrededor.

—Lo mío es tuyo.

En la cabeza de Kinley se estaba librando una batalla entre el miedo y el pragmatismo. Afortunadamente, ganó el pragmatismo.

—Está bien. Al menos, de momento.

Recuperó las gafas que había lanzado sobre la mesa y dijo:

—Genial. A ver, empecemos por el principio: ¿se puede saber a quién has cabreado?

—Pregunta mejor a quién no.

—Sabemos que has quedado comprometida y, teniendo en cuenta que alguien ha robado tu dinero de mi cuenta, está claro que yo también lo estoy. Preparemos lo que vayamos a necesitar y salgamos zumbando.

Ambos eran seres solitarios, pero mientras ella cambiaba de residencia cada poco tiempo, él se había esforzado por crear una base en la que sentirse cómodo. Conocía a los que tenía más cerca, la cafetería y la panadería, y había tenido mucho cuidado para no dejar miguitas que pudieran hacerles imaginar que no era quien decía ser.

Después del desastre de su infancia, había sido importante para él echar raíces, aunque fueran solo superficiales, así que alejarse de aquella casa, aunque fuera durante un tiempo, le irritaba, pero era necesario. Al menos, tenía una alternativa lujosa esperándole. Una alternativa que le gustaba tanto como aquel lugar.

—Bien, pero solo he accedido a quedarme un par de días. Hasta que me haga una idea de qué está pasando y pueda contraatacar.

Estaría pensando en reunir algunos fondos y salir corriendo otra vez. Menos mal que él tenía otro as en la manga gracias al que lograría tenerla completamente a salvo. Aunque volvería a cabrearse cuando lo usara.

Vale, aquello no era lo que esperaba.

Cuando Jameson le dijo que tenía una alternativa segura, ni en un millón de años se esperaba encontrarse en uno de los puertos deportivos más exclusivos de la ciudad, contemplando boquiabierto una auténtica monstruosidad de yate.

Ninguno de los símbolos que esa sociedad consideraba prueba de éxito le importaban, pero parecía que a Joker sí, lo cual solo venía a confirmar lo que pensaba de él. Su brújula moral estaba desnortada. Megayates se alineaban a ambos lados del muelle en una ostentosa muestra de riqueza, y Jake los fue dejando atrás sin detenerse, dirigiéndose al que tenían enfrente. Se acercó a un grupo de gente reunida al pie y los saludó con una sonrisa antes de volverse a ella.

—Kinley, este es nuestro capitán, Eric.

—Bienvenida a bordo —la saludó aquel hombre bien vestido—. La tripulación y yo cuidaremos bien de usted.

Kinley parpadeó varias veces seguidas. La tripulación. Había una tripulación, claro.

—Eh... gracias.

Eric le presentó al resto. Frank, el segundo de abordaje; Rachel, la chef; y Meg, gobernanta. No tenía ni idea de cuánta gente era necesaria para mantener aquel monstruo a flote y operativo, algo imprescindible, y una inesperada inquietud se le agarró a las tripas. Ella no se había subido siquiera en una chalupa de pesca, y menos en un yate. ¿Y si se mareaba?

—No sé si es buena idea —le dijo a Joker.

Él sonrió de medio lado.

—Confía en mí. Todo va a ir bien.

Para él era fácil decirlo.

Joker le pasó un brazo por los hombros y con firmeza la fue dirigiendo hacia el barco. Kinley quería clavar los pies en el suelo y no moverse, pero por alguna razón su cuerpo no obedecía la orden. Registró vagamente el nombre del barco, Queen of Hearts, Reina de Corazones, mientras embarcaban por la plancha. Y resultó que no todo se bamboleó bajo sus pies.

Bueno, igual aquello no estaba tan mal.

Miró hacia atrás y vio a la tripulación ocupándose de cargar su equipaje y lo que parecían cajas con suministros.

Rachel apareció inesperadamente junto a ella. Le ofrecía una copa llena de un líquido rosado con hielo picado.

—Disfrute.

Joker la animó a tomar un sorbo y lo hizo. Daiquiri de fresa.

—¿No es un poco pronto para empezar a beber?

Jameson sonrió, y el brillo alegre de sus ojos verde claro cambió toda la expresividad de su cara. Desaparecido el friqui cerebral, quedó un diablillo perverso que disfrutaba convenciendo a otros de que pecasen. Aquella transformación la sorprendió, pero tuvo que admitir que ambas caras de la personalidad de Jameson resultaban igualmente atractivas.

Joker le enseñó someramente el yate. Kinley estaba ya en cubierta, contemplando las aguas cristalinas de la bahía de Tampa mientras se

alejaban de la ciudad. La cabeza le daba vueltas, pero no por el movimiento del yate, sino por la velocidad con que su vida se había salido completamente de control. Era una sensación que no le gustaba. Hacía mucho tiempo, doce años exactamente, que nadie decidía por ella, y le resultaba irritante.

Tomó un sorbo de su copa. Seguramente no era tan pronto para beber.

—Esto es tuyo —dijo.

—Sí.

Miró despacio a su alrededor.

—¿Cuánto?

—¿Cuánto?

—Sí. Que cuánto vale este yate.

Menos mal que tuvo la decencia de parecer un poco avergonzado.

—Unos cuantos millones.

—¿Cuántos exactamente?

Joker alzó su copa en la que brillaba un líquido claro con burbujas y dijo algo que no entendió.

—Perdona, ¿cuánto has dicho?

Con un suspiro, bajó la copa y repitió:

—Veintiséis millones.

¡Dios bendito! No era la cantidad en sí lo que la desbordó. De hecho, ella tenía casi el doble en la cuenta del banco. Era la idea de que se hubiera gastado tanto en algo tan extravagante.

—¡Vamos, no me mires así! —protestó él.

—¿Así, cómo?

—Como si fuera el villano de una película. Sí, he ganado unos cuantos millones.

—Robando, hackeando y colaborando con delincuentes —espetó, aunque escondida tras su copa.

Pero él la oyó.

—Admito que, al principio, acepté algunos trabajos de los que no me siento particularmente orgulloso, y que me pagaron bien. Pero de eso hace

mucho tiempo, y he pasado años intentando compensar esas decisiones — dijo, y añadió—: eso es algo que tú deberías probar. Me refiero a compensar errores.

Kinley hizo una mueca.

—No por eso está bien que te hayas quedado el beneficio de tus ganancias ilícitas.

Su sonrisa pícaro le provocó un cosquilleo en el vientre.

—Tampoco hace que esté mal. Yo ya no soy esa persona, confía en mí.

Confíar en él... ¡Ja! Dejó la copa en una mesita.

—Ni quiero ni necesito confiar en ti, Joker.

Jameson se inclinó hacia ella para dejar la copa junto a la suya, invadiendo su espacio personal, y tuvo que contener el aliento cuando sintió su calor llegarle a la piel, bombardeando sus sentidos.

—Tienes que admitir que tú y yo no somos tan distintos —dijo.

—Que los dos seamos hackers no nos hace iguales. Yo robo a gente de la peor calaña y uso su dinero para compensar el mal que han hecho al mundo. Yo diría que no nos parecemos en nada —sentenció, señalando el lujo que los rodeaba con los brazos abiertos.

Una pequeña sonrisa se dibujó en sus labios, pero algo oscuro y triste llenó sus ojos.

—Debes sentirte muy sola en tu torre de marfil. Tan perfecta y superior.

Pues sí. Su vida era solitaria, y llevaba siéndolo mucho tiempo, pero era su vida, y había llegado a aceptar que ese era el precio que tenía que pagar para ser capaz de mirarse en el espejo por las noches. Lo que hacía era peligroso, y no habría modo de justificar que pusiera la vida de otra persona en peligro. Pero eso no se lo iba a contar a él.

—No me considero perfecta ni superior —le contradijo.

Él se limitó a arquear una ceja, lo que la dejaba sin posibilidad de decir nada más si no quería parecer desesperada por corregir la opinión que tenía de ella, y no era el caso. Le daba igual lo que pensara.

—Si tú lo dices... —repuso él son una sonrisilla de superioridad.

Dios, cómo le gustaría borrarle esa expresión de la cara. Pero sus siguientes palabras se lo impidieron.

—¿Quieres ver a mis servidores?

Kinley parpadeó despacio. La irritación le había contraído el pecho, y lo que más deseaba una parte de sí misma era dar media vuelta y largarse de allí, pero la había tentado con una zanahoria que era incapaz de ignorar.

Maldito.

Capítulo Tres

Cuando la imaginaba babeando ante su equipamiento, no se refería precisamente a los ordenadores instalados en el barco pero, plantada en la puerta de la sala, contemplaba sus instalaciones como la mayoría de mujeres mirarían una copa de fresas cubiertas de chocolate. De ninguna manera iba a permitir que pusiera sus manos en aquellos teclados. No solo había información sensible sobre los trabajos que había hecho, sino también información que necesitaba mantener compartimentada y protegida. Junto a Stone Surveillance, trabajaba para ayudar a las víctimas de violencia doméstica a desaparecer, proporcionándoles una nueva identidad y monitorizando a sus abusadores para asegurarse de que sus víctimas no corrían peligro. Aunque sabía que Kinley no haría nada que pusiera en peligro a esas personas, le había hecho a Gray la promesa de mantener el secreto, e iba a mantener la palabra dada.

Además, su sistema contenía información clasificada del FBI, la CIA y Seguridad Nacional. Razones más que de sobra para denegarle el acceso, aunque en el fondo también temía que, si entraba, encontraría el modo de enviar una señal, convocar a uno de los señores de las drogas, o crearse una puerta trasera por la que poder entrar más tarde y crear un cataclismo en venganza por lo ocurrido. Incluso las tres cosas.

Se asomó al corredor y le hizo una seña a Rachel. Su tripulación era impecable, y no solo porque hacían un trabajo perfecto, sino porque todos ellos sabían lo que necesitaba con apenas una mirada y un gesto. Con una brillante sonrisa, Rachel tomó del brazo a Kinley para conducirla en dirección a la cubierta principal.

—¿Qué tal si hablamos de tus preferencias culinarias? ¿Alguna alergia?

—No —contestó, aunque apenas oía sus preguntas. Estaban pasando por una sala llena de ordenadores de última generación, terminales y servidores de todo tipo, y Kinley los miraba todos como el niño que pasara por la tienda de juguetes, contemplándolos pero sabiendo que su madre no se los iba a comprar.

—Te prepararé otra bebida. Ya se han preparado unos aperitivos junto a la piscina. La brisa es muy agradable hoy, ¿verdad?

Jameson aprovechó para desaparecer y llegarse a la habitación de uno de los miembros de la tripulación que se había encargado de sacar el móvil de Kinley de su equipaje. Rápidamente sacó la tarjeta y la clonó para poder recibir una copia de todos los correos, mensajes de textos y notificaciones que recibiera. Una vez hecho, fue en busca de alguien del equipo que pudiera volver a dejar el móvil en el equipaje de Kinley antes de que se diera cuenta de que faltaba, y luego fue en busca del capitán.

No tardó en encontrar a Eric dando órdenes al resto del personal.

Normalmente solían llevar una tripulación más numerosa, pero por razones obvias había pedido que Eric, Frank, Rachel y Meg trabajasen con el mínimo personal posible.

—Necesito que me hagas un favor.

—Lo que necesites.

—Quiero que pongas rumbo a Nueva Orleans. Llévanos a aguas abiertas, pero quédate lo bastante cerca de la costa para que podamos ir a puerto unas horas si fuera necesario, pero lo bastante lejos para que Kinley no pueda ver tierra.

Eric alzó las cejas, pero no hizo ninguna de las preguntas que se le pasaron por la cabeza, limitándose a asentir.

Pero esa no era la parte difícil de lo que tenía que pedirle.

—Luego quiero que finjas que tenemos una avería y que nos hemos quedado sin motor. Quiero que Kinley piense que no podemos ir a ninguna parte durante unos cuantos días.

Eric ladeó la cabeza e hizo su pregunta con una sonrisa.

—¿Crees que quiero saber por qué?

Jameson sonrió también.

—Seguramente no.

—¿Quién anda metido en líos: tú o ella?

—Digamos que un poco los dos. Sin embargo, no me fío de que Kinley sea lo bastante lista para permanecer bajo mi protección si atisba tierra firme.

En particular si se tropezaban con alguna alternativa viable.

Nunca había llevado a nadie a bordo del Queen. El barco era un oasis, una red de seguridad y de escape. Por eso solo lo había sugerido como último recurso, cuando estuvo claro que necesitaban un lugar seguro en el que reagruparse, analizar e investigar en la red. Pero después había caído en la cuenta de que tener a Kinley contra las cuerdas, en un lugar del que no podía escapar, les proporcionaba una capa más de protección, y a él le ofrecería la oportunidad de dormir una noche del tirón al no tener que estar constantemente vigilando. Estaba acorralada, pero aprovecharía el más mínimo despiste para desaparecer a la primera oportunidad que se le presentara. Porque eso era todo lo que había hecho desde que se fue de casa de sus padres con dieciséis años.

Había accedido a trabajar con él, pero él no había hecho la misma promesa, y cuando se diera cuenta de que no tenía intención de darle acceso a nada útil... se iba a cabrear.

Eric se llevó el índice a la sien a modo de saludo.

—Lo que necesites. Déjame que informe a la tripulación de adónde nos dirigimos.

—Asegúrate de que todos estén al corriente de lo que vamos a hacer, porque Kinley es muy hábil.

Y sin tener nada que hacer, no tardaría en aburrirse y empezar a fisgonear.

Vio alejarse a Eric en aquel entorno de refinados acabados, iluminación elegante y todos los aderezos de la riqueza. Normalmente era un lugar en el que se sentía relajado y cómodo, pero no en aquella mañana. Y solo podía ser culpa de la mujer que le esperaba en algún punto de la cubierta.

Kinley contempló la cubierta. Mucha gente, rodeada de lujo, se relajaría y disfrutaría, pero ella no era capaz de hacerlo. La energía y el nerviosismo no se lo permitían. La nota que había en su buzón y que había leído justo antes de salir de Tampa tampoco ayudaba: un anónimo exigiéndole que devolviera el dinero que había robado. No era la primera vez que la amenazaban y, seguramente, tampoco sería la última, aunque el hecho de que hubieran utilizado una dirección de correo imposible de localizar, también pesaba.

Por un momento pensó si debía compartir esa nota con Joker, pero decidió no hacerlo. Eso sí: necesitaba hacer algo. Pero cada vez que intentaba salir de la cubierta, alguien del personal aparecía en la puerta

para impedirselo. Educadamente, claro, pero estaba claro que pretendían que estuviera solo en un sitio. Joker no confiaba en ella, y no debería culparle. Ella tampoco confiaba en él.

—Contemplar desde aquí el horizonte, donde el azul de cielo se encuentra con el del mar, siempre me conmueve.

Ni siquiera le había oído acercarse. Para ser un hombre que se pasaba la mayor parte del tiempo sentado delante de un ordenador, se movía con la gracia y el sigilo de un ninja. Se permitió estudiarle de arriba abajo antes de volver a mirarlo a los ojos, y Jameson arqueó las cejas, pero no dijo nada. Su cuerpo no se puso tenso, ni se movió incómodo, sino que se limitó a permanecer quieto y dejar que lo mirara.

—¿Sales a menudo a navegar en este yate?

—No lo suficiente.

—Una respuesta muy genérica —contestó, apoyándose en la baranda de frente a él—. Esperaba más de ti.

—Genérica, pero cierta.

—¿Tan ocupado estás?

—¿Qué quieres que te diga? Tu hermano es muy persuasivo cuando quiere algo. La reputación de Stone Surveillance ha ido creciendo al mismo ritmo que su lista de clientes de élite.

Su tono orgulloso dejaba claro que creía hacer un trabajo bueno, pero ella no estaba tan segura. En su experiencia, quienes tenían todo el poder y todo el dinero, no solían ser precisamente buenas personas. Tampoco todos eran malos, pero considerando que su hermano y sus dos socios eran expresidarios, por muy ricos e influyentes que fueran, tenía sus dudas sobre la clase de clientes para los que trabajaban.

—Pero no trabajas en exclusiva para ellos.

—No, pero cada vez tengo más trabajo con ellos. Ahora mismo estoy en una posición en la que puedo elegir lo que quiero hacer y lo que no.

Siempre había sido así. En su campo, Joker era una leyenda que se había hecho famoso por rechazar casos muy lucrativos. Era misterioso e impredecible, cualidades ambas que habían contribuido al éxito que llevaba años cosechando.

—Espero que perseguir mi dinero no interfiera con los demás proyectos que tengas —sonrió, aunque en realidad no le preocupaba lo más mínimo.

—Tranquila, cucciola. Soy multitarea.

—Yo no soy tu mascota —respondió, molesta.

El brillo de los ojos verdes de Joker la irritó aún más. El muy cerdo se estaba riendo de ella.

—Deberías despedir a tu profesor de italiano.

—He aprendido italiano por mis propios medios.

Había aterrizado en un país del que no conocía el idioma y había tenido que aprender rápido.

—Entonces, tienes que mejorar tu vocabulario de términos cariñosos.

Una ola de calor le subió por todo el cuerpo, seguida de un escalofrío. No, no iba a entrar en eso.

—¿Cuándo puedo tener acceso a un ordenador? Necesito empezar a buscar mi dinero.

Jameson negó despacio.

—¿Cómo que no?

De ningún modo iba a tolerar que aquel hombre la tuviera retenida en mitad del golfo de México sin acceso a un ordenador.

—Pues que de ningún modo voy a dejar que toques mi sistema. Si eres sincera y los papeles estuvieran al contrario, tú tampoco me dejarías acercarme a tu equipo.

Kinley fue a protestar, pero no lo hizo porque el condenado tenía razón. Él era demasiado listo, y su sistema no eran solo un par de aparatos puestos juntos para tener acceso a internet, y en cuanto ella se acercara a uno solo de sus equipos, tendría acceso a cosas que no quería que viera.

—He traído mi propio ordenador —dijo. No era ni de lejos tan capaz como su sistema, pero valdría—. Solo tienes que darme acceso a internet.

Joker enarcó una sola ceja. Sí, eso tampoco lo haría ella. Con sus habilidades, tener acceso a la red sería igualmente letal. Mierda.

—No pienso quedarme aquí de brazos cruzados, Joker.

Jameson sacó una copa de vino del bar que tenía al lado, abrió la mano que Kinley tenía apretada en puño y le colocó la copa fría. Atrapada entre el calor de él y el frío del vidrio, su mano quiso temblar, pero ella no se lo permitió.

—Es cuestión de un día o dos —dijo, inclinándose hacia ella y mirándola fijamente a los ojos. Un pálpito de aprensión, de duda —por supuesto, no de interés— se le revolvió en el pecho—. Estoy seguro de que encontrarás algo en lo que entretenerte.

¿De verdad estaba sugiriendo lo que ella creía?

Por un lado quiso que su audacia la cabrease, pero era difícil convocar esa emoción cuando el vientre se le estaba derritiendo y un estremecimiento le recorría la piel. No tenía por costumbre huir de las dificultades, de modo que se enfrentó a él cara a cara. Ladeó la cabeza y compuso un mohín con los labios.

—¿Te estás ofreciendo para ser mi amante?

La risa que su pregunta provocó en él iluminó sus facciones e hizo que las mariposas que sentía en el estómago aleteasen con más brío y que su cuerpo vibrase con un deseo que no había sentido desde hacía mucho tiempo. Era un asco que su libido decidiera activarse precisamente con aquel hombre.

—No. Ni te confío mi equipo, ni mis ordenadores, ni las partes sensibles de mi cuerpo.

—¿Y eso? ¿Crees que soy como las mantis?

—Espero que no —contestó sin dejar de sonreír y levantando las manos en señal de rendición—. Pero no nos gustamos, así que algo me dice que el sexo entre nosotros sería más un combate que un goce.

Quiso llevarle la contraria —porque su cuerpo sabía exactamente qué clase de goce podían compartir— pero se dio cuenta de que eso tampoco la ayudaría. De hecho, solo serviría para demostrar que tenía razón.

—Así que no vas a entretenerme con tu maravilloso cuerpo, ¿no? —y no albergaba ninguna duda de que lo era—. ¿Y qué se supone que debo hacer? ¿Nadar? ¿Leer un libro? ¿Hacer solitarios?

—Si disfrutas con eso.

—Pero, por ahora, empecemos cenando. Rachel es una chef increíble.

Seguro que sí. Algo le decía que Jameson no se rodeaba de lo que no fuera increíble.

La cena resultó ser todo un acontecimiento. Normalmente Jameson huía de la pompa y las elaboraciones complicadas abordo, y el personal

había aprendido rápidamente que, cuando se encontraba en el Queen, lo que quería era paz y tranquilidad. Relajarse y escapar.

Y estaba claro que el personal había dado por sentado que había algo entre Kinley y ella, aunque le importaba muy poco lo que pudieran pensar, sería más fácil que nadie cuestionara por qué estaban allí. También explicaba por qué Rachel se había venido arriba con un menú de siete platos, algo que él jamás le había pedido, pero tenía que admitir que sabía cocinar. Era una chef de formación clásica, tremendamente buena en lo suyo.

Acababa de dejar ante ellos sendos platos de hojaldre relleno de crema batida y compota de mora, cubierto por un glaseado de miel y frambuesa. A Jameson la boca se le hizo agua.

—Estás mirando el postre como si llevaras ocho días pasando hambre. ¿Cómo puede ser, si llevamos sin dejar de comer platos deliciosos una hora y media?

Kinley había estado callada la mayor parte del tiempo, y al principio él había intentado darle conversación, pero los monosílabos con que le respondía le dejaron bien claro que no estaba interesada.

—Vaya... ¿ahora quieres charlar?

La mueca que le desfiguró la cara resultó graciosa y abordable. Había embarcado con lo que llevase en una única maleta, y allí estaba, la viva imagen de la elegancia y el estilo. Resultaba fácil imaginarla en un entorno como aquel.

—En realidad, no. Vas a zamparte eso de un bocado, ¿verdad?

Jameson se encogió de hombros y tomó el tenedor.

—¿Qué te voy a decir? Soy un goloso —dijo, y se llevó un buen pedazo a la boca. Los ojos se le cerraron y suspiró. El hojaldre se derretía en la boca, equilibrando la crema pastelera, y el ácido de la frambuesa cortaba el dulzor de la preparación. Incluso le pareció notar un punto de cítricos.

Abrió los ojos. Kinley lo miraba fijamente con sus ojos azules, entre fascinada y sorprendida, con su propio tenedor en el aire, menos cargado de lo que lo había estado el suyo. En parte, se sintió orgulloso por haberla dejado sin palabras y, en un movimiento rápido, le robó su bocado del tenedor.

—¡Eh! —protestó.

—Demasiado lenta.

Rodeó con el brazo el plato para acercárselo.

—Mío.

Había pasado la comida tensa, molesta, incómoda por estar allí con él, pero su movimiento, egoísta e improvisado, había horadado sus barreras y ahora sonreía.

—Seguro que Rachel tiene más en la cocina si no puedes poner coto a tu glotonería.

Dios, esa sonrisa era rara y tentadora, y le costó un triunfo contenerse para no acercarse a ella y reclamar un pedazo para sí. Pero no, sería un error. Estaba convencido de que, si lo intentaba, se llevaría un buen puñetazo en la cara. Estaba claro que había chispas entra ellos, por supuesto. Llevaba meses intrigado por aquella mujer, pero vivían en mundos distintos: ella era una nómada mientras que él se había pasado años echando las raíces que le habían cortado cuando era un niño. Y además estaba el hecho de que su hermano, aunque la relación entre ellos estuviera dañada, era uno de sus mejores amigos. Tampoco estaba seguro de si él le gustaba, de modo que esas chispas eran bastante inconvenientes. E inútiles.

Sacó la botella de vino de la cubitera. Kinley llevaba con la misma copa desde que se habían sentado a la mesa, y se la rellenó. El resto de la comida transcurrió en silencio, pero sin tensión. La atmósfera pasó a ser casi confortable, hasta que Eric apareció en la puerta del comedor y se acercó a él para susurrarle algo al oído.

—¿Estás seguro? —preguntó Jameson, frunciendo el ceño.

Eric asintió muy serio.

—Sí, señor.

Tal y como esperaba, Kinley no pudo contenerse y preguntó:

—¿Qué pasa?

—Nada de lo que debas preocuparte.

—No soy una princesita a la que puedas dejar de lado, Jameson Neally. Si hay un problema, quiero saber qué es. ¿Es que nos ha seguido alguien?

—No, no es eso —contestó, y ser consciente de su miedo le hizo sentirse mal.

Eric dio un paso atrás y enlazó las manos a la espalda, a la espera de que Jameson le diera autorización para hablar.

—El barco tiene un mal funcionamiento del motor.

Kinley frunció el ceño.

—¿Eso que quiere decir? ¿Lo han saboteado?

—No. Son cosas que ocurren a veces en la vida útil de un barco, a pesar de que nos esforcemos al máximo en su mantenimiento. Nuestro ingeniero ha diagnosticado el problema y ha pedido una pieza, pero tardará varios días en llegar.

—¿Varios días? —repitió ella, levantándose de su silla como si quisiera salir corriendo.

Jameson puso la mano sobre la de ella antes de hablar.

—Estamos bien. De todos modos, teníamos pensado estar en el mar un par de días.

—Ese era tu plan, pero no el mío. Tengo que localizar mi dinero, el que tú me robaste y perdiste, y no puedo hacerlo aquí, atrapada en un bote en mitad del océano si tú no me das acceso a un ordenador.

—Barco y mar.

—¿Qué?

—Esto es un barco, no un bote, y estamos en el golfo de México, un mar, no un océano.

Sintió que la mano que tenía bajo la suya temblaba, pero no de miedo, sino de ira.

—Quiero desembarcar de este barco —recalcó—, ahora.

—Lo siento, señora, pero eso no es posible. Hemos echado el ancla y no podremos movernos hasta que el repuesto llegue y podamos reparar el motor.

—¿No puede venir alguien a recogernos?

Jameson miró a Eric.

—Podría, pero no hay razón para hacerlo.

—La razón es que yo quiero desembarcar —replicó ella.

Jameson apretó su mano en un intento de quitarle la preocupación que palpitaba bajo la ira.

—Kinley, esto no cambia nada.

De un tirón, apartó la mano.

—A ver si lo he entendido bien —espetó, clavando su mirada en sus ojos—: ¿me estás encerrando aquí?

En realidad, la había encerrado nada más embarcar, pero no iba a admitirlo.

—No. Esto es solo un retraso.

Kinley se inclinó apoyando los puños sobre la mesa de cristal hasta quedar apenas a unos centímetros de su cara, ardiendo de ira.

—Una jaula de oro sigue siendo una jaula, Jameson. Y tú, mejor que nadie, deberías entenderlo.

Capítulo Cuatro

Había algo sospechoso en el intercambio entre Joker y el capitán. ¿Cómo era posible que se averiara un barco de veinticinco millones de dólares? Una avería inesperada resultaba sospechoso.

No había dejado de darle vueltas desde la cena. Tumbada en su camarote mirando al techo, se esperaba que aquellas desafortunadas circunstancias sumadas al entorno desconocido en el que estaba, la mantuvieran despierta buena parte de la noche, pero al parecer, el suave movimiento del barco la había acunado hasta hacerla dormir. Eso sí, nada más abrir los ojos, su cabeza había empezado a darle vueltas a lo mismo. Las tripas le decían que algo no era lo que parecía, pero no tenía pruebas que lo demostrasen. Nada en lo que sostener la sensación excepto el instinto. El mismo instinto que la había mantenido a salvo durante los últimos doce años.

Su instinto de conservación le había hecho desarrollar un sexto sentido para las mentiras. Las palabras de Jameson habían hecho sonar todos los timbres de alarma.

Lo que más le molestaba era su empeño en seguir controlando su vida. Robarle había sido una forma de manipulación, disfrazada de interés por protegerla. No necesitaba su protección. Llevaba años cuidándose perfectamente sola. Cuanto más conocía a Jameson, más se le parecía a sus padres. Resultaba evidente que era un manipulador: llevaba una vida clandestina y misteriosa, ocultando su identidad. Todo en él era fachada.

El único problema era el modo en que reaccionaba su cuerpo cuando lo tenía cerca, algo que la irritaba profundamente. Era humillante no ser capaz de controlar su reacción, aunque, bien pensado, igual podía sacarle algún partido... Sí, estaba claro que había química entre ellos, y estando atrapados en aquel yate, era muy difícil evitarlo, de modo que debería aprovechar la única ventaja que tenía a su alcance.

Abrió el armario y se quedó mirando todas las prendas que contenía y que, sin duda, eran de su talla. ¿Cómo narices lo habría hecho? Le sorprendía y, también, la asustaba un poco. Por pura perversión, llamó su atención un pequeño bikini azul brillante. Era apenas unos triángulos de tela sujetos con chicle azul y sueños. Jamás en la vida se le habría ocurrido ponerse algo así en público, pero es que no estaban en público, ¿no? Estaba la tripulación, eso sí, pero ya sabía que eran demasiado educados para hacer comentarios o para que les importara lo que pudiera llevar puesto. O lo que no llevase.

A punto estuvo de cambiar de opinión cuando se miró en el espejo. Había tanta piel morena a la vista que tuvo que contener las ganas de taparse con lo que fuera, pero no. No iba a hacerlo.

Respiró hondo, escondió el lápiz de memoria en forma de colgante que nunca se quitaba, sacó una toalla del armario y ascendió por la escalera que conducía al solárium. Era el nivel más alto del barco, y desde allí la vista del océano era espectacular.

Dejó la toalla en una tumbona y, sin molestarse en comprobar la temperatura del agua, se zambulló en la piscina. La piel se le erizó con su frescor, y aunque el largo del vaso no permitía nadar, la profundidad sí le permitió hundirse hasta cubrir la cabeza. Contuvo la respiración hasta que sintió que los pulmones le ardían en busca de oxígeno y salió de golpe para respirar con los ojos cerrados, quedando tumbada boca arriba en el agua.

Una sensación de paz se apoderó de ella, disolviendo la tensión que era su compañera más fiel.

—¿Qué se supone que estás haciendo?

—Yo diría que es obvio —contestó, haciendo visera con la mano sobre los ojos.

La irritación mezclada con una incómoda excitación le inundó el vientre a Jameson. A punto había estado de tragarse su propia lengua cuando había visto salir a Kinley a la cubierta con ese bikini. No es que no fuera consciente del cuerpo que tenía, que lo era, y mucho. Alta y delgada, con curvas en los lugares adecuados. Pero reconocer todo eso porque podía deducir los detalles bajo la ropa era algo completamente distinto a ver casi hasta el último centímetro de su piel.

—Estás desnuda, Kinley.

Kinley se encogió de hombros y salió del agua para tumbarse al sol.

—No lo estoy —dijo, colocándose las gafas de sol que había dejado en la mesita—. Llevo uno de los bikinis que tu personal ha dejado a mi disposición.

Iba a tener que hablar con Meg sobre lo que era un «vestuario apropiado». —Ni siquiera te tapa las nalgas.

No le había quedado más remedio que mirar al verla salir de la piscina. El material dividía la curva de sus glúteos antes de desaparecer entre ellos.

—No mires si te molesta.

¡Ja! ¡Como si eso fuera posible! Sabía que no debía desearla, pero la lógica no parecía funcionar estando cerca de ella. Kinley estaba allí en contra de su voluntad, él no le caía bien y, aun en el hipotético caso de que estuviera sintiendo la misma atracción que él, no funcionaría a largo plazo, porque ella se largaría a la primera oportunidad que se le presentara.

Su actitud despreocupada no ayudaba mucho, la verdad, como tampoco lo hacía la erección que sentía empujando contra la cremallera de los vaqueros que, hasta hacía un momento, eran perfectamente cómodos. Cambió de postura por ver si la tela le dejaba más espacio, pero no consiguió nada.

La parte delantera del bikini era todavía peor que la trasera. Unas cuerdas conectaban unos diminutos triángulos de tejido, tan fino que apenas disimulaba el color de sus pezones, antes de atarse bajo su nuca.

Kinley echó mano al nudo y lo deshizo, con lo que los tirantes y los triángulos resbalaron y cayeron, y Jameson se quedó clavado en el suelo de madera de la cubierta durante unos segundos. Fue su cuerpo, más que su cabeza, lo primero que reaccionó para ir a buscar una toalla, desdoblarla y ponérsela por encima. Era eso, o besarla hasta dejarla sin sentido.

—¿Se puede saber qué estás haciendo? —espetó.

—Absolutamente nada —respondió ella.

Se había agachado al lado de la tumbona y estaban cerca, tan cerca, que el calor de su respiración le rozó la piel.

—Eso es mentira y los dos lo sabemos.

Ella se encogió de hombros.

—¿Y qué vas a hacer al respecto?

Su boca estaba tan cerca que la mirada se le quedó colgada de sus labios, de su forma, del modo en que el labio superior se arqueaba en el centro. La punta de su lengua apareció para humedecer deliberadamente el labio inferior y desapareció de nuevo, y él quiso lanzarse tras ella. Obligarla a salir. Saborear cada centímetro de su piel brillante por el agua.

Esperó a que lo apartase. A que le gritara. Algo. El tiempo se ralentizó. Había mil razones por las que no debía ceder, por las que no era buena idea empezar algo así con ella, porque estaba claro que, en cuanto la saborease, no iba a saber parar. Era ella la que andaba jugando con fuego, pero algo le dijo que iba a ser él quien terminara quemándose.

—Qué más da —farfulló, más bien para sí mismo, antes de tomar lo que quería.

En cuanto rozó sus labios, quedó perdido. Todo pensamiento coherente se esfumó. El zumbido de su sangre creció, ahogando todo lo demás.

Durante unos segundos ella permaneció inmóvil, aceptando lo que él le daba, pero no duró mucho porque un instante después, se incorporó y abrió los labios para dejarle entrar. En realidad, no solo fue eso, sino que empezó a exigir.

Su sabor, su calor, el modo en que aceptaba los movimientos de su lengua y los devolvía, su forma de hundir las manos en su pelo, de tirar de él, de doblegarlo, le hizo estremecerse de la cabeza a los pies.

La toalla, olvidada por ambos, cayó a su regazo y Jameson deslizó las manos por sus brazos hasta llegar a sus senos. Su piel estaba caliente, y no solo por el sol, sino porque debajo de ella ardía el mismo calor que en él. Descubrió su pezón y tiró de él, provocando en ella un suave maullido. Lo bebió y quiso más. Al contacto de su mano, Kinley se arqueó y también le pidió más. Se estaba ahogando en ella, y la sensación era tentadora, desconcertante y desorientadora al mismo tiempo.

Kinley le acariciaba el pecho, y buscó los botones de su camisa, húmeda del contacto con su cuerpo, para poder tocar su piel. Jameson cerró los ojos cuando notó el contacto de sus dedos en los costados, en los abdominales. Un contacto firme y desprovisto de dudas, explorador, valiente, decidido. Quería que el calor creciera entre ellos, y sus acciones lo estaban dejando bien claro.

Un ruido generado al otro lado de la cubierta rompió el halo de deseo que los aislaba. Alguien de la tripulación debía haber subido a cubierta

porque había un plato de carne, queso, tostadas y fruta que él había pedido que subieran a Kinley antes de que él mismo la viera y decidiera subir. Una interrupción que fue como una dosis fría de realidad. ¿En qué estaba pensando? Hacía mucho tiempo que no permitía que algo le empujara a tomar decisiones precipitadas y equivocadas. De hecho, seguía pagando por alguno de esos errores, y no estaba dispuesto a añadir nada más a esa lista, en particular con la hermana pequeña de su amigo.

—Perdona —dijo, separándose de ella, aunque en realidad no podría decir si se estaba disculpando con ella o consigo mismo. Dios, aquella mujer le ponía las cosas muy difíciles, y la prueba era el tatuaje con forma de cremallera que se le había hecho en el pene.

Ella se estiró y colocó los brazos detrás de la cabeza, mostrándole los pechos como si aquello fuera un bufé libre, y le dedicó una sonrisa endiablada.

—No hay de qué disculparse.

Ni se molestó en cubrirse con la toalla, ni en volver a ponerse la parte de arriba del bikini, sino que se quedó allí, medio desnuda, desafiándole a que hiciera algo al respecto. Pero no podía. No debía.

Estaba enfadada con él, de lo cual no podía culparle, y aquella era una pequeña representación con la que pretendía manipularlo. Comprendía bien que lo hiciera, aunque le dejase con un problema muy inconveniente dentro de los vaqueros. Kinley había perdido el control, algo a lo que no estaba acostumbrada. En su mundo de caos, ella solucionaba problemas, perseguía a los malos y enderezaba entuertos que no eran culpa suya. Pero él le había quitado todo eso, al menos durante unos días, así que no podía aprovecharse de la situación. Para no mencionar que el hermano de Kinley lo mataría si se enteraba de que la había encontrado, le había robado todo su dinero, la había secuestrado y para rematar la jugada, le había desatornillado el cerebro.

Porque, si volvía a tocarla, sería eso exactamente lo que ocurriría.

Respiró hondo e intentó reagruparse.

—Por favor, cúbrete.

—No.

—¿Perdón?

Kinley ladeó la cabeza, y unos mechones suaves de su pelo oscuro se escaparon del recogido que se había hecho y le rozaron la cara.

—No, no me voy a tapar. No te lo voy a poner fácil, y no me importa si te sientes incómodo. Tú me has manipulado a mí, me has encerrado en este barco, me has robado y me has mentido.

No podía negar ninguna de aquellas acusaciones, aunque estuviera retorciéndolo todo.

—Has disfrutado con el beso. Los dos lo hemos disfrutado, y si algo he aprendido en mi vida es a no disculparme por las cosas que deseo y con las que disfruto.

¿De verdad? Pues desde su perspectiva en los alrededores de su vida, diría que había muy pocas cosas en su vida que se permitiera disfrutar, pero no era el momento de pedirle cuentas por aquella mentira.

—No creo que a tu hermano le gustara que me liara contigo.

La sonrisa desapareció de su boca y de sus ojos.

—Me importa un comino lo que a Gray pueda o no gustarle. No forma parte de mi vida.

—Porque tú no quieres que esté, Kinley. Él sí querría, pero no quiere imponerte nada. Entiende lo que has pasado.

—Seguro.

¿Cómo diablos habían llegado a ese punto? Un segundo antes, se estaban comiendo la boca y ahora discutían sobre su hermano. Por lo menos la discusión había quitado tensión a lo que tenía detrás de la cremallera.

En cualquier caso, quedarse allí con ella no les iba a hacer ningún bien, así que, con un suspiro, se levantó y se marchó. Lo mejor que podía hacer por el momento era encontrar su dinero. Cuanto antes lo lograra, antes ella podría volver a su vida nómada, complicada y tumultuosa, llevándose consigo la tentación. Entonces él le diría a Gray dónde podía encontrarla y los dos resolverían sus problemas.

Kinley le vio alejarse entre desilusionada, frustrada y acalorada. Aquel hombre era peligroso, en más de un sentido. No quería desearlo, pero al parecer su cuerpo tenía opiniones propias al respecto. Si lograba evitarlo, al menos podría evitar también el resultado, pero estando encerrada en el yate con él... no iba a tener suficiente fuerza de voluntad.

Los dos eran adultos libres, y el interés era mutuo. Cierto que en otros sentidos su relación era complicada, pero su vientre no parecía entender eso. Si acostarse con Jameson era inevitable, por lo menos quería

tener el control de las circunstancias que rodearían el encuentro. Quería beneficiarse en otros sentidos, además de disfrutando del orgasmo que le esperaba en un futuro cercano. Estaba claro que había tocado el botón correcto, así que lo mismo aquella noche volvía a tocar un par más. Satisfecha con su plan, se estiró de nuevo en la tumbona.

En su cuenta bancaria había unos cuantos millones... bueno, no. Tenía. Pero rara vez se permitía disfrutar del estilo de vida que podía llevar aparejado. No se alojaba en hoteles caros, ni en resorts de lujo. La única razón por la que tenía coches rápidos era porque cualquier día tendría que salir corriendo.

Tampoco tenía una mansión. Bueno, ni siquiera una casa de tres dormitorios. Alquilaba donde fuera y pagaba en efectivo siempre que era posible. Se gastaba dinero en tecnología, comprando lo mejor de lo mejor en ordenadores, pero aparte de eso, llevaba una vida sencilla, así que aquel día iba a disfrutar del lujo que la rodeaba. Que la sirvieran. Retozar al sol. Flotar en la piscina. Pedir cócteles afrutados constantemente, de los que se desharía cuando nadie mirara. Si la tripulación informaba a Jameson —y no tenía dudas de que así era—, esperaba que le dijeran que iba achispada.

Le había costado un triunfo fingir que estaba relajada y sin preocupaciones, cuando en realidad, se aburría a muerte. No recordaba un solo día en los últimos doce años en que hubiera estado completamente desocupada. Sentía un hormigueo en los dedos por las ganas de escribir en un teclado, y en la cabeza le bullían ideas con las que no podía hacer nada.

Cuando el sol comenzó a hundirse en la línea del horizonte, suspiró aliviada. Recogió sus cosas y bajó a su camarote para darse una ducha y tomarse el tiempo necesario para arreglarse, algo que rara vez hacía. Peinada y maquillada, miró su imagen en el espejo ladeando la cabeza para examinarse con ojo crítico. Siempre la habían comparado con su madre, una corista de una belleza impactante. No era como ella, le decían. Sí, era mona, pero no como Cece, que podía parar el tráfico. No daba la talla para salir en los titulares. Y no es que a ella le importase demasiado. A su madre, sí. Se lamentaba amargamente de que su hija careciera de belleza y sofisticación, pero ella nunca había deseado la clase de vida de su madre. Se sentía totalmente satisfecha con quien era.

Del armario sacó un vestido negro engañosamente sencillo. En la percha parecía muy simple. Pero una vez te lo ponías, dejaba muy claro que la diseñadora sabía lo que hacía. Le llegaba hasta debajo de la rodilla, pero tenía una abertura lateral que subía casi hasta la cadera. El tejido se

adaptaba a sus curvas a la perfección, el escote tenía forma de corazón y su colgante de siempre quedaba de maravilla. Clásico pero dramático, exactamente como a ella le gustaba.

No por primera vez pensó que la tripulación de Jameson era exageradamente buena en su trabajo, lo cual la intimidaba un poco. ¿Cómo podían haber sabido qué era lo que iba a necesitar antes de salir de puerto?

Sentada en la cama, se abrochó la pulsera del modelo Aribak de Loubutin, con un tacón de vértigo y un precioso lazo en el talón que eran el complemento perfecto para el vestido, y con paso decidido, salió del camarote en dirección al comedor.

Un tripulante se acercó a ella con una flauta de champán y señaló una selección de aperitivos dispuestos bajo el ventanal.

—El señor Neally estará con usted enseguida. Me ha pedido que la atienda en todo lo que necesite.

Aceptó la copa y tomó un sorbo. El líquido espumoso le acarició la boca y la garganta con una explosión frutal muy agradable. Iba a tomar solo dos copas con la cena. Lo suficiente para que Jameson creyera que seguía en el camino de la borrachera, pero lo justo para que su buen juicio permaneciera intacto.

Estaba junto al ventanal, contemplando el agua y la extensión interminable del cielo cuando Jameson entró. Ni siquiera necesitó ver su reflejo en el cristal para saber que había llegado. Su cuerpo se lo dijo. La energía que circulaba bajo la superficie de su piel se multiplicó, casi como si la hubieran tocado con un cable portador de electricidad. Apretando los dientes, se obligó a no darse la vuelta. Esperaría a que se acercase él. Lo de aquella noche iba a ser un juego del ratón y el gato, el mismo juego al que llevaban meses jugando.

Jameson se acercó a ella, dejando espacio entre ambos, pero Kinley había visto en el cristal cómo la miraba. Se volvió hacia él. Resultaba atractivo de un modo inesperado. Se había recogido el pelo color caramelo en un moño en la nuca, y se había recortado la barba y pulido la línea que creaba en la mejilla. Su boca grande formaba en aquel momento una línea, ya que ni fruncía el ceño ni sonreía, pero eran sus ojos... Dios, eran aquellos ojos lo que la hacían arder. Pasión y necesidad brillaban en sus profundidades verdes mientras la observaba. No utilizó palabras para decirle que estaba guapa, pero es que no fue necesario porque el modo en que la miraba ya decía bastante.

¿De verdad tenían que cenar? Porque, en aquel instante, de lo único que tenía hambre era de él.

Iba a decir algo cuando Rachel entró en el comedor.

—La cena está servida —anunció, y dos miembros del personal llegaron tras ella con varios platos cubiertos que dispusieron en la mesa que quedaba al fondo del salón. En un segundo, volvieron a desaparecer.

—Tú primero —la invitó Jameson, acompañando las palabras con un gesto que la invitaba a precederlo.

Apartó la silla para que ella se sentara y ocupó su lugar en la cabecera de la mesa. Ella quedó a su derecha.

—¿Cómo va la búsqueda de mi dinero?

—Aún no ha aparecido —contestó sin levantar la mirada—, pero estoy siguiendo unas cuantas pistas. Obviamente quien lo ha hecho sabía que lo que hacía, porque han cubierto muy bien sus huellas.

—Eso espero.

—¿Qué quieres decir?

—Que sería muy embarazoso que un aficionado te hubiera dejado en evidencia, ¿no?

Jameson sonrió con una especie de mueca, pero no la contradujo.

—¿Puedes darme una lista de la gente que pueda tener algo contra ti?

—Sería una lista muy larga —se rio.

—Ya sé de unos cuantos, pero quiero comprobar si se me ha pasado alguno de tiempo atrás.

En parte le molestaba que hubiera andado hurgando en su vida, exhumando su pasado y estudiándolo como si fuera un cadáver al que hubiera que diseccionar pero, por otro lado, le intrigaba averiguar hasta qué punto de su pasado había llegado. ¿Habría descubierto todos sus secretos?

Tomó un bocado de una carne deliciosa e hizo un ruidito de asentimiento.

—Sería mucho más fácil que me dieras acceso y te ayudara directamente.

Sonrió de medio lado.

—Ni lo sueñes.

Kinley se encogió de hombros, sacó del botellero del centro de la mesa la botella de vino y se sirvió otra copa.

—Tenía que intentarlo. Luego te prepararé la lista. La tendrás mañana por la mañana.

—Excelente.

Alzó la copa a modo de brindis.

—Tengo interés en que triunfes.

—No —replicó, quitándole la copa de la mano y dejándola lejos de su alcance—. Lo que tú tienes es una necesidad malsana de cortejar el peligro y de hacerte perdonar pecados que no has cometido porque no eres capaz de enfrentarte a la verdadera fuente de tu sentimiento de culpa.

Capítulo Cinco

Ante sus ojos, la piel perfecta de Kinley se volvió roja de ira, aunque tenía que admitir que la controló muy bien. Apretó los labios y sus preciosos ojos azules soltaron chispas.

—Gracias por tu experto análisis de mi vida y mis motivos, aunque no te lo he pedido.

Y estirándose sobre la mesa, alcanzó la copa que él había apartado y tomó un buen trago.

No le pasó desapercibido a Jameson que no le había llevado la contraria, y que su táctica había funcionado porque había dejado de intentar entrar en la sala de los servidores. Sí, Kinley tenía interés por saber qué estaba haciendo, pero eso era obvio. Kinley era muy astuta e instintiva, gracias a lo cual había afinado las habilidades que utilizaba para derrocar imperios delictivos. Bastaría con unas cuantas llamadas de teléfono para que recibiera ofertas de empleo de muchas agencias gubernamentales y empresas privadas. Pero ella había elegido llevar esa otra clase de vida: en peligro y agitación constantes, mirando siempre por encima del hombro, cambiando constantemente de lugar de residencia. Llevaba tanto tiempo viviendo en modo supervivencia que estaba seguro de que ni tenía, ni reconocía la amistad. Básicamente porque no confiaba en nadie. Y no podía culparla por ello.

Gray no había hablado con él sobre lo que había sucedido. En realidad, no había sido necesario, ya que él había sido quien había descubierto las pistas que les habían conducido a su madre biológica, y a la sorpresa de tener una medio hermana a la que no conocía. Hasta aquella noche, no había sabido nada de la aventura de su padre con aquella mujer, ni de que la mujer a la que había crecido llamando madre no era en realidad su madre biológica. Cece, su madre y la de Kinley, les había abandonado por dinero porque así había vivido toda su vida: arramblando con cuanto se ponía a su paso.

Él no necesitaba vivir esa experiencia para saber que cualquier crío que hubiera crecido como Kinley era un desarraigado, y el hecho de que se hubiera escapado de casa en cuanto se le presentó la oportunidad hablaba por sí solo.

Una parte de él detestaba lo que había tenido que pasar. Ningún niño tendría que llevar esa clase de vida, pero ocurría, y a lo largo de los años que él había pasado en el sistema, después de la muerte de sus padres, había visto de todo. Él mismo se había encontrado en situaciones por el estilo en un par de ocasiones. Pero tanto Kinley como él habían salido bien. Bueno, dependiendo de cuál fuera la definición del término.

Kinley apuró el vino con el que acababa de rellenar la copa. Según su personal, había estado bebiendo bastante todo el día, algo poco habitual en ella, aunque no había tenido nada en lo que entretenerse. Sin embargo, después de pasar una hora juntos, él no había notado signo alguno de que estuviera ebria. No se le trababa la lengua, ni tenía movimientos inestables. ¿Habría estado arrojando esas bebidas por la borda sin que nadie la viera?

Kinley apartó el plato y, recostada en su silla, lo miró por encima del borde de la copa. Una media sonrisa le hizo desconfiar y lo encandiló al mismo tiempo.

—Vamos, que no me vas a dar detalles.

No había dicho eso, pero contradecirla no iba a reportarle nada, así que se mantuvo en silencio.

Ella se levantó y se acercó a él, apartando su plato para poder apoyarse en el borde de la mesa.

—Igual no había dicho mi última palabra —contestó.

No sentía deseo alguno de moverse, aunque seguramente debería hacerlo, pero se limitó a observarla. Y a esperar. ¿Qué juego se traía entre manos?

Envolvió la pata de la silla con un pie y tiró. Las rodillas de Jameson chocaron con las de ella y Kinley puso un pie a cada lado de sus caderas, encerrándolo dentro. La falda del vestido se deslizó por sus muslos, dejando al descubierto buena parte de su piel. Él deslizó las manos por sus gemelos, indeciso entre sujetarla o apartarla.

—Estas sandalias me están matando. ¿Te importaría desabrocharme la hebilla?

La pregunta era inocente, pero el fuego en su mirada parecía indicar otra cosa.

Él no se movió. Se sentía atrapado entre lo que quería y lo que debía hacer.

—¿A qué juegas?

Muy despacio, Kinley se pasó la lengua por el labio inferior, dejando un rastro brillante que él quiso seguir con la suya.

—No estoy jugando.

Sonaba firme, pero debajo de sus palabras circulaba una corriente de inseguridad que debería haber aplacado el latido desbocado de su corazón, pero que solo consiguió acelerarlo.

—Kinley, tienes que levantarte e irte. Ya.

Por el bien de los dos. Su control se sostenía de un hilo. Todas las reconvencciones que se había hecho antes, las razones por las que se había dicho que no debía tocarla, estaban desapareciendo como el humo. Seguían siendo válidas, por supuesto, pero ya no estaba seguro de tener fuerza para sostenerlas. Aquello no iba a terminar bien de ninguna manera, pero si ella se empeñaba en no dejarle otra opción...

—¿Y qué va a pasar si no lo hago? —preguntó ella en voz baja, inclinada sobre él.

Pues ya estaba advertida. Se levantó de golpe de la silla, puso una mano en su nuca y con el otro brazo le rodeó la cintura. No le costaría nada bajarla de la mesa. También fue fácil tirar de su pelo para que echase la cabeza atrás y hacerse con su boca.

El gemido que emitió cuando sus bocas se encontraron fue de pura necesidad, y el golpe intenso de su sabor incendió sus sentidos como nada que hubiera experimentado antes. Kinley Sullivan no era dócil ni apocada. De eso, nada. Era puro fuego entre sus brazos.

Con las piernas le rodeó la cintura y sus manos se volvieron exigentes. Tiraba de su ropa mientras sus lenguas peleaban, luchando por tener una mano ganadora que los dos querían pero que ninguno iba a conseguir.

Jameson sabía que debía dejar quietas las manos, pero no pudo evitar acariciar la base de su cuello con el pulgar. Tenía una piel tan suave, y la descarga eléctrica que experimentaba tocándola era tan adictiva...

—¿Qué? ¿Qué necesitas, Kinley? ¿Qué quieres?

Ella cerró un segundo los ojos.

—No lo sé.

Intuyó que, hasta aquel momento, había estado jugando, pero que aquellas tres palabras eran reales, arrancadas a su alma. Un secreto que no quería compartir, pero que no podía contener.

—No pasa nada. No tienes por qué saberlo. Baja las piernas, que yo te soltaré. Y vete.

—No puedo.

—¿No puedes, o no quieres?

—¿Importa eso? ¿No es lo mismo?

—No. Es la diferencia entre poder físicamente y poder mentalmente.

—Está bien —rio—. Entonces, no quiero.

Eso era cuanto necesitaba saber.

—Si eso cambia, házmelo saber.

Tomándola en brazos, atravesó el salón en dirección a su camarote. Ella no iba a dejarle ir, y él tampoco quería soltarla.

Se suponía que antes iba a haber un poco de juego previo, un juego de poder para llevar la mano ganadora. Pero le explotó en la cara en cuanto Jameson la tocó.

La llama lenta y controlada del deseo que se decía que no era real detonó, y se transformó en un infierno de fogonazos del que no podía escapar. Ni quería. Y tenía que reconocer que le habían dado un montón de oportunidades de hacerlo. Pero no quería. Lo deseaba. En aquel instante. A pesar de todo lo que había entre ellos o, quizás, precisamente por eso.

Rara vez se dejaba llevar por el deseo sexual. Esos encuentros siempre resultaban confusos al final, y ella no era de las personas que les gustan las aventuras de una sola noche, pero tampoco podía permitirse otra cosa. Con Jameson era distinto: no había falsedades. Solo necesidad y deseo. Lo deseaba, y era gratificante ver que él también la deseaba a ella.

En cuanto la puerta del camarote se cerró a su espalda, Kinley puso los pies en el suelo y Jameson la fue empujando hacia la cama hasta que con las rodillas rozó el borde del colchón de su enorme lecho. Volvió a besarla y todo lo de alrededor pasó a segundo plano. Solo estaba él. Su calor. Su olor almizclado, masculino y vagamente metálico. Jameson

mordió suavemente su labio inferior mientras le bajaba la cremallera del vestido, que cayó a sus pies, acariciándole el cuerpo al bajar.

Entonces, él dio un paso atrás. Ella estaba en sujetador y braguitas, con el pelo echado sobre un hombro, rozando el inicio de su sujetador. Sus senos subían y bajaban amenazando con desbordar las copas de encaje.

—Dios, eres increíble.

No era el primer hombre que se lo decía, aunque sí el primero al que ella creyó. El modo en que la devoraba con la mirada era difícil de fingir.

Kinley soltó el broche del sujetador.

—Gracias —dijo, y le vio tragar saliva cuando la prenda quedó descartada. Sus pezones se endurecieron y palpitaron, rogando su atención.

—Tócame —le pidió.

—Dios... sí —contestó sin dudar, cubriendo sus pechos con las manos. La piel áspera de sus palmas le provocó un escalofrío, y cuando apretó los pezones entre el índice y el pulgar, contuvo un grito por la descarga eléctrica que sintió entre los muslos.

Quería verlo, así que, mientras él seguía con sus caricias, consiguió bajarle la cremallera de los pantalones y tirar de ellos. Su erección le quemó en la mano, insistente y firme.

Jameson exhaló entre dientes y luego gruñó para alzarla del suelo y colocarla en el centro de la cama. Kinley se apoyó en los codos para mirarlo mientras él permanecía de pie, intenso, con los dientes apretados.

—Se supone que deberías estar disfrutando —bromeó ella.

—Y estoy disfrutando inmensamente, créeme.

Agarró su pierna por el tobillo para quitarle las sandalias, que cayeron al suelo con un tonc. A continuación, se arrodilló entre sus piernas y fue deslizándose las manos por las pantorrillas, las rodillas, los muslos, hasta llegar a sus caderas. Allí deslizó un dedo por dentro del elástico de sus bragas para bajarlas despacio.

La brisa acarició su sexo desnudo, lo que sirvió para excitarla todavía más. Lo deseaba, y por ello no dudó en ofrecerle una mano invitándolo a volver a ella.

Se desprendió del resto de la ropa. Sabía que estaba en forma, pero verlo sin la barrera de los vaqueros y la camiseta...

—¿Cómo es posible que un hombre que se pasa horas delante de un ordenador tenga semejantes abdominales?

Jameson se encogió de hombros.

—Hago yoga.

—¡Anda ya!

—Me relaja y me ayuda a centrar el cuerpo —contestó con una media sonrisa.

—Bueno, si quieres mentirme ahora...

El colchón se hundió cuando clavó en él la rodilla, colocada entre sus piernas abiertas, y fue reconociendo su cuerpo con las manos y la boca, sorbiendo y mordiendo, sintiendo cómo ardía. El contacto áspero de su barba creaba ondas bajo su piel, y ella se movía sobre las sábanas, perdida en las sensaciones que estaba haciendo crecer en su interior.

Al final llegó a su cuello, donde se detuvo a sorber el batir de su pulso.

—Aquí nada va a ser una mentira, Kinley.

Todo en su interior quedó suspendido porque creyó lo que acababa de decirle, y no podía recordar una sola ocasión en su vida en la que hubiera creído sin dudar a otra persona. La pena era que podía creerse sus palabras y pensar que aquello no era una mentira, pero ella sabía bien que era lo contrario. O que había empezado con una mentira, aunque hubiera dejado de serlo.

La cabeza comenzó a darle vueltas porque estaba perdiendo a marchas forzadas el agarre a la realidad. ¿Qué estaba bien, y qué estaba mal? Ya no lo sabía. En cualquier otra situación, esa pérdida de control habría desatado el pánico en su interior, pero allí, con Jameson, eso no ocurrió. Es más: una buena parte de su ser quería dejarse ir.

Con los dedos buscó la abertura mojada de su sexo y los introdujo por ella, y todo dejó de importar excepto cómo la hacía sentirse. Sus caderas dieron un respingo y de sus labios se escapó un gemido gutural.

—Más... —gimió, y Jameson siguió excitándola, metiendo y sacando los dedos hasta que notó su cuerpo tan tenso como si fuera a romperse.

Entonces la besó en la boca.

—Eres aún más preciosa cuando te dejas ir —susurró.

El orgasmo la llegó como un huracán: todo su cuerpo vibró con la fuerza de su paso. Pero no tuvo tiempo de acomodarse a esa fuerza y saborearlo porque Jameson aprovechó la oportunidad para hundirse en ella. Sentirlo dentro se sumó a la sobrecarga que soportaba.

—Dios bendito —musitó, aferrada a él.

Jameson se había aferrado a sus caderas y se movía al ritmo de sus envites. La niebla que entorpecía su pensamiento se despejó lo suficiente para ver su expresión de éxtasis cuando le llegó el orgasmo. Algo en aquel momento íntimo y vulnerable se le quedó en el pecho, de tal modo que lo que deseó fue hundir la cara en su cuello y agarrarse a sus hombros, y precisamente por la intensidad de ese deseo, se separó de él, se levantó de la cama, entró en el baño y abrió el grifo de la ducha. No es que necesitase una ducha, sino espacio. Espacio en el que aplastar la semilla diminuta del «y si...» que se había depositado en el centro de su pecho.

Porque no iba a ser.

Jameson la siguió mientras se desprendía del preservativo que ella ni siquiera había visto. Menos mal que uno de los dos seguía con la cabeza en su sitio.

Dejó que el agua caliente le resbalase por el cuerpo, y se sobresaltó al ver que la mampara se abría y entraba Jameson. Sintió que él le rodeaba la cintura desde atrás.

—Piensas demasiado —le dijo, justo antes de volver a asaltar su boca.

Jameson la observó mientras ella fingía dormir. Sabía que estaba disimulando, pero no iba a hacérselo ver. Quería comprobar hasta dónde estaba dispuesta a llevar aquel jueguito suyo.

Tenía que admitir que no esperaba que fuera tan lejos. Y, de ser él mejor persona, habría parado todo antes de que llegase hasta allí. Pero es que no lo era. La había deseado desde el momento mismo que puso el pie en su sótano, y el dictado de su cuerpo había sido demasiado vehemente como para decir que no y rechazarla. Y cuanto más, sabiendo que todo aquello le podía explotar en la cara. Kinley no confiaba en él. En nadie, de hecho. Ya le había pedido cuentas por manipularla, y si llegaba a enterarse de lo que estaba haciendo, se cabrearía.

Pero las cosas iban aún más allá. La admiraba. Y estaba empezando a sentir muy en el fondo de su pecho la tentación de imaginarla junto a él.

Era incapaz de hacer acopio de la culpa o el arrepentimiento que debía sentir por lo que acababa de pasar. Ya pagaría el precio más adelante, pero habría valido la pena. De momento, mejor disfrutar del instante, porque no iba a volver a ocurrir. En cuanto Kinley saliera de su cama y obtuviera lo que quería, volvería a erigir esas murallas entre ellos, las mismas que empleaba para mantener fuera a todos los demás.

Para seguirle el juego, cambió de postura para estar más cómodo, una mano en su cadera, y se obligó a relajar todos los músculos y a respirar más hondo.

No habrían pasado veinte minutos cuando Kinley se levantó con cuidado de la cama. Entreabriendo los ojos solo lo imprescindible, la vio recoger sus cosas sin molestarse en volver a vestirse, y abrió despacio la puerta, con lo que una luz blanca iluminó su piel. En otras circunstancias, habría apreciado lo radiante que era, pero no muchos hombres disfrutarían viendo cómo la mujer con la que habían pasado unas horas en la cama se escabullía en plena noche como un ladrón.

Capítulo Seis

Por el amor de Dios... no se esperaba algo así. El universo entero le daba vueltas. Jamás en la vida le habían hecho sentir lo que Jameson le había hecho sentir, y no se refería solo al placer físico y al increíble orgasmo. Bueno, orgasmos. ¿Quién iba a pararse a contarlos?

Era más que todo eso. Jameson sabía cómo hacer que una mujer se sintiera... deseada, poderosa, sexy. Jameson Neally era un hombre brillante, y que toda su inteligencia se centraba en ella... nunca había dejado que alguien se le acercara lo necesario para darle todo eso. Era difícil conectar con una persona de quien ni siquiera sabías el nombre verdadero, y mucho menos desearlo, pero Dios... ¡cómo lo deseaba! Más a cada momento, lo cual era peligroso, estúpido e inconveniente. Y ella no podía permitirse nada de todo eso. Debía tener presente que su seguridad estaba en el aire, junto a su dinero. Necesitaba esos millones, que eran su única red de seguridad, y aunque una parte de sí empezaba a pensar que pasarse el resto de la vida en aquel yate junto a Jameson no sería lo peor del mundo, el resto de su persona no podía sacrificar su independencia.

Las cosas se habían desmadrado un poco, sí, pero no había por qué cambiar el plan global. De hecho, incluso era posible que lo facilitaran. Jameson había bajado la guardia, y ella podía utilizarlo en beneficio propio. Dio la vuelta sobre la cama para acabar boca abajo, con la cabeza apoyada sobre su hombro, y cerró los ojos, con el peso tentador de su brazo sobre la cintura. Su calor le estaba penetrando bajo la piel, pero se obligó a no rendirse. No podía dormirse en sus brazos.

Poco a poco, el movimiento rítmico de su pecho le confirmó que Jameson se había quedado dormido. El peso de su mano hizo que se escurriera y cayera sobre el colchón. Esperó aún unos cuantos minutos más.

Aquel hombre la había robado, asediado y manipulado, así que no se iba a sentir mal por devolverle la jugada. Cuando estuvo segura de que se

había dormido, se levantó sin hacer ruido. Jameson murmuró algo y cambió de postura, pero no se despertó.

A oscuras, salió de la habitación. Recogió vestido, ropa interior y zapatos, y conteniendo el aliento salió, cerrando tras de sí. No se molestó en vestirse, pero utilizó la ropa como escudo para ir a su propio camarote, a unos pasos de distancia. Una vez dentro, se puso unos pantalones cortos y una camiseta y, descalza, se encaminó a la escalera que conducía al vientre de la embarcación.

Era enorme, pero no le costó localizar la sala de los servidores que Jameson le había mostrado el primer día abordo. Accionó la manilla. No le sorprendió que estuviera cerrada con llave, y aunque tenía la habilidad para abrir cerraduras, no disponía de las herramientas allí. Frustrada, apoyó la espalda contra la pared y se frotó los ojos.

«Piensa», se ordenó.

Jameson tenía que tener un portátil, una tableta, algo a lo que acceder.

Demonios... ¿por qué no lo había pensado mientras estaba en su camarote? No le quedaba más remedio que buscar por el barco y, si no encontraba nada, encontraría el modo de entrar sola en su camarote al día siguiente.

Comenzó por aquel nivel y fue bajando. Si no encontraba el portátil de Jameson, igual podía hacerse con el de algún miembro de la tripulación.

Tuvo que guiarse por el tacto de sus manos para avanzar por los pasillos. Aquel silencio total parecía pitarle en los oídos, además del ruido de su propia sangre circulando por las venas. Un ruido metálico resonó de pronto y dio un respingo, pegándose contra la pared. ¿Qué demonios había sido eso? Avanzó despacio sin despegarse de la pared hasta llegar a una esquina. Un poco más allá, un rectángulo de luz se dibujaba en una puerta abierta. Más sonidos, voces, un clin clan metálico. Despacio siguió acercándose, y se detuvo a escuchar. Una voz grave y malhumorada llegó hasta ella.

—Te digo que eso no va a solucionar el problema.

Una segunda voz contestó, exasperada:

—No me importa. Inténtalo de todos modos. Ya no tenemos nada que perder.

El señor Neally ha dicho claramente que tenemos que poner el barco en marcha lo antes posible.

—Está bien.

Respiró hondo y se acercó al quicio de la puerta para echar un rápido vistazo. Dos hombres, uno de ellos el capitán, estudiaban una especie de motor que había en el centro de la estancia. Tardó unos segundos en darse cuenta de que el otro hombre estaba de rodillas y blandía una llave enorme en la mano. Le vio tumbarse y meterse debajo del motor. Salió unos segundos después, frunciendo el ceño.

—¿Lo ves? Te dije que no iba a funcionar.

Eric se encogió de hombros y dio un paso lateral, y ella retrocedió y desanduvo el camino por el pasillo. Quizás sus sospechas eran infundadas y el Queen de verdad había sufrido una avería, pero no sabía qué pensar al respecto. Su preocupación creció. No es que fueran a hundirse, pero estar averiados en mitad de ninguna parte no era precisamente reconfortante. Y quizás, solo quizás, había juzgado mal a Jameson.

¿Cambiaba algo? Seguramente, no. Podía ser que no le hubiera mentido acerca del yate, pero sí que había sido deshonesto sobre todo lo demás, y había hecho desaparecer su red de seguridad, dejándola vulnerable y sola. Saber que la avería era real no cambiaba nada. Seguía necesitando echarle mano a un ordenador. Quedarse sentada mientras era él quien se ocupaba de buscar su dinero le resultaba imposible.

Recostado contra el cabecero, Jameson observaba la imagen que tenía en el monitor. El brillo de la pantalla era la única luz de la habitación.

Una cosa era suponer que Kinley había utilizado el sexo como distracción, pero otra verlo con sus propios ojos. No es que le sorprendiera, pero no podía evitar sentir cierto orgullo herido. No era la primera vez en la vida que lo usaban, pero por alguna razón le dolía más de lo que esperaba.

El timbre de un correo que entraba a la dirección clonada le hizo saltar de una pantalla a la otra. Abrió el mensaje y sintió cómo la irritación se le mezclaba con la más pura rabia y con una tremenda preocupación.

Devuelve el dinero. Tienes cuarenta y ocho horas. Sabemos dónde estás.

Y se acompañaba de una fotografía en la que se la veía embarcando en un avión, sin duda en dirección a Tampa.

«Maldita sea...». No debería sorprenderle, pero había una parte de sí mismo que esperaba haber exagerado en su reacción. El correo, enviado a la dirección privada de Kinley, sugería precisamente lo contrario.

Lo único bueno era que quizás así pudiera rastrear el mensaje y llegar a alguna parte. Y aunque supieran dónde estaba en Tampa, era poco probable que alguien los pudiera seguir en aquel vasto mar. Al menos, no sin que se dieran cuenta.

De vuelta en el circuito cerrado de cámaras, vio a Kinley recorriendo el barco, recogidos sus movimientos en varias cámaras. En cuanto sintió que se levantaba de la cama, informó a Eric y le pidió que tanto él como el resto del personal le dejara vía libre, pero sin dejar de vigilarla. Quería descubrir su plan.

Eric, hombre listo donde los hubiera, había llevado el escenario un paso más allá aprovechando la oportunidad para cimentar la mentira de que el Queen estaba averiado. Tendría que felicitarlo por ello.

Claramente Kinley andaba buscando algo. Seguramente sería un ordenador. Estaba a punto de cerrar la tapa del portátil e irse a dormir, ya que la tripulación se encargaba de echarle un ojo, cuando se dio cuenta de adónde se dirigía y dudó. Había subido la escalera y atravesaba el salón en dirección a los camarotes. El de ella estaba el final del pasillo. Contuvo el aliento. Se había detenido delante de su puerta.

La imagen en la pantalla pareció distorsionarse y ondularse mientras esperaba. No podía decir qué preferiría que hiciera: que entrase o que siguiera adelante. Si entraba, no tendría tiempo de hacer desaparecer el ordenador. Tampoco podría fingir que no se había dado cuenta de que se había escabullido después del sexo. Sería más fácil si seguía andando.

Pero, lo que en realidad quería que hiciera era que abriese la puerta, entrara y le pidiera algo. Incluso que discutieran. Y que él solucionara la disputa besándola, como había hecho antes. Que le dejara volver a tocarla, volver a saborearla. Sería un buen lío, pero divertido.

El corazón se le hundió un poco en el pecho al ver que volvía a ponerse en movimiento hacia su camarote. Cerró los ojos y bajó la tapa del ordenador.

Qué rabia. Aquella mujer le había dejado el cuerpo hecho un nudo. Ella le había mentido y lo había utilizado. Él la había mentido y la había utilizado. Aquella situación no era ni mucho menos una buena base para nada.

Suspiró, dejó el ordenador en la mesilla y se acomodó con intención de dormir. Cuando no lo consiguió, se levantó, recogió la ropa que había quedado desperdigada por el camarote y se vistió para salir sin hacer ruido de su camarote y deslizarse por las cubiertas como un alma en pena. Pero él no tenía que buscar. No lo necesitaba, teniendo en cuenta que sabía exactamente dónde encontrar lo que buscaba.

En el camarote de Kinley.

Había dormido fatal. Una combinación de sueños hiperreales en los que Jameson la besaba, le hacía el amor y llevaba su cuerpo a otra dimensión de placer se mezclaban con fogonazos de sus peores pesadillas, experiencias de la niñez que creía olvidadas: la noche en que huyó de Las Vegas, asustada y sola, convencida de que los hombres de su padre la encontrarían antes de que hubiera tenido la oportunidad de alcanzar un lugar seguro. Otra noche llena del aire caliente del Caribe y de balas que rebotaban contra los troncos de los árboles que tenía al lado, mientras huía de los miembros rusos de una banda a la que había cabreado.

El pánico y el deseo no casaban bien.

Su cuerpo era una mezcla de agotamiento físico y mental. Su instinto de huida estaba sobrecargado, pero no había dónde ir, ni nada contra lo que luchar.

Excepto Joker.

Seguramente fuera esa la razón de que se encontrara irascible y algo agresiva cuando lo vio entrar en el salón donde estaba dispuesto el desayuno.

Que Dios lo confundiera por estar tan guapo cuando ella se sentía como si la hubiese cercado la muerte: picor de ojos, la piel tensa, dolor en las sienas... mientras que él le dedicaba una brillante sonrisa a la chica que acababa de rellenar la jarra de zumo de arándanos.

—Eres un encanto, ¿no? —murmuró en tono oscuro.

Jameson la miró de reojo y se sirvió un plato variado del bufé del desayuno.

—¿Por qué no iba a serlo? —contestó, acercándose más a ella—. Es lo que pasa cuando tengo sexo con una mujer preciosa.

Su cuerpo respondió a esas palabras de un modo que era pura tortura. ¿Era lo bastante fuerte para jugar sin ponerse en peligro? Volviéndose hacia él, dejó que sus senos le rozasen el pecho.

—Está bien que al menos uno de los dos esté satisfecho después de lo de anoche —murmuró, con una sonrisa perfecta.

La cara de sorpresa que se le quedó solo sirvió para que su sonrisa brillara aún más. Había algo tremendamente satisfactorio en chafarle las plumas a aquel hombre. Por lo que había visto, bien pocos lo lograban, y la sensación de poder que le proporcionaba conseguirlo era muy gratificante, aunque para ello tuviese que mentir.

Pero Jameson no tardó en volver a hacer pie, y antes de que ella se diera cuenta, le rodeó la cintura con un brazo y la apretó contra él. Jameson clavó en ella sus preciosos ojos verdes y Kinley se sintió inesperadamente incómoda. Atrapada. Ansiosa por escapar. Intentó apartar la mirada, pero su cuerpo no respondió a la señal de peligro que se había encendido en su cabeza. Hipnotizada, atrapada, se quedó allí, esperando, sin aliento, con el cuerpo devorado por el fuego.

—Los dos sabemos que eso es mentira, cucciola —respondió él con una sonrisa—. Nunca olvidaré tu expresión de éxtasis. O cómo tembló tu cuerpo junto al mío —su voz bajó un par de tonos—. O cómo tu orgasmo atrapó mi pene.

Demonios... no estaba preparada para eso. Aquel juego no le estaba haciendo anotar puntos en su cuenta, y si había una lección que había aprendido de su padre era la de reconocer cuando dejar de apostar y salir corriendo.

Empujando con determinación su pecho, respiró hondo y mintió con descaro:

—Puedes seguir contándote lo que quieras, vaquero, si hace que te sientas mejor.

Capítulo Siete

Jameson intentó no parecer satisfecho cuando la vio salir del salón. Ni siquiera estaba seguro de que fuera consciente del plato de comida que llevaba en la mano, aunque también podía ser que hubiera pensado desayunar en la cubierta.

Dios, cómo le gustaba la lucha con aquella mujer. Puede que hasta demasiado.

Ponderó si era mejor quedarse allí, o seguirla y mantener la presión, pero la música del móvil tomó la decisión por él.

—Joker.

—Tío, ¿dónde estás?

Dejó a un lado el plato. Ya no tenía apetito.

—En casa.

No le gustaba mentir a sus amigos, porque tenía pocos, pero Gray Lockwood era uno de ellos.

—Ya. Pues es un poco raro, porque estoy delante de tu puerta y no me abres.

«Mierda, mierda, mierda».

Por el rabillo del ojo vio a Kinley entrar en el salón a por unos cubiertos. Ella apenas lo miró y volvió a salir, apartándose el pelo. Estaba siendo un cerdo con su amigo y con su hermana.

—Vale, no estoy en casa —contestó, consciente de que tampoco le debía ninguna explicación—. ¿Qué puedo hacer por ti?

—No, nada. Estaba por aquí y pensé que podíamos comer.

—¿Por qué estás en Tampa? —preguntó sin querer.

—He venido a verte.

—¿Has venido desde Charleston para verme a mí?

¿Por qué justo en aquel momento, cuando su hermana se estaba escondiendo en su yate? Algo no cuadraba...

—Tenemos un cliente nuevo en la zona, y pensé que podía matar dos pájaros de un tiro.

Respiró hondo y se apoyó en la mesa.

—Vaya, pues siento no poder verte. Estoy haciendo pellas en el Queen.

—¡Ah, eso lo explica todo! Disfruta del mar. Hablamos cuando vuelvas a estar en tierra firme.

—Genial, tío. Si necesitas ayuda con el nuevo cliente, házmelo saber.

—Creo que no, pero te lo agradezco.

Algo en aquella llamada le dejó una sensación extraña en el estómago. Igual era solo la culpa.

Lo que debería hacer en aquel momento era sentarse delante de un ordenador, pero por el momento, no había avanzado absolutamente nada en la localización de quienquiera que le hubiese robado el dinero a Kinley. Eso sí, tenía varios programas ejecutándose para localizar la transacción y ver adónde había ido a parar. Lo que tenía que hacer era trabajar desde un ángulo distinto y preguntar más a fondo a Kinley, algo que había ido posponiendo. Tenía que hacerse una idea más certera de quién podría querer robarle. Quiénes habían sido sus últimos objetivos. Pero algo le decía que, aquella mañana, no se iba a mostrar demasiado colaboradora, así que iba a tener que andarse con pies de plomo.

Estaba claro que Jameson quería algo de ella, algo que no implicaba tener que quitarse la ropa. Llevaban en la cubierta un par de horas y, cuanto más tiempo pasaban juntos, más inquieta se sentía. Jameson estaba siendo agradable. Le daba conversación, hacía preguntas... pero, por el momento, solo charla intrascendente, la clase de conversación que tendrías con un desconocido al que te encontrases en un bar y al que quisieras conocer mejor. Pero su relación no era de esa clase, ni se habían conocido por casualidad. Sin duda, sabía tanto de ella como al revés, así que todas aquellas preguntas eran solo para distraer, para envolverla en una falsa sensación de... ¿seguridad? ¿Familiaridad? ¿Confianza?

Daba igual. No iba a caer en la trampa. Pero, lo que de verdad le molestaba, aunque no quisiera admitirlo, era que Jameson no se hubiera

acercado a ella con otras intenciones en toda la mañana. Es que ni siquiera le había rozado la mano. ¿Quién iba a decir que el hecho de que no la tocara la iba a volver tan loca como tenerlo encima?

Sus alternativas eran escasas. Podía confrontarle abiertamente para obligarle a revelar sus cartas. Incluso podría lograr que admitiera qué quería de ella. También podía intentar atormentarlo, como había hecho el otro día.

Se bajó por la nariz las gafas de sol y lo miró. Estirado en la tumbona a un par de metros de distancia de ella, su piel dorada brillaba al sol. Nadie que se pasara la vida metido en un sótano delante de una pantalla tenía derecho a semejante cuerpazo.

—Me aburro —dijo, deliberadamente quejosa—. Dame un ordenador.

—No —fue la respuesta, a la que acompañó alzando una ceja.

—¡No puedo estar aquí sentada sin hacer nada! —protestó—. Al menos déjame leer mi correo.

La miró un instante, pero no dijo nada. Creía que la había ignorado, de modo que se sorprendió cuando le vio levantarse y tenderle una mano.

—Ven.

—¿Por qué?

No contestó, y Kinley acabó poniendo su mano en la de él. La hizo levantarse y la guio por el barco. En la cubierta inferior y llegaron a una puerta en la que no había reparado antes.

Su sorpresa fue mayúscula al ver que daba acceso a un espacio enorme con una plataforma, dos motos de agua y una vista impactante del mar. ¿Motos acuáticas? ¿Tenían motos acuáticas?

—Me habías dicho que estábamos atrapados en el barco hasta que llegase la pieza —lo acusó, sin necesidad de fingir la consternación que brillaba en su voz.

—Y lo estamos —sonrió.

Kinley señaló las motos.

—No tienen suficiente rango para llevarnos a tierra. Son muy divertidas, pero nada más.

Lo miró frunciendo el ceño. ¿Le estaba diciendo la verdad? No sabía mucho de motos de agua. De hecho, nunca había montado en una. De

cerca, parecían enormes, pero eran más pequeñas que un bote, y seguramente tendrían un depósito de gasolina pequeño. Quizás le estuviera diciendo la verdad.

Jameson presionó un botón y un ruido metálico se extendió por todo el espacio. Las motos empezaron a moverse. Había activado la grúa que las dejaría en el agua. De un armario sacó dos chalecos salvavidas pero, en lugar de darle uno, que era lo que ella esperaba, envolvió su cintura con un brazo y la pegó a su cuerpo, de modo que su pecho y sus hombros no le dejaron ver nada más. Olía a protector solar y a hombre, tropical y tentador. Estaba tan cerca que le costó un esfuerzo titánico no rozar su piel con los labios.

Le colocó el chaleco, y el dorso de su mano le rozó el pecho al abrochar los tres cierres de seguridad que lo ajustaban. Su cerebro no volvió a funcionar hasta que terminó de cerrárselo.

—Puedo hacerlo sola —dijo.

Y si las palabras no hubieran sonado roncas y sin aliento, los dos se lo habrían podido creer.

—Soy muy consciente de que puedes cuidarte sola, Kinley. Llevas haciéndolo mucho tiempo. Pero, a veces, muy de vez en cuando, es agradable dejar que alguien haga algo por ti.

Tenía la impresión de que no estaba hablando de abrocharle el chaleco salvavidas, y se le formó un nudo en la garganta.

—No puedo hacer eso —respondió, con un inesperado picor en los ojos.

Jameson le rozó la mejilla con el dorso de la mano y apartó un mechón de pelo.

—Sí que puedes. Puedes dejar entrar a otras personas en tu vida, Kinley. No todo el mundo quiere hacerte daño.

—Eso lo dice el hombre que me ha robado, manipulado y raptado.

—Para protegerte.

—No me conoces lo suficiente para que te importe protegerme.

—Te equivocas —negó con la cabeza—. Hay personas que quieren que estés a salvo. Que quieren quererte y protegerte. Que se preocupan por ti. Que quieren conocerte.

¿Cómo sabía exactamente lo que debía decir para seducirla?

—Hasta el mismo diablo usa la tentación para convencerte de pecar.

Jameson clavó sus ojos verde claro en ella.

—Yo no soy el demonio, Kinley.

—Eso es precisamente lo que diría él, Jameson —repuso, sonriendo.

Tenía que ponerle fin a aquella conversación de inmediato. Por suerte, las motos cayeron al agua en aquel instante, ofreciendo la distracción perfecta.

No tenía ni idea de por qué le había dicho esas cosas. Por supuesto, para él sería perfecto que confiara, pero era poco probable, dadas las circunstancias, aunque había visto algo en su expresión, algo vulnerable, y había sentido la necesidad de tranquilizarla.

—¿Has montado alguna vez? —le preguntó.

Quizás un poco de distracción le sentara bien.

—Nunca.

Le explicó cómo funcionaban los controles de la moto, le dio un par de consejos de seguridad —su hermano lo mataría si le pasaba algo estando con él—, y la ayudó a subir.

—Espera a que haya montado yo y nos vamos —dijo, y se volvió a por su chaleco, pero antes de haber podido meter siquiera un brazo, oyó el rugido del motor y la vio alejarse.

—¡Será...!

Abrochó solo el primer cierre, se subió a su moto y salió tras ella.

No debería haberle sorprendido verla dando botes en el agua y trazando curvas con toda facilidad. Aquella mujer podía hacer cualquier cosa, y no tenía miedo, lo cual era alarmante y excitante al mismo tiempo.

Giró la manilla del acelerador para alcanzarla, y ella se volvió con la sonrisa más retadora que le había visto nunca. «Ven y píllame si puedes», le dijo sin palabras.

Cuando le echara el guante, se iba a enterar.

Fueron trazando caminos cruzados en el agua, creando surtidores de espuma a su paso.

—¡Más despacio! —le gritó, pero ella lo ignoró, o no pudo oírle.

Seguramente lo primero. Su risa era lo único que se oía por encima del rugido del motor. Por lo menos, estaba pasando un buen rato.

Después de quince minutos de jugar al gato y al ratón, Kinley paró el motor de su moto. Las olas que creó la de Jameson al parar junto a la suya la acunaron.

—¿Se puede saber en qué estabas pensando?

—Pues en que parecía divertido, y que estaba ya lista. ¡Relájate, Jameson! Diviértete un poco.

¿Que se divirtiera? ¿Quería diversión? Bien. Con un giro de muñeca, hizo que su moto saliera disparada hacia delante, y una ola de agua la empapó.

La oyó gritar cuando se alejaba.

—¡Me las vas a pagar!

De pie en su moto, Jameson se volvió a mirar. Aun empapada, estaba preciosa. El agua le escurría por la cara y por su cuerpo bronceado, haciéndolo brillar a la luz del sol. Pero la sorpresa no la paró mucho tiempo. Apenas unos segundos después, salía tras él.

Estaba claro que sabía manejarse, así que dejó de preocuparse, cerró un instante los ojos y dejó que la adrenalina hiciera su trabajo. El rugido del motor llenó su cabeza y su vibración se le coló bajo la piel. Velocidad, intoxicante y adictiva.

Cerrar los ojos no era buena idea porque, cuando los abrió, Kinley iba a la par con él. Demonios, era rápida. Y eso que llevaba la moto a todo lo que daba el motor, dado que no había obstáculos alrededor. Se inclinó hacia delante para ofrecer menos resistencia al viento, y se adelantó ligeramente. Ella hizo lo mismo. Pero debía haber algo cerca de ellos, flotando en la superficie del agua porque, en un momento estaba a su lado y, al siguiente, el morro de su moto se lanzaba contra él. Ocurrió tan deprisa que no pudo impedirlo. De pronto, el agua lo rodeó.

Kinley no tuvo tiempo de reaccionar. El agua era una superficie suave bajo su moto y, de repente, dejó de serlo. Algo oscuro flotaba delante de ella, justo en la superficie. Un animal. Un madero. No estaba segura. Pero no hubo tiempo de evitarlo. El choque la lanzó del asiento, el manillar giró por voluntad propia y su moto se lanzó en una trayectoria de colisión contra la de Jameson.

Intentó mover el manillar en la dirección contraria, pero no pasó nada. El chirrido de metal y plástico al colisionar le reventó los tímpanos justo en el momento en que todo su cuerpo se veía lanzado al agua. Sus pulmones no habían tenido tiempo de prepararse. Llevaba la boca abierta

en un grito de advertencia y el agua salada le entró en la garganta, quemándosela. Su cuerpo reaccionó por instinto, moviendo las piernas para llegar a la superficie, aunque no sabía hacia dónde quedaba. Por suerte, su chaleco salvavidas sí, y segundos después de quedar sepultada por el agua, salió a la superficie. Tosió y escupió mientras sus pulmones se esforzaban por llenarse de aire, y desorientada, intentó quitarse el agua salada de los ojos y ver a su alrededor.

Jameson. Ese fue su primer pensamiento claro. Quiso gritar su nombre, pero sus pulmones no estaban aún despejados y el único sonido que salió fue un graznido ahogado. Los oídos sí le funcionaban bien, porque enseguida oyó que alguien gritaba su nombre.

—¡Kinley! —oyó la voz, supurando pánico.

No era solo preocupación, sino terror. ¿Las personas que no se preocupaban por ti se aterraban si tenías un problema? No lo podría asegurar. Nunca había tenido a nadie que se preocupara por ella.

El codo izquierdo le escocía, la espinilla de la pierna izquierda le ardía, y un enorme chichón se le estaba formando en la frente, pero, en conjunto, estaba bien.

—¡Estoy bien! —consiguió decir por fin, aunque no tan alto como le habría gustado.

A unos seis metros de ella, la moto que pilotaba oscilaba tranquilamente en el agua. El motor debía haberse parado, gracias a los sistemas de seguridad, en cuanto había caído al agua. Algo fuerte la agarró por el chaleco y tiró de ella. Se volvió, y se encontró frente a Jameson. Su expresión era oscura y desesperada. Por debajo del agua la tocaba de arriba abajo. ¿Por qué no la habría tocado así en la cubierta?

—¿Estás bien?

No contestó porque no estaba segura de la respuesta.

—Lo siento.

Pero él la zarandó un poco.

—¿Estás herida?

—No. Un poco solo. ¿Y tú estás bien?

Le vio cerrar los ojos un instante y, cuando volvió a abrirlos, parte del pánico que los desfiguraba había desaparecido.

—Dime qué te duele.

—Responde primero a mi pregunta.

—Estoy bien. ¿Y tú?

—Me duele el codo, pero es solo un golpe. La pierna me escuece, así que supongo que debo tener un arañazo, ya que no veo sangre en el agua. No debe ser nada de cuidado. Y me duele la frente, pero no veo mal, ni tengo náuseas. Debe ser un chichón sin más.

Jameson la miró, ambos subiendo y bajando en el agua, y de pronto la agarró por el borde del chaleco y tiró de ella hasta que sus pechos chocaron, y volvió a quedarse sin respiración cuando su boca encontró la de ella.

El mundo comenzó a darle vueltas, pero en aquella ocasión no tenía nada que ver con estar desorientada, sino con Jameson. El beso tenía un sabor a desesperación que notó en el alma. Lo reconoció y lo devolvió. Necesitaba más. Los pulmones le ardían, pero no le importó. Dejó que su deseo hiciera demandas, que su lengua se enredase con la de él. Le sabía a sal, a sol y a pecado. Pero antes de que pudiera coordinar su cuerpo para tener más, Jameson la soltó, y quedó flotando en el agua.

—Me has dado un susto de muerte, Kinley.

Parpadeó varias veces.

—Ya.

—¿Puedes montar?

No se había dado cuenta de que Jameson y las dos motos era cuanto había a la vista. El Queen ya no se veía y una repentina ola de pánico mezclada con adrenalina le recorrió el cuerpo.

—Sí.

No estaba segura, pero era la única opción. Tenían que volver.

—Quédate aquí.

Con brazadas poderosas, se dirigió a la moto que llevaba ella y se alzó para montarse. Mientras, Kinley trató de no quedarse mirando la poderosa cadena de músculos de sus hombros y sus brazos. En un instante la puso en marcha, y se acercó despacio. Le tendió una mano y la ayudó a subir y a sentarse a su lado. Por instinto, Kinley se agarró a su cintura.

—¿Seguro que puedes conducir? —preguntó de nuevo, volviéndose a mirarla.

¿Qué otra alternativa tenían? Podían ir los dos en una sola moto hasta el barco y dejar la otra a merced del mar, con lo que era probable que no volvieran a verla más, o podía hacer acopio de valor y volver a montarse.

Se revisó una vez más, confirmando que sus heridas eran superficiales. —Estoy bien.

Jameson asintió por toda respuesta y se lanzó de cabeza de nuevo al agua. Su cuerpo delgado entró en un escorzo perfecto, apenas sin salpicar, y a pesar del chaleco, cuando volvió a salir estaba casi al lado de su moto.

—Vamos a ir tranquilamente esta vez —le advirtió ya desde la moto, mirándola fijamente, y esperó a que ella asintiera.

Tomaron la dirección en que debía encontrarse el barco, o eso suponía, porque ella había perdido toda orientación, y sin referencia alguna en el agua... Avanzaban a un ritmo prudencial, y la vibración de la moto hacía que el golpe en la frente aún le doliera más, pero no se iba a quejar. Sentía el cuerpo rígido y las heridas le escocían. Lo que antes le pareció una carrera de cinco minutos, se transformó en una eternidad de vuelta al yate.

Dejó escapar el aliento, que no sabía que había estado conteniendo, cuando el Queen apareció por fin a lo lejos y pudo dejar de temer que se hubieran perdido en mitad del mar. En realidad, había sido una idiota.

Dos tripulantes los estaban esperando en la cubierta trasera cuando se acercaron, y con unas breves palabras, Jameson les dejó las motos. Luego hizo una señal a un joven, que era el que ella había visto con Eric la otra noche, que intentó ayudarla a salir del agua, pero Jameson fue quien finalmente lo hizo. Esperaba que la soltase al poner pie en la cubierta, pero no lo hizo. Rápidamente le desabrochó los cierres del chaleco de seguridad y lo dejó caer al suelo con un plop de prenda mojada. Se quedó atónita cuando le vio agacharse delante de ella e instintivamente se apoyó en sus hombros. El calor de sus manos le traspasó la piel mientras buscaba posibles heridas. Lógicamente, su cerebro lo sabía, pero el resto de su cuerpo no se dio por enterado y reaccionó. La respiración se le cortó cuando sintió sus manos en la cara interior de sus muslos e inconscientemente cerró los ojos.

Su exploración fue rápida y concienzuda. Revisó caderas, cintura, brazos y pecho. Luego llevó una mano a su nuca y le pidió que echase la cabeza hacia atrás. De tratarse de otra persona, se habría experimentado incomodidad, pero con él se sentía hipersensible a su cercanía, al modo en que la sujetaba, con delicadeza y firmeza al mismo tiempo.

Con la otra mano le rozó la frente y presionó un poco. Ella hizo una mueca de dolor.

—Tienes un buen chichón.

Eso podía habérselo dicho ella.

—Estoy bien.

Quizás sus palabras habrían tenido más peso si se hubiera separado de él en lugar de inclinarse hacia su cuerpo como un girasol en busca del sol.

—¿Ves bien? ¿Sientes náuseas?

Kinley negó con la cabeza, pero inmediatamente lamentó haberlo hecho.

—No. Estoy bien, de verdad —dijo, separándose de él. Buena parte de la tripulación estaba allí y se estaba avergonzando—. Lo siento mucho. No se me ha ocurrido pensar lo peligroso que podía resultar estar ahí, sin nada ni nadie alrededor.

Esperaba una bronca, pero él se limitó a decir:

—Me alegro mucho de que estés bien.

El modo en que la miraba con aquellos ojos suyos tan inteligentes, a los que ningún detalle pasaba por alto, hizo que se sintiera considerada y protegida, dos cosas que le hacían sentirse incómoda, porque eran desconocidas para ella.

Aquello se estaba yendo de madre. Aquello, no. Ella.

—Me voy a tumbar un rato —dijo, aunque lo que de verdad quería era escapar de él, e incluso de los pensamientos que se le apelotonaban en la cabeza. Había dado varios pasos cuando se dio cuenta de que él la seguía, y no pensó nada raro hasta que, al llegar a la puerta de su camarote, se detuvo también.

—Estoy bien —dijo una vez más.

—Si tú lo dices... pero podrías tener una conmoción, así que hasta que estemos seguros de que no es así, no puedes quedarte sola.

Si sus emociones no estuvieran hechas un lío, la expresión de desmayo de Kinley le habría gustado, pero teniendo en cuenta la situación, ver su expresión torturada no era nada comparado con lo que él estaba sintiendo. No solo quería asegurarse, una vez más, de que no estaba herida de consideración, sino que anhelaba sentir su piel sedosa bajo las manos.

La secuencia de su accidente no dejaba de repetirse en su imaginación, pero con un final diferente y aciago, parecido al accidente que había acabado con la vida de sus padres cuando él tenía once años. No era lo mismo, pero por alguna razón, el accidente de Kinley había despertado esos angustiosos recuerdos.

Quería besarla hasta dejarla temblando, para tranquilizarse y para bloquear aquellas imágenes. Quería sus gemidos de placer clavándosele en los oídos, y las caricias de sus jadeos cuando se quedaba sin palabras porque su cuerpo estaba alcanzando unas cortas indecibles de placer. Pero, por desgracia, también había una parte de sí mismo que quería meterle algo de sentido común en esa cabezota y preguntarle a gritos por qué había sido tan descuidada con su seguridad. Con la de ambos, en realidad.

Tenía los sentimientos a flor de piel, y le era difícil controlarse, pero tomando en cuenta el tamaño del chichón que tenía en la frente, no debía dejarla sola, y aunque podría pedirle a cualquier miembro de la tripulación que se quedase con ella, no confiaba en que fueran a dedicarle tanta atención como él. También había una parte de sí mismo que, después del miedo que había pasado al ver el accidente a cámara lenta, y el modo en que ella había desaparecido bajo el agua, aún no estaba preparado para perderla de vista. Así que estaban trabados el uno con el otro, al menos durante un tiempo.

—No.

La palabra de Kinley sonó enfática, casi desesperada.

—Sí.

—Refréscame la memoria —le pidió, cruzándose de brazos—. ¿Cuándo obtuviste el título de medicina?

—Mira, no debes quedarte sola, al menos durante un par de horas, así que tienes dos opciones: o me dejas entrar en tu camarote, o nos subimos a la cubierta.

Ella lo miró en silencio, y la conocía lo bastante bien como para imaginar los cálculos que estaba haciendo detrás de sus preciosos ojos azules.

—Si quieres, entra en tu habitación y cierra el pestillo. Me dejarás fuera, pero tienes que saber que el personal tiene una llave universal que puede abrir todas las puertas. Y no pienso renunciar a usarla.

—No es buena idea.

En eso estaban de acuerdo. Preferiría que no eligiera su habitación porque su honor colgaba de un hilo, pero aún tenía su orgullo. Y aunque ya habían dormido juntos, estaba claro que ella había utilizado el sexo como arma de distracción para poder escabullirse de su habitación en plena noche para poder ver sin ser vista, y no había vuelto después. Ninguna de sus acciones posteriores había indicado que deseara volver a tener nada con él. Bueno, sí, había respondido a su beso en el agua, pero por pura supervivencia.

—Tú eliges —insistió. Ella suspiró.

—Por lo menos dame unos minutos para que me cambie de ropa.

Dado que tenía una llave con la que podía entrar en su habitación —por supuesto, solo si tenía una buena razón para hacerlo—, accedió.

—Diez minutos. Si en diez minutos no estás en cubierta, vengo a por ti.

Kinley hizo además de dirigirle un saludo militar, y desapareció en su camarote.

Él también fue a cambiarse y se desinfectó y cubrió el corte que se había hecho en el muslo, del que no se había dado ni cuenta hasta que llegó al Queen. La adrenalina había enmascarado el escozor del agua salada.

Buscó unos pantalones que cubrieran la herida, una camisa verde claro y unos náuticos. Cuando subió a cubierta se dio cuenta de que ya era tarde y que el sol había empezado a descender en el horizonte, prestando unos preciosos colores al cielo: púrpura, rojo, rosa y naranja. El agua estaba en calma y soplaba una suave brisa que movía los faldones de la camisa, que se había dejado por fuera.

Estaba junto a la barandilla, contemplando aquella vasta extensión de soledad, cuando ella llegó a su lado.

—Te quedaba un minuto —le dijo, mirando su reloj.

—Creo que, por hoy, ya he desafiado bastante a mi suerte.

—Seguramente —corroboró con una media sonrisa.

Y se quedaron el silencio, el uno al lado del otro, viendo desaparecer el sol.

Kinley le dio entonces la espalda al agua y se apoyó en la barandilla, los brazos extendidos a ambos lados.

—¿Y ahora, qué? Ojalá lo supiera.

Capítulo Ocho

Necesitaba una distracción. Algo que rompiera el hechizo del momento que acababan de compartir. A ella no le iba lo de compartir momentos, aunque cada vez le estaba resultando más difícil no hacerlo con aquel hombre.

Cena con velitas en el salón no le apetecía. En su deambular por el barco, había visto un armario con varios juegos: ajedrez, damas, juegos clásicos de infancia y una baraja de cartas.

—¿Te apetece jugar una partida?

Necesitaba centrarse en otra cosa que no fuera lo que quería hacer con el cuerpo de Jameson.

—¿A qué clase de juego?

—Al póquer —contestó. Igual era una buena idea. Igual podía sacar algo a su favor—. Y para hacerlo más interesante, podemos añadir una apuesta amistosa.

—¿Amistosa? —sonrió de nuevo—. ¿De qué clase?

—¿Strip poker?

Aunque estaba convencida de que no iba a quitarse ni una prenda, sintió una tímida excitación.

—Voy poco vestido para ese juego.

—¿Ah, sí? Entonces, ¿no piensas que puedes ganarme? Un hombre con tu inteligencia sabrá echar una partidita, ¿no?

—De acuerdo. Juguemos.

La sensación de triunfo le duró poco. Jameson señaló un banco que corría a lo largo de la cubierta y la mesa que habían usado el otro día para el desayuno, y aún ella no se había sentado cuando ya había abierto la caja y tenía en la mano la baraja. Con manos rápidas y hábiles, comenzó a

mezclar, pero no como lo haría cualquiera, sino pasándose el mazo de una mano a la otra como si fuera una cascada, cortando con una sola mano y extendiendo las cartas sobre la mesa con un único movimiento de la mano. Era un mago, pero no el único que guardaba un as en la manga.

—Impresionante —comentó ella, sentándose frente a él. La noche se asentaba y las estrellas comenzaban a brillar en un cielo negro de tinta. Sin otras luces que las emborronaran, brillaban con una intensidad impresionante, haciéndole pensar en lo insignificante que era en el universo.

Pero no debía pensar en eso en aquel momento, sino en ganar a aquel hombre.

—¿Hol'em Texas? —preguntó, mientras el mazo de cartas seguía cantando en sus manos.

—Perfecto.

Todo el mundo sabía jugar al Hol'em Texas poker. Era una modalidad que se había asentado en la cultura general del juego, así que no le sorprendió que lo sugiriera. Consistía en darle a cada jugador dos cartas boca abajo. A lo largo de la mano, se colocarían cinco cartas más en el centro de la mesa, las llamadas «cartas comunitarias», compartidas por todos los jugadores. Al término, cada jugador formaría su jugada usando la mejor combinación entre sus dos cartas y las cinco comunitarias; así, para crear la mejor jugada, el jugador podría usar una de sus dos cartas de mano, las dos, o ninguna.

Dos cartas se colocaron delante de ella. Levantando solo la esquina, Kinley se asomó. Un ocho y un diez. Malas cartas, pero no terribles. Si hubieran jugado por dinero, habría usado las primeras manos para medirle como jugador, o para hacer que se retirara de una apuesta. Pero como en su partida solo apostaban ropa, eso daría igual.

Jameson dio la vuelta a las primeras tres cartas de las comunitarias: la reina de picas, el siete de diamantes y el diez de picas. Ella tenía una pareja. Tardó un instante en darle la vuelta a la siguiente: el ocho de picas. Doble pareja. Y después, el rey de tréboles. Estudió las cartas, alzó la esquina de las suyas y la estudió a ella unos segundos.

—Enseñémoslas.

Kinley se sentía muy confiada, pero la confianza le duró hasta que Jameson volteó la jota y el nueve de picas. No se molestó siquiera en mostrarlas, sino que las lanzó junto a las que había en el centro de la mesa.

A continuación, se agachó, se desabrochó la sandalia y la colocó en la mesa. Qué ganas de borrarle a Jameson esa mueca satisfecha de la cara. No le importaría hacer trampas si era necesario para lograrlo. Solo tenía que esperar a tener el mazo en la mano. Estaba dándole vueltas a qué argumento utilizar cuando él le dio la oportunidad perfecta.

—Esto sería más interesante si las apuestas fueran más altas.

Una descarga de adrenalina le recorrió el torrente sanguíneo.

—De acuerdo. Entiendo que tienes una sugerencia.

—¿Por qué no apostamos como lo haríamos en una partida cualquiera, pero con el número de prendas que estamos dispuestos a poner sobre la mesa, en lugar de fichas?

Kinley lo miró de arriba abajo. El tiempo era cálido, de modo que el número de prendas disponible era escaso, así que ninguno de los dos tenía mucho con lo que apostar. Sin embargo, a simple vista, le parecía que ella tenía más prendas que él, y decidió aprovechar la ventaja.

—De acuerdo, pero tendríamos que repartir de manera alternativa, y si te retiras, pierdes lo que hayas apostado hasta ese momento.

—Me parece bien.

Jameson tomó la sandalia que seguía sobre la mesa y deslizó el pulgar por la tira de cuerpo, sin dejar de mirarla a ella, y por alguna razón, el cuerpo de Kinley reaccionó como si la estuviera acariciando. Apartó la mirada y se centró en recoger las cartas y lo poco que quedase de su compostura. No sabía barajar como él, pero repartió con eficacia.

Su padre le había enseñado unas cuantas cosas, como por ejemplo conseguir que las cartas que tú querías salieran del mazo sin que nadie se diera cuenta. Esperaba que no lo notara. Había perdido la primera mano, pero de ningún modo volvería a perder la siguiente.

Con intención de distraerle, comentó:

—Por cierto, que ya no me duele la cabeza, así que nada de conmoción.

Él entornó los ojos.

—No me estarás mintiendo para perderme de vista, ¿verdad?

—Estoy contigo ahora, ¿no? Y no, no te miento.

Jameson asintió.

—Me alegro de que te encuentres mejor.

Por lo menos había conseguido esquivar esa bala.

Se repartió dos jotas, y se aseguró de que Jameson recibiera algo igualmente tentador: un as y un rey. Ahora que iban a apostar, no quería que no fuera por no tener nada en la mano que valiera la pena jugar.

Antes de voltear una carta, dijo:

—Tú hablas.

Y él cayó directamente en su trampa:

—Una.

Kinley levantó la esquina de sus cartas —como si no recordara lo que tenía— y dijo:

—La veo.

Volteó tres cartas: un as, un tres y un siete. Jameson no esperó a que ella hablase para decir:

—Una.

Ella tampoco dudó.

—La veo.

La cuarta carta comunitaria, el turn, un diez, tampoco les sirvió para nada a ninguno de los dos. Sin embargo, no impidió que Jason apostara.

—Una.

Tampoco impidió que ella viera su apuesta.

Los dos habían apostado tres prendas, y Kinley sabía exactamente quién iba a ganar aquella mano. Volteó la última carta, el river, y resultó ser una tercera jota. Las cartas que había sobre la mesa estaban destinadas a dar la impresión de que también ella podía tener una pareja, si llevaba un as en la mano, pero en realidad esperaba que el kicker de Jameson, o la carta más alta en la mano de un jugador, batiese a la suya.

Había repartido así deliberadamente, con el fin de no darle a él algo que le hiciera sentirse demasiado confiado, pero también con una probabilidad menor de que ella llevara algo grande, así que le sorprendió que pasara en lugar de apostar. Y para evitar que pudiera llegar a plantearse si había algo ilícito en la mano, decidió pasar también.

Los dos se deshicieron de sus cartas.

Jameson frunció levemente el ceño cuando vio las tres jotas, y ella se le adelantó diciendo:

—Es parte del juego. Creo que me debes tres.

Jameson se levantó, y la anchura de sus hombros bloqueó la suave luz amarilla que venía de las luminarias de la pared. No se había dado cuenta de lo silencioso y oscuro que estaba todo. De lo sola que se sentía. Sola, excepto por el hombre que tenía delante.

Agachándose se quitó los zapatos y los colocó en la mesa. Antes de seguir, la miró atentamente, despertando el temor de que aquellos ojos verdes de mirada inteligente estuvieran viendo más allá. A continuación, se desabrochó el primer botón de la camisa mientras bordeaba la mesa y se acercaba a ella. La mano de Kinley, reposando en el brazo de la silla, quedó a escasos centímetros de su cadera, y la necesidad aulló en su cuerpo. Sentía la garganta seca. Quiso decir algo, pero ningún pensamiento coherente se materializó en su cabeza, lo cual resultaba frustrante. Trago saliva mientras él seguía desabotonándose la camisa. Un botón. Y otro. Y otro más.

Los delanteros de la camisa se separaron, y la sólida muralla de su vientre quedó frente a ella. Podía tocarle. Podía acercarse y lamerlo, saborear su perfección salada.

Apretó los brazos de la silla y la madera gimió, delatándola.

Despacio, Jameson dejó caer la camisa sobre la cubierta.

—Lo acordado.

Jameson no podía decidir si estaba irritado por haber perdido casi toda la ropa en la primera mano, o encantado con la perspectiva de hacer lo mismo con Kinley en la mano siguiente. Seguramente, ambas. Repartió las cartas de los dos. Levantó las esquinas de las suyas. Dos reinas.

—Me temo que no me queda otra. Lo apuesto todo —dijo, encogiéndose de hombros.

Los pantalones eran lo último que le quedaba, así que era todo o nada. Iba con desventaja, algo que nunca le había molestado. Se había pasado la vida jugando en desventaja, yendo de casa de acogida en casa de acogida, y la persona más cercana lo traicionó cuando más lo necesitaba, así que aquello no era nada.

Kinley, sonriendo apenas, se encogió de hombros y dijo:

—La veo.

Muy despacio, Jameson volteó las tres primeras cartas: un dos, un rey y un diez, todos de distintos palos. Nada que sirviera de mucho. Alzó la esquina de la siguiente carta antes de volverla.

—Reina de corazones.

En cierto modo, le pareció apropiado.

La última, un as. Seguramente tampoco les serviría de nada. Era posible que ella tuviera una pareja, y la estudió, intentando discernirlo. El póquer era un juego de observación tanto como de suerte, y aunque ella podía creer que no tenía ningún gesto delator, sí que los tenía. O quizás él estaba tan en sintonía con ella que notaba hasta los más pequeños detalles.

En la última mano, cuando supo que lo tenía acorralado, había intentado no mostrarlo apretando los labios, intentando no mostrar nada, pero en una línea totalmente antinatural. Había intentado no dejar que su boca se curvara en la sonrisa que solía a acompañarla siempre. Tampoco había fruncido el ceño. Su expresión era demasiado perfecta. Casi de plástico. Un término que nunca había utilizado para describir a Kinley Sullivan, una mujer viva, animada, que por mucho que intentara pasar desapercibida, siempre llamaba la atención. Alta y atractiva, no era solo por sus rasgos físicos, sino por su presencia confiada, despreocupada, observadora e inteligente. Todo ello, combinado con su belleza, resultaba letal.

En la última mano había intentado mostrarse totalmente inexpresiva teniendo una mano ganadora, pero en aquella segunda, había sonreído, quizás demasiado. Quería parecer contenta con las cartas que le habían tocado en suerte, pero su expresión resultaba un poco forzada. No tenía nada.

—¿Qué tal si añadimos un poco más de azúcar al pastel?

Kinley frunció el ceño y lo miró de arriba abajo. Aquel era el momento para que entrasen en juego las habilidades. Sabía que no tenía nada, y si presionaba demasiado, simplemente no iría y le daría el otro zapato. Y él quería más que eso. Si le tocaba estar semidesnudo, quería que ella también lo estuviera.

Siempre había sido amante del riesgo. Quizás no con dinero, pero con sus actos. Ningún hacker podía ser débil de corazón.

—¿Qué se te ha ocurrido? No tienes más prendas que jugarte.

Estaba enganchada. Ahora tenía que ofrecerle algo que no pudiera rechazar.

—Teniendo en cuenta que ya me has visto desnudo, que pierda los pantalones no te va a saber a victoria, ¿no?

No le pasó desapercibido cómo había cambiado de postura al mencionar la noche que habían pasado juntos. Se sentía incómoda, pero no lamentaba nada. Era el deseo lo que intentaba ocultar, el pico de sus pezones bajo la camiseta, el color de sus mejillas. Signos físicos que no podía ocultar decían que quería tener más de lo que habían compartido la noche anterior, pero hasta que no lo dijera con palabras, o se lo mostrara con sus actos, no tenía intención de hacer absolutamente nada al respecto.

—Supongo que no —respondió—. Deja de jugar y dime qué estás dispuesto a apostar.

—Una hora con un ordenador.

—Dos —respondió sin dudar.

—De acuerdo. A cambio de tu camiseta y tus pantalones.

Kinley negó con la cabeza.

—A cambio de tres prendas. La que ya está en la mesa y dos más, todas de mi elección.

Jameson repasó lo que llevaba puesto. Había perdido una sandalia, pero le quedaba otra. Camiseta y pantalones, y lo que llevara debajo. Intentó no pensar en ello para que no se le nublara la capacidad de razonar.

—De acuerdo —accedió y señaló las cartas.

Cuando le pidió con un gesto que las volteara, le sorprendió ver un dos y un diez. No era de extrañar que hubiera accedido. Tenía una doble pareja. No era una jugada terrible, pero un peligro, teniendo en cuenta el as y el rey que había sobre la mesa.

Una vena de su cuello palpitó con la aceleración del latido de su corazón, y tuvo que contenerse para no lamerla. Aun así, se levantó con sus cartas en la mano y las depositó con una sonrisa.

—Tres reinas. Creo que te toca quitarte algunas cosas.

Con una mueca de protesta, Kinley se levantó de su silla, se quitó la otra sandalia y la dejó sobre la mesa. Con un movimiento fluido, se quitó la camiseta y la dejó junto a la sandalia.

¿Llevaría sujetador solo para atormentarlo? Era de un encaje azul claro, casi transparente, pero los bordados cubrían estratégicamente sus pezones, aunque no consiguió con ello impedir que recordase haberlos

lamido, saboreado y succionado, y la lengua le picó al recordarlo, pero no se movió. Quería beberse aquella imagen.

Con la mesa entre ambos, Kinley se soltó el botón de sus pantalones blancos. El sonido metálico de la cremallera al bajar sonó en el aire. Lo miraba a los ojos, casi desafiándolo. Los pantalones cayeron al suelo, los recogió y los lanzó hacia la mesa, pero no para que acabaran con el resto de sus cosas, sino directos a la cabeza de Jameson, que los atrapó en el aire. —Eres mala perdedora —le recriminó.

Volvió a tomar el mazo de cartas y lo mezcló con manos rápidas antes de disponerlas sobre la mesa. Jameson miró sus cartas. Un diez y una jota de diamantes.

Las comunitarias, un cuatro, un rey de diamantes, un diez. Tenía una pareja y potencial para color, aunque había jugado al póquer en suficientes ocasiones para saber que no debía perseguir algo tan difícil con pocas posibilidades.

—Solo te quedan los pantalones.

—Y a ti, las bragas y el sujetador.

—¿La misma apuesta que antes? ¿Tu ropa y un ordenador contra lo que me queda a mí?

Jameson volvió a contemplar su cuerpo. La luz dorada de las luminarias volvía su piel de bronce. Estaba preciosa. Intensa. Y no había nada que deseara más que quitarle la ropa que le quedaba y disfrutar de explorar cada rincón de aquel delicioso cuerpo. Pero algo en su forma de pararse, con las piernas abiertas y los brazos relajados a su costado, le advirtió que debía ser cauto. Parecía demasiado confiada, y no quería correr el riesgo.

Empujó sus cartas al centro de la mesa, soltó el botón de sus pantalones y los dejó caer. No se había molestado en ponerse calzoncillos, algo que ella ya sospechaba, al parecer.

—No quiero arriesgarme a que ganes la apuesta —dijo, encogiéndose de hombros—. El triunfo es tuyo.

Kinley lo miró intensamente un momento, y su sexo respondió, endureciéndose y agrandándose ante sus ojos, pero decidió aferrarse a los brazos de la silla y esperar. La pelota estaba en su tejado.

La desilusión fue máxima cuando ella dio media vuelta y se marchó.

Capítulo Nueve

La sangre le volaba por las venas con un insistente latido entre sus muslos, un incómodo recuerdo del control tan precario que ejercía sobre su cuerpo. Todo en ella le gritaba que se diera la vuelta, subiera de nuevo la escalera y tomara lo que quería.

Y lo que quería era Jameson Neally. Pero no podía permitírselo.

Ganar debería ser una sensación dulce, aun si hacías trampas, pero no había nada dulce en aquella victoria. El cuerpo le dolía, y era incapaz de recordar lo que era importante y lo que no. O por qué desear a Jameson era una mala idea.

Aquella noche la pasó dando vueltas en la cama, acosada por todo tipo de sueños vívidos y difíciles. Su subconsciente peleaba contra su decisión, con lo que se levantó insatisfecha y nerviosa. Le aguardaba otra mañana solitaria e improductiva de contemplar el mar vacío, agobiada física y mentalmente por la inactividad. Pero Jameson tenía otra idea.

Jameson se paró a su lado, con una taza de café en las manos.

Permanecieron unos minutos en silencio, el uno al lado del otro, y aquella quietud de la mañana le dio a Kinley un momento de paz, desaparecida la animosidad, el antagonismo y la presión sexual que siempre estaba presente cuando estaban cerca. Respiró hondo y dejó que esa paz la invadiera, aceptando aquel regalo, durara lo que durase. Transcurridos esos minutos, Jameson fue el primero en hablar.

—Tregua —dijo.

Por toda respuesta, Kinley enarcó una ceja.

—Tú y yo llevamos jugando demasiado tiempo, y creo que quizás ya no sabemos cómo relacionarnos si no es como adversarios.

Quizás tuviera razón, pero no estaba preparada para admitir que no lo fueran.

—Llevas más de un año monitorizándome, Jason. Podría ser calificado de acoso.

Tuvo la decencia de parecer azorado, lo cual la sorprendió.

—Tienes razón. Admito que lo he hecho porque tu hermano me pidió que no te perdiera la pista.

Ya, lo sabía, y seguía sin entender los motivos de su hermano. ¿Cómo podía haberla perdonado por arruinarle la vida? Por ella se había pasado diez años en la cárcel.

—Pero no tardé mucho en continuar siguiéndote no porque tuviera que hacerlo, sino porque quería hacerlo Eres brillante. Todo un desafío. Soy muy bueno en lo que hago, y puedo contar con los dedos de una mano a la gente que puede jugármela.

Ella se echó a reír.

—Gracias... creo.

—Te respeto, Kinley. No solo eres buena en lo que haces, sino que también eres buena persona, y teniendo en cuenta la clase de entorno en el que te criaste, y la clase de vida a la que te empujaron las circunstancias, no es mucha la gente que habría elegido el camino que has elegido tú —sonrió con un punto de amargura—. Sé muy bien lo fácil que es esquivar la moralidad. Ir un poco más lejos en el gris, hasta que tus actos acaban siendo más bien negros.

Jameson se había pasado un año observándola, pero ella también lo había observado a él, y se estaba dando cuenta poco a poco de que, en realidad, sabía muy poco de su persona, y por alguna razón, quería comprenderlo. No solo los detalles que había seleccionado porque le era necesario comprender al hombre del que intentaba esconderse, sino las cosas que no solía compartir con nadie. Los pedazos de sí mismo que ocultaba.

—¿Qué es lo que lamentas, Joker?

Tardó un momento en contestar.

—Lamento muchas cosas.

—¿Como qué? Tiempo atrás, confié en la persona equivocada, alguien que para mí era importante. Me presentó a unos amigos suyos y me pidieron que les hiciera un trabajo. Nada gordo. Que borrara parte de un metraje de seguridad, y que les consiguiera información de algunas personas. Nada que no pudiera hacer incluso dormido.

—¿Cuántos años tenías?

—Diecisiete —se encogió de hombros—. El dinero estaba bien, y poco a poco me fui metiendo en cosas más y más grandes, en parte por el desafío que suponían. O sea, que no fue todo por el dinero. Pero llevaba mucho tiempo estando solo, entrando y saliendo de casas de acogida sin un lugar que fuera mío.

—Te resultó muy tentador.

—Tentador, si quieres escoger una palabra suave. Tomé decisiones de las que no me siento orgulloso y no hice las preguntas que debería haber hecho porque me convencí de que, si no conocía las respuestas, significaba que lo que estaba haciendo estaba bien. Hasta que me pillaron. Y todo el mundo me abandonó. Una vez más. No debería haberme sorprendido, a aquellas alturas ya de mi vida, pero por alguna razón, sí que me sorprendió. Y me dolió.

Comprendía bien su dolor. Saber que hay gente mala en tu vida no impide que te duela cuando te hacen daño.

—Lo siento. ¿Y qué hiciste?

Se encogió de hombros y sonrió, en aquella ocasión con satisfacción.

—Entregué a los cuerpos de seguridad todo lo que necesitaban para abrir y cerrar un caso contra un importante traficante de drogas.

—¿Y conseguiste un acuerdo?

—Algo así.

Algo le dijo que aquella debió ser la primera vez que ayudaba a los buenos, pero no la última.

—¿Cómo entraste en contacto con Stone Surveillance?

Su sonrisa se tornó entonces pícara.

—Esa es una historia para otro momento. Me muero de hambre. Vamos a desayunar.

Jameson había pasado una noche inquieta, así que se había levantado muy pronto para sentarse en el ordenador con sus programas de localización y seguir un par de pistas. Cuando se unió a Kinley en cubierta, ya llevaba varias horas trabajando, intentando localizar su dinero.

Estaba empezando a desesperar. Y a frustrarse. Quienquiera que estuviese detrás del robo y de las amenazas a Kinley, era bueno escondiéndose. Demasiado bueno. Casi como si tuviera ayuda profesional

o amigos en las altas esferas. De hecho, tan desesperado empezaba a estar que había hecho un par de llamadas para pedir que le devolvieran favores a un par de colegas, por ver si ellos podían detectar alguna pista que a él se le hubiera podido pasar.

Solo por ella, se tragaría su orgullo.

Con poco que hacer, aparte de esperar, decidió que pasar el día con Kinley sería una buena idea. Igual se abría un poco y le daba alguna información que pudiera servirle.

El día pasó en una sucesión de sol, bebidas y buena conversación. Cuando no estaban lanzándose a la yugular el uno del otro, Kinley tenía un peculiar sentido del humor, era rápida de reflejos y nunca dejaba pasar la oportunidad de indagar un poco.

Cuanto más tiempo pasaban juntos, más tiempo quería estar con ella.

Cuanto más sabía, más le preguntaba. Quería saberlo todo de la vida que se había construido y de la persona que era cuando no estaba hackeando.

—Dime que hiciste otras cosas, aparte de trabajar, cuando eras pequeña.

El sol empezaba a ocultarse tras unas algodonosas nubes blancas. Habían tomado el sol un poco, y aunque no habían hecho mucho, estaba disfrutando de la energía que proporcionaban sus rayos. Al parecer, Kinley también, y fue una agradable sorpresa ver que iba a contestar. Una sonrisa tierna apareció en su cara y sus ojos se velaron con los recuerdos.

—No. Mi madre era... bueno, es, bailarina. Recuerdo pasar muchas noches entre bambalinas, viendo cómo se vestían todas. Les gustaba vestirme a mí como si fuera una muñeca, maquillarme, ponerme adornos en el pelo. En cuanto cumplí tres años, mi madre me llevó a clases de danza. Y a mí, me encantaba. Estoy segura de que pensaba que seguiría sus pasos en el escenario.

—¿Y qué pasó?

Ojalá no hubiera hecho la pregunta, porque Kinley lo miró con una mezcla de dolor y desilusión.

—Cometí el error de decirle a mi padre que era buena con los ordenadores. Me hizo dejar la danza. Por mucho que le rogué, que lloré, que intenté convencerlo, no hubo modo. Ni siquiera mi madre logró persuadirlo de que me dejase seguir yendo a clase.

—¿Cuántos años tenías?

—Doce.

Seguro que había sido una bailarina increíble. Incluso ya de adulta, su cuerpo delgado se movía con una gracia innata.

—Lo siento.

¿Qué más podía decir?

—Es agua pasada —se encogió de hombros—. Pero, a pesar de que mi vida no era como la de la mayoría de niños, tampoco fue terrible. Tenía comida y un techo sobre mi cabeza.

—Hay mucho más en la vida que eso, Kinley.

—Cierto.

No estaba seguro de que lo pensara de verdad. Su vida era el trabajo, no dejaba que se le acercara nadie, cada nuevo objetivo la consumía y se pasaba la vida mirando por encima del hombro, preparada para salir corriendo en cualquier momento.

—¿Cuándo fue la última vez que bailaste?

No podría decir por qué había hecho esa pregunta.

Ella se echó a reír.

—Uy, no sabría decir. Hace años. ¡Ah, no! Se me olvidaba. Fui a un baile en Londres cuando estaba siguiendo la pista de un traficante de armas.

—Eso no cuenta. ¿Cuándo fue la última vez que bailaste solo por divertirte? ¿Solo para ti?

El brillo de sus ojos se empañó un poco.

—Creo que con doce años.

Jameson se levantó de la tumbona y se llegó al estéreo desde el que se había estado emitiendo una música suave. Abrió la app de la tableta conectada, buscó y, cuando la selección le satisfizo, subió el volumen para que compitiera con la brisa. La inconfundible voz de Frank Sinatra empezó a hablar de the way you look tonight. Volvió junto a ella y le tendió la mano.

—¿Qué haces?

—Pedirte que bailes conmigo.

Vio que sus ojos azules se abrían de par en par, pero no se rio ni de él, ni de la idea, sino que puso su mano en la de él y se levantó. Asiéndola por la cintura, la pegó a su cuerpo. La sensación era increíble.

Seguramente parecían dos tontos, bailando en la cubierta al ritmo de una música que pedía ropa elegante y el tintineo de las flautas de champán, pero le daba igual que ella llevara un bikini que apenas le cubría las nalgas. Es más, era una maravilla sentir en la palma la textura aterciopelada de su piel. Con seguridad, la hizo girar sobre sí misma y volvió a acercarla.

Entonces fue ella quien se pegó más y ejerció el control. La canción cambio a algo cálido y sugerente, y el cuerpo de él respondió. No sabía qué canción era aquella, ni quién el cantante de voz tan sensual, ni siquiera lo que decía. Pero lo estaba sintiendo todo hasta en la última fibra de su ser.

Lo que había empezado como un gesto bonito se estaba transformando en una tortura, a partir del momento en que Kinley le hizo poner las manos en sus caderas y comenzó a moverse unida a él. Utilizando el ritmo de la música, le hizo subir las manos por los contornos de su cuerpo. Ya no había picardía en su mirada, sino un calor que él notaba en el alma.

Sin saber cómo, encontró la fuerza para decir:

—Para.

—¿Por qué?

—Porque, si no paras, no voy a poder ser responsable de lo que ocurra a continuación. Te deseo, Kinley, tanto que no puedo respirar.

Ella se acercó a su boca poniéndose de puntillas y susurró:

—Entonces, toma lo que deseas.

Todo en su interior se paralizó. Esperando. Anticipando. Miedo, deseo, indecisión. Hasta que, de pronto, la tensión se rompió y la boca de Jameson se volcó en la suya, con una mano hundida en su pelo y la otra sujetando su la cadera. Aferrado a ella, la animó a dar y a tomar, a entregarle todo lo que había estado reteniendo.

Desbordada por aquel torrente de sensaciones, su instinto la empujaba a huir, como siempre, pero es que no tenía dónde ir. Y, en el fondo, no quería separarse de él, de aquello que estaba ocurriendo. Se trataba solo del miedo a lo desconocido, y estaba cansada de huir.

Desabrochó la parte superior de su bikini mientras ella acariciaba su torso y sentía cómo el vello oscuro le enviaba pequeñas sensaciones por los

brazos. Buscó la cinta que anudaba la cinturilla de sus pantalones y la soltó, con lo que la prenda cayó al suelo. Sin dejar de besarla, Jameson sacó los pies y lo apartó.

La braga de su bikini fue lo siguiente en caer y ambos quedaron completamente desnudos, con el último sol pintando su piel. Jameson la tomó en brazos y ella no dudó en rodear su cintura con las piernas, dejando su erección entre ambos, rozándose deliciosamente contra la entrada húmeda de su sexo y bombardeando sus sentidos.

Supo que se movían porque el mundo daba vueltas a su alrededor. O quizás fuera cosa de su propio equilibrio. Su espalda chocó con algo sólido y frío, pero no le importó averiguar de qué se trataba. Jameson lo utilizó como soporte para poder manejar las manos y hundir una entre sus cuerpos.

—Vas a ser mi muerte —murmuró, y succionó su pezón. Kinley echó atrás la cabeza y empujó con sus caderas.

No tenía ni idea de dónde salió aquel condón, pero le dio igual. El sonido del paquete al romperse le hizo abrir los ojos y vio a Jameson colocárselo en el pene erecto. La boca se le quedó seca de anticipación mientras él colocaba su miembro entre sus piernas y, con un movimiento fluido, la penetró.

Un gemido de éxtasis y alivio partió de su garganta. La sujetaba con fuerza mientras su aliento le rozaba la piel del cuello.

—Muévete, por Dios... —le rogó, porque él se había quedado quieto, abrazados los dos. Ella intentó moverse, pero estaba atrapada contra la pared.

—Shh, despacio —susurró él, justo antes de que sus caderas comenzasen a moverse.

Todo en su interior le gritaba que acelerase, que le regalara ya el bálsamo que solo él podía darle, pero eso no era lo que Jameson tenía pensado, y sus movimientos largos, lentos y rítmicos la estaban volviendo loca, con el añadido de sus manos y su boca, que acariciaban el resto de su cuerpo mientras la presión creía dentro de ella.

—Confía en mí —murmuró—. Déjate ir.

En realidad, no podía hacer otra cosa. El orgasmo le golpeó con una fuerza que desintegró el resto del mundo, todo menos Jameson. Su cuerpo palpitaba teniéndolo dentro, y de no ser por la fuerza con que sus brazos la sujetaban, habría caído al suelo.

Pero él no estaba dispuesto a dejarla ir, y la tensión volvió a crecer con rapidez a medida que él seguía moviéndose, y no tardó en volver a gemir, empujada por la necesidad de tener más.

Aquella vez mantuvo la cordura suficiente para notar el orgasmo de Jameson, y el modo en que su cuerpo se derramó palpitando en ella volvió a lanzarla por el precipicio.

Quedaron aferrados el uno al otro, sujetándose ambos. A Kinley le temblaban las piernas, y seguro que a él tenían que temblarle también. Jameson se separó de la pared, pero no la soltó.

—Bájame.

—Ni lo sueñes —contestó, mirándola a los ojos, y echó a andar con ella hacia el camarote—. No hemos terminado ni de lejos.

Capítulo Diez

Las yemas de sus dedos dibujaban patrones desconocidos en la piel de su espalda y sus hombros. A diferencia de la vez anterior en que habían estado en aquella cama, ninguno de los dos tenía prisa por irse.

—¿Cuál fue tu primer hackeo?

Kinley sonrió.

—Había un concierto al que quería ir, pero no tenía dinero para las entradas y mis padres nunca se gastaban dinero en algo que yo quisiera.

Oyó amargura en su voz.

—¿Conseguiste entradas?

Su sonrisa se hizo más brillante, lo mismo que sus hermosos ojos azules.

—En la primera fila.

—¿Quién fue contigo?

—¿Quién? Nadie. Fui yo sola.

Jameson sintió un pinchazo en el pecho. Un momento de rebeldía adolescente y no había tenido con quién compartirlo. Y ni siquiera pensaba que tuviera que ser de otro modo.

—¿Y tú? —preguntó, apoyando una mano en su pecho y la barbilla en la mano.

—Lo mío fue muy típico y poco imaginativo. Nunca fui bueno en el colegio.

—¿Te aburrías?

—Me costaba mucho concentrarme en las cosas que me parecía que no tenían importancia. En Matemáticas y Ciencias me iba bien. En Inglés, Historia, Lengua Extranjera...

Recordaba aquellos días bien. El torbellino de su vida en tantos frentes.

—Había suspendido Inglés, y tuve una discusión tremenda con mis padres de acogida de entonces. Sabía que no podía permitirme más notas malas, así que...

—Las cambiaste.

—Muy aburrido, ya ves —contestó, encogiéndose de hombros.

—Aquella vez, puede. Pero no te pillaron —sonrió.

Pues no, aunque no podría decir cómo se había librado. Pero se volvió adicto, no solo a la adrenalina que generaba el peligro, sino la sensación de poder y conquista.

—¿Cuántos años tenías?

—Catorce.

—De ser del montón, pasaste a brillar, ¿eh? Tres años antes de hackear una red del gobierno, ¿no?

Jameson volvió a experimentar el escozor aquel que nunca se iba del todo, el miedo a aquellos informes que habían quedado sellados por buenas razones. Solo unas cuantas personas conocían lo ocurrido, pero estaba claro que Kinley también había tenido acceso.

—Al parecer, no lo bastante brillante.

—Todo el mundo mete la pata de vez en cuando.

—¿Tú también?

Su sonrisa se volvió sarcástica.

—Yo también.

—No sé por qué me sorprende.

—Pues no deberías —también ella sonrió—. Tengo que admitir que me desconcertó enterarme de que un hombre con reputación de misterioso, selectivo y escrupuloso con su clientela y su reputación, trabajase en otro tiempo para el gobierno.

Quizás lo que debería sorprenderle era saber que seguía haciéndolo. Parte de su reputación había sido cimentada por el FBI y el Servicio Secreto. El dinero era todo suyo, ganado cumpliendo encargos de corporaciones legítimas y colaborando con empresas como Stone Surveillance.

—Parte del acuerdo consistía en que yo prestaría servicio siempre que el gobierno lo requiriera.

—También pasaste un tiempo en centro de detención.

No era una pregunta, y Jameson se apoyó en el cabecero. Alzó la mirada y dejó que las emociones lo invadieran. Con los años, había aprendido que era mejor aceptarlo cuando ocurría.

—Sí, aunque no es que le importase a nadie. Mis padres fallecieron en un accidente de tráfico cuando yo tenía once años. Eran mayores cuando me tuvieron, y los dos hijos únicos. Mis abuelos murieron antes de que yo naciera, o cuando era muy joven, así que tampoco tenía.

—Y el gobierno se aprovechó de eso.

Jameson se encogió de hombros. Había aprendido a no ahondar en ese dolor hacía mucho tiempo.

—Puede ser. La cuestión es que no había nadie que se preocupase por mí. Llevaba años en acogida, y ya estaba a punto de salir del sistema por edad, así que, en cierto sentido, me hicieron un favor. Me mostraron otro camino. Me dieron una dirección y un propósito.

Pero, por otro lado, le arrebataron la posibilidad de elegir.

Cuando sus padres murieron, se quedó sin que nadie lo consolara. Nadie que lo ayudase a superar la devastación de perder a las dos personas que lo eran todo para él. En un instante perdió a sus padres, su vida, los pocos amigos que tenía y su hogar. Su mundo quedó patas arriba.

Y justo cuando creía haber encontrado a alguien que sentía algo por él, eso también saltó por los aires. El recuerdo de estar solo y asustado, sin saber qué hacer, volvió a encogerlo. El contacto con aquella silla de plástico, tan incómoda después de pasar horas sentado en ella, respondiendo preguntas. La sensación de estar abrumado mientras el abogado que había sido asignado al caso y el agente al cargo le explicaban los puntos de su acuerdo con el gobierno. La desbordante necesidad de tener a sus padres. Era solo un crío. Y en aquel momento, se juró que encontraría el camino de vuelta a una vida normal y al futuro que tenía con ellos. Antes de que todo se torciera.

Kinley percibió la devastación que él pretendía esconder, la vulnerabilidad, la pérdida tras la fachada de fuerza y resistencia, y en aquel momento se dio cuenta de que Jameson había crecido tan solo como ella. Bueno, ella se había pasado los últimos doce años evitando a sus padres, teniéndolos localizados para asegurarse de que jamás volvieran a cruzarse

sus caminos, mientras que a él se los habían arrebatado violentamente, pero el resultado era que los dos habían tenido que arreglárselas solos. Ese paralelismo no le pasó desapercibido. Los dos se habían dedicado a hackear por pura necesidad de supervivencia, aunque las circunstancias habían sido ligeramente distintas. E incluso en aquel momento, los dos eran producto de su periplo vital. Ambos solos.

Pero ella no quería seguir viviendo así. Cerró los ojos. Se sentía de pronto triste y cansada, y una lágrima inesperada rodó por su mejilla y fue a parar al pecho de Jameson.

Forzándola a levantarse, los dos quedaron de rodillas, el uno frente al otro, y le secó otra lágrima que se había quedado enredada en sus pestañas.

—No, nada de llorar por mí. He salido perfectamente bien.

—¿Ah, sí? ¿Tú crees que hemos salido bien? —su voz sonó grave y áspera—. No somos tan diferentes, ¿verdad? Nuestras vidas quedaron desnortadas cuando éramos muy jóvenes, y nos vimos obligados a aprender a confiar solo en nosotros mismos, y aún seguimos viviendo con esas lecciones de desconfianza, soledad y distancias.

Kinley no era consciente de lo sinceras que eran esas palabras hasta que salieron de su boca. Se habían pasado los últimos días enfrentados. Quizás, si hubieran trabajado en equipo desde el principio, tendrían algo ya. Pero su dinero seguía desaparecido, la habían amenazado y estaban en mitad del mar.

Aunque quizás eso había obrado en su favor, dado que quienquiera que le hubiera dejado la nota, no podría localizarla allí.

—Yo no me fío de ti, y tú no confías en mí pero, en realidad, no hay por qué pensar así. La desconfianza nace de una historia que no tiene nada que ver con ninguno de los dos.

Vale, siendo estrictos, eso no era del todo cierto. Él le había robado su dinero, pero creía sinceramente que su intención había sido buena, aunque su método fuera un asco. En cualquier caso, ¿qué más podía perder?

—Me has preguntado quién creo que podría estar detrás de todo esto.

—Y no me contestaste.

Sí que le había contestado, pero no había sido una respuesta completa.

—He cabreado a mucha gente poderosa y cualquiera de ellos podría estar afilando el hacha, pero no te he hablado de mi último trabajo.

Recogió del suelo la camisa de Jameson. Necesitaba una armadura para sincerarse; se la puso y cruzó las piernas. Jameson hizo lo mismo: se apoyó en el cabecero y se cubrió con la sábana.

Hubiera querido decirle que, a pesar de que había neutralizado parte de la distracción, su pecho seguía estando al aire y eso solo era distracción más que suficiente. Las sirenas de alarma se dispararon en su cabeza, pero por una vez, decidió ignorarlas. Puede que lo lamentase después, pero en aquel momento era lo que quería hacer.

—Normalmente, mis trabajos son de entrar y salir —confesó, mirándolo a los ojos—. Entro, robo el dinero y lo distribuyo entre quien lo necesita.

—Devuelves el equilibrio al universo.

—¡No soy un superhéroe! —rio.

—Pues quién lo diría.

¿De verdad la veía así? Por un momento sintió la tentación de hacerle la pregunta, pero por otro, no quiso saber la respuesta, no fuera a ser que solo estuviera jugando con ella.

—La cuestión es que este trabajo era diferente.

—¿Diferente en qué?

—Cuanto más ahondaba, más feo era todo. A lo largo de los años, me he enfrentado a gente muy desagradable: traficantes de armas, cárteles de la droga, mafiosos de distintos continentes. La flor y nata de la sociedad. Gente que vive de los débiles y los inocentes.

—De los que no pueden defenderse solos —resumió.

Se había pasado la vida tratando de enmendar el mal que había causado, sin querer, al participar involuntariamente en las actividades de sus padres.

—Podría ser. Incluso destapé una red de tráfico de personas en los Balcanes hace tiempo.

Jameson arrugó el entrecejo.

—¿Lo que has descubierto esta vez es peor que vender personas?

Hablar de ello le ponía el estómago del revés. No solo porque los delitos eran odiosos, que también, sino porque se sentía incapaz de hacer nada al respecto.

—Peor en el sentido del abuso absoluto de poder que supone. La mayoría de la gente contra la que actúo no se molesta en ocultar sus actividades, pero, esta gente, es el mal disfrazado de bien.

Quizás fuera eso lo que la ponía tan enferma: que la mayoría no tenía ni idea de lo que eran capaces de hacer las personas que habían elegido para velar por sus intereses.

—Empezó como una oportunidad de destapar a varios políticos corruptos de Europa. Quitarles su dinero y ahogar sus influencias. Pero, a medida que iba tirando del hilo, más se enredaba la trama. No estaba lidiando solo con unas cuantas manzanas podridas, sino con una red de aliados bien conectados que desde luego no llevaban en el corazón el interés por sus países. Además, la red que operaban se esconde tras la fachada de una conocida organización de caridad.

—¿La conozco?

—Seguramente. One Peace.

La reacción de Jameson fue la misma que la suya: una sorpresa mayúscula seguida de incredulidad y una ira desbordada. One Peace era una ONG internacional que se publicitaba con anuncios en los que se mostraban sus esfuerzos colaborando en zonas de desastres naturales por todo el globo: terremotos, revueltas populares, terrorismo y violación de los derechos humanos. Proporcionaban asistencia y recaudaban fondos para obras benéficas prácticamente en todos los continentes. En un primer momento, creyó que los lazos que unían a los políticos con la organización eran de pura conveniencia. Su puesto político les ofrecía acceso. Pero cuanto más indagaba, más hilos iba descubriendo, hasta que se dio cuenta de que toda la cúpula directiva de la organización era corrupta. Utilizaban el disfraz de la organización para tener acceso a información clasificada que después utilizaban en su propio beneficio: manipulaban mercados, inflaban los costes de los suministros médicos, vendían armas y, en algunos casos, habían llegado a causar el evento en el que después intervenían para «salvar» a la gente.

—No puede ser.

—Ojalá.

—¿Hasta dónde llega?

—Ya sabes que casi en la totalidad de países desarrollados hay representantes de esa organización: Estados Unidos, Francia, España, Japón, Inglaterra, Suecia, Dinamarca...

—Ya.

—Robé cuanto pude de los políticos que eran mi objetivo original, pero el problema es que hay mucho más, y yo apenas he raspado la superficie de todo lo que tienen —mostrándole el colgante que nunca se quitaba, continuó—: Tengo cientos, miles de archivos con pruebas en este lápiz de memoria, pero soy una hacker sin reputación.

A diferencia de Jameson, ella se había esforzado por mantener un perfil bajo, no solo en la vida real, sino en su mundo profesional también. No quería tener reputación. Nunca le había importado que la gente supiera o dejara de saber a qué se dedicaba. Pero, en aquel momento, su anonimato pesaba en su contra.

—Llevo doce años siendo un fantasma, y nadie me escuchará ni confiará en la información que yo pueda proporcionar porque no se ha obtenido legalmente. Aparte de que no sabría a quién entregársela porque, cuando digo que todo el mundo está involucrado, me refiero a altas instancias del gobierno, tiburones de los medios, ejecutivos del perfil más alto. La clase de gente que puede hacer que los problemas y las historias se desvanezcan.

Jameson tenía la mirada clavada en el USB con forma de colgante y tras unos segundos, por fin la miró a ella.

—¿Por qué motivo iban a querer robarte?

—Motivos tienen para mucho más, seguramente —admitió por fin el temor que no había querido admitir—. No te lo había mencionado porque...

—Porque no confiabas en mí.

—Recibí un anónimo justo cuando salía para Tampa. Alguien exigiéndome dinero. No fue específico, así que podría ser de cualquiera de las personas a las que he robado.

—Pero seguramente será de los políticos.

Kinley se encogió de hombros. También ella había llegado a esa conclusión.

No quería estar encerrada en un yate, aunque el sexo con Jameson hubiera sido un añadido, pero tenía que admitir que llevaba semanas sin

dejar de mirar por encima del hombro. Y la nota que había recibido la había asustado de verdad, así que había sido agradable poder pasar unos días en un sitio en el que no se sentía amenazada. Pero eso no se lo iba a confesar a él.

Jameson acarició su pelo con delicadeza.

—Déjame ayudarte.

Tuvo que morderse la lengua para no oponerse. ¿No acababa de pensar que, si hubieran trabajado juntos desde el primer momento, habrían logrado más que trabajando el uno contra el otro? Quizás había llegado el momento de dar un salto de fe.

—Está bien.

No era la primera vez que los contactos que había cultivado tanto dentro del gobierno como en Stone Suveillance resultaban útiles. Era interesante poder caminar a ambos lados de la línea. Ambos lo habían utilizado a él. Ambos se beneficiaban, y al mismo tiempo, ninguno sabía cómo obtenía él la información, pero los dos estaban más que contentos con los resultados, de modo que nadie hacía preguntas. No obstante, resultaba cansado, agotador y solitario.

Gray, Stone y él habían llegado a ser buenos amigos, a pesar de cómo había empezado su relación, razón por la que se sentía culpable por lo que Kinley y él estaban a punto de hacer. No le cabía la más mínima duda de que Kinley estaba metida en algo peligroso, aunque no difiriera mucho de lo que había venido haciendo en los últimos años. Tendría que pedirles ayuda directamente. Estaba seguro de que harían cuanto estuviera en su mano sin hacer preguntas. Bueno, puede que Gray hiciera unas cuantas. Pero Kinley no le perdonaría que traicionase su confianza. Había tardado en confiar en él y no podía arriesgarse, menos aún si esperaba que hubiera algo entre ellos cuando todo aquello acabara.

Si alguien le hubiera preguntado días atrás si lo quería, o si lo creía posible, se habría reído en su cara. Pero ahora... la idea de que Kinley volviera a desaparecer en el mundo clandestino en el que habitaba lo ponía enfermo. En fin... ya se ocuparía de eso más tarde. Por el momento, su instinto le decía que, si encontraban el modo de doblegar a la gente involucrada en el anillo de corrupción que había descubierto, encontrarían el hilo del que tirar para recuperar su dinero.

Hizo unas cuantas llamadas, pidió varios favores y convenció a una vieja conocida de la CIA para que se reuniera con ellos en Nueva Orleans.

Se sentía eufórico por poder decirle a Kinley que tenían una posible solución. La noche anterior, cuando ella por fin le había confiado en qué consistía el trabajo que tenía entre manos, había sentido el peso de esa información, y había comprendido mejor su frustración por tener las manos atadas. Ser él quien pudiera ayudarla le hacía sentirse... poderoso, útil, feliz.

Salió al solárium y contempló la vista durante unos segundos. El bañador que Kinley había elegido cubría un poco más que los que había llevado los días anteriores, y no supo si sentirse desilusionado o aliviado. En cualquier caso, no es que aquellos centímetros más de tela escondiesen mucho, en particular teniendo fresco el recuerdo de cómo su cuerpo se había deslizado sobre el suyo, o de lo suave que era su piel.

Respiró hondo y se obligó a centrarse. Había conjuntado el bañador con un sombrero de paja de ala ancha y, siendo blanco el bañador, realzaba el bronceado de su piel, lo mismo que las pequeñas piezas de tejido que le faltaban al bañador y que dejaban partes de su piel al aire. Sus ojos se ocultaban detrás de unas gafas grandes, así que no sabía si lo estaba mirando.

Kinley Sullivan era una mujer preciosa, pero no era solo el armonioso conjunto de su cara y su cuerpo. Era una mujer brillante, incansable y con un corazón enorme, aunque intentaba esconderlo y protegerse. Esas eran las cualidades que la hacían tan atractiva.

—¿Cómo te quedas ahí parado?

Su voz lo sacó del trance, y fue a sentarse en la tumbona que había junto a la suya, pero no se recostó. Tenía algo que decir, y no estaba seguro de cómo iba a reaccionar.

—He hablado con mi contacto, y ha accedido a reunirse con nosotros esta noche en Nueva Orleans.

Kinley se bajó un poco las gafas para poder mirarle por encima de la montura.

—Esta noche, ¿eh? —repitió, enarcando una sola ceja. Y casi como si el universo lo hubiera planeado, el motor del Queen arrancó y la nave comenzó a moverse—. Curiosa, esta avería mecánica.

Se sintió un poco avergonzado.

—Cúlpame a mí, no a Eric.

—Uy, si culpa hay de sobra para todos. Pero tengo curiosidad por saber qué narices hacía toqueteando el motor la otra noche.

Entonces le tocó a él enarcar las cejas.

—¿Te refieres a la noche que te escabulliste de mi camarote para curiosear por el barco?

Las mejillas se le colorearon y sonrió.

—No voy a disculparme por eso.

—No esperaba que lo hicieras —respondió, y se acercó más a ella—. No me gusta que me utilicen.

—Ni a mí que me encierren.

—Bien. Es justo.

Kinley cambió de postura.

—Pero solo para que todo quede claro, lo que pasó entre nosotros esa noche no estaba premeditado. Yo solo pretendía flirtear un poco, emborracharte... esas cosas. Pero una vez empezó, no pude parar.

La confesión fue como una llama que prendió fuego a su sangre como el whisky más potente. Dios, cómo la deseaba.

—Gracias.

—¿Por qué?

—Por decirme la verdad.

—No hay razón para mentir —suspiró—. Lo de anoche demostró que a ninguno de los dos se nos da bien tener las manos quietas.

Cualquiera diría, por su tono de voz, que estaban afectados por una enfermedad fatal.

—Hay cosas peores en el mundo, Kinley.

Agarró su camisa y tiró de él para besarlo en la boca.

—Cierto.

Jameson dejó que la necesidad que sentía de ella se lo llevara por delante. Ojalá no estuviera cometiendo un error confiando en ella. Su capacidad para desaparecer sin más era indudable. Confiaría en que eso no ocurriese.

Capítulo Once

Debería estar muy cabreada. Teniendo en cuenta la rapidez con la que el Queen había empezado a moverse, estaba bien claro que, de avería, nada. Jameson le había mentido. Pero ella también le había mentado a él, y aunque dos errores no hacían un acierto, en aquel caso, se anulaban el uno al otro. Tenía la costumbre de huir, y si hubieran atracado en Nueva Orleans días atrás, era más que probable que lo hubiera hecho. Aun así, le molestaba que Jameson la conociera tan bien como para saber lo que iba a pasar cuando ni siquiera ella lo había sabido. Se había pasado la vida entera huyendo. Igual se había convertido ya en un hábito.

Por primera vez desde que llegara a sumar dos más dos en el caso de One Peace, y después de haber llegado a la conclusión de que no tenía a nadie en quien volcar aquella información, se sentía optimista. Quizás, solo quizás, las cosas iban a salir bien. La gente implicada sería llevada ante la justicia, y ella podría recuperar su vida. Y su dinero. Aun sin la seguridad que era para ella ese respaldo económico, el agujero que sentía en el estómago había ido desapareciendo. Por primera vez en su vida, se sentía optimista. Todo saldría bien.

Ya estaba anocheciendo cuando llegaron a puerto. De pie en la cubierta, había visto dibujarse la ciudad a lo lejos: sus luces brillantes, sus edificios altos y la civilización, se ofrecían a sus ojos.

—Nunca he estado en Nueva Orleans —dijo, y le pareció casi una confesión, aunque no lo fuera. En los últimos años, apenas había estado en Estados Unidos. Al principio, temía que sus padres la localizaran, y después, no se sentía en casa allí.

Sintió el peso de la mirada de Jameson y su voz le sonó risueña al decir:

—A lo mejor nos da tiempo a darnos una vuelta, pero primero tenemos que acudir a la cita con mi contacto. En un baile de máscaras.

Cuando llegaron al Barrio Francés, su animación la contagió. Jameson condujo hasta uno de los hoteles boutique y, tras entregarle las llaves al guardacoches, sacó dos bolsas del maletero que ella no sabía que llevaban. En menos de media hora desde que habían llegado a la ciudad, estaban instalados en la lujosa habitación de un hotel, completamente solos por primera vez desde hacía días.

En cuanto la puerta se cerró a su espalda, Kinley tiró de la camisa de Jameson para acercarlo y darle un beso que les estremeció hasta el alma. El calor y la necesidad ardieron entre ellos, consumiéndolo todo, desbordándolo todo, anulando todo lo demás.

Kinley quiso desabrocharse el botón de los pantalones cortos, pero como se le resistía, decidió centrarse en desnudarlo a él.

—Aunque no hay nada en el mundo que me apetezca más que esto —dijo él, sujetando sus manos—, no tenemos tiempo.

Ella dejó escapar un gemido de fastidio.

—¿Estás seguro?

—Tenemos que reunirnos con mi contacto exactamente dentro de una hora.

—Vale —suspiró, y fue en busca de las bolsas.

En la primera encontró las cosas de Jameson y, en la segunda, le esperaban las suyas.

—Pues si no puedo tenerte —dijo, de camino al baño—, me voy a dar una buena ducha caliente.

Y le oyó reír al otro lado de la puerta, que cerró dando un portazo.

No tardó mucho en prepararse. Como era habitual, la tripulación del barco sabía exactamente lo que necesitaba, y se quedó de piedra al sacar de la bolsa un vestido, zapatos y una máscara a juego. De un terciopelo rojo intenso, el escote tenía forma de corazón y el cuerpo del vestido se ceñía hasta a cintura para después caer en una falda con vuelo que le llegaba justo hasta debajo de las rodillas. Sencillo y elegante, era la quintaesencia de la ciudad de Nueva Orleans. Las sandalias eran perfectas: apenas una suela con un tacón de aguja, se sujetaban con unas finas tiras negras que se iban cruzando a medida que subían por la pierna hasta los gemelos. Un poco de maquillaje y unas pasadas con un rizador, y su melena quedó transformada en una cascada de ondas que le caía más allá de los hombros.

La máscara que esperaba sobre la encimera del lavabo completaba el atuendo a la perfección: encaje negro y plumas. Una de ellas le cubría la mitad del rostro, mientras que el encaje oscurecía alrededor de los ojos, la nariz y las mejillas. Nadie la reconocería.

Salió del baño y Jameson la miró boquiabierto.

—Por Dios, mujer, se suponía que teníamos que pasar desapercibidos.

Kinley se miró sin comprender.

—¿Qué le pasa a mi vestido?

—Nada. Y todo.

Sin decir nada más, se fue hasta ella y no con mucha delicadeza la atrajo hacia sí y la besó hasta dejarla sin aliento. Su olor, embriagador y estimulante, alertó a sus sentidos, y Kinley se derritió contra su cuerpo, dándole y pidiéndole, queriendo más.

Fue él quien puso fin al beso y dio un paso atrás para contemplarla.

—La reina de corazones —la definió, guardándose las manos en los bolsillos de su esmoquin negro—. Estás increíble.

Kinley sonrió.

—Es lo que pasa cuando le regalas a una chica unos zapatos caros.

Volvió a besarla y murmuró:

—Esto no tiene nada que ver con tus zapatos.

Una inesperada felicidad floreció en su vientre.

—O salimos de esta habitación ahora mismo, o no asomaremos la nariz hasta dentro de tres días.

Jameson tomó su mano y juntos bajaron al vestíbulo y llegaron a la puerta, que se abrió sin hacer ruido, dejando que el intenso calor y el ruido de la calle entrase en el edificio.

No era Mardi Gras, pero Nueva Orleans sabía cómo organizar una fiesta y pasarlo bien. Luces, sonidos, risas y color la asaltaron, y Jameson sujetó fuerte su mano para entrar en el flujo de gente que se movía en la calle. Personas iban y venían, y la música subía y bajaba a medida que pasaban por delante de restaurantes y bares abarrotados.

—¿Dónde vamos? —le preguntó.

—Al final de la calle, a un club pequeño y privado.

Quiso preguntarle por qué se habían alojado tan lejos, pero pensó que daba igual. Estaba disfrutando de la experiencia y quizás, cuando terminaran, tendría la posibilidad de disfrutar de la diversión.

Avanzaban a buen paso cuando Jameson atravesó la riada de gente hacia el lado contrario. Ella se tropezó en un adoquín medio levantado, con lo que sus manos se soltaron. Alguien la empujó, se desequilibró y quedó en dirección contraria. Sintió que le pasaban un brazo por los hombros para guiarla en la melé hacia una abertura entre edificios. En un primer momento, dio por sentado que era Jameson, hasta que una voz rasposa le dijo al oído:

—Hay que tener más cuidado.

La amenaza latente en aquellas palabras hizo que volviera la cara, pero tuvo la sensación de que el mundo daba vueltas a su alrededor. Entonces vio la cara de Jameson. Parecía gritarle algo, pero con la barahúnda de gente no podía oír lo que decía. Sintió entonces que le pasaban un brazo por la cintura, alzándola por completo del suelo. Habían llegado al callejón, que los engulló a ambos.

Jameson no había estado tan asustado en toda su vida. Desde el otro lado de la corriente de gente, vio que la levantaban del suelo y la hacían desaparecer en un callejón, en un revuelo de terciopelo rojo y pies pateando el aire.

Empujando sin contemplaciones, gritó a todo lo que daban sus pulmones. Alguien le devolvió el empujón, pero no le importó. Tenía que alcanzarla antes de que desapareciera por completo.

El corazón le latía dolorosamente. Llegó a la boca del callejón unos segundos después con la negra certeza de encontrarlo vacío, pero fue un alivio ver dos figuras al fondo, flanqueadas por unos muros oscuros de mugre y tiempo que bloqueaban el ruido de la calle y la fiesta.

—¡Suéltame! —oyó gritar a Kinley, que pataleaba intentando golpear con el talón donde fuera.

El hombre que la sujetaba gruñó al impactar el tacón en algún punto de su anatomía. Un punto para ella, que no dejaba de luchar, retorciéndose, pataleando, y braceando. Gracias a Dios, sus esfuerzos los retrasaban.

El hombre —había dado por sentado que era un hombre basándose en su estatura— iba vestido de negro de la cabeza a los pies. Llevaba una mascarilla quirúrgica cubriéndole nariz y boca, y la capucha de una sudadera sobre la cabeza, lo que hacía imposible distinguir ninguna de sus

facciones. Entre las sombras del callejón y la noche oscura, era muy difícil saber más. Podía tener veinte años, o tener sesenta. Su nacionalidad podía ser cualquiera. Lo que sí estaba claro era su corpulencia y también que, al parecer, trabajaba solo.

No lo dudó. En cuanto los alcanzó, se lanzó a por él. Cerró el puño, echó el brazo atrás y lo lanzó hacia delante, conectando con algo sólido. El hombre gruñó y su cabeza salió despedida hacia atrás, pero no soltó a Kinley, que había dejado de luchar y gritar. Otra descarga de pavor le recorrió el cuerpo.

¿Aquel hombre la había noqueado? No podía dejar que eso lo distrajera.

Tenía que recuperarla sana y salva, y entonces ya verían si había heridas.

El tipo debió de llegar a la conclusión de que, con Kinley desmadejada, Jameson era la amenaza más peligrosa, de modo que soltó un brazo y, sin que pudiera decir de dónde, sacó un cuchillo. La poca luz que había arrancó un brillo metálico a la hoja, mostrando un filo serrado. Todo su ser se centró en ese cuchillo.

—¡Atrás! —ordenó con voz amenazadora.

—Está bien —contestó Jameson, levantando en alto los brazos. Pero no pensaba dejar a Kinley sola y vulnerable. No mientras se mantuviera en pie.

Dio un paso atrás, fingió escorarse a un lado y arremetió, lanzándose hacia delante con todas sus fuerzas, sin perder de vista la hoja del cuchillo.

Había aprendido un par de cosas en la vida, aparte de las habilidades necesarias para sentarse delante de un ordenador. Golpeó el hombro del brazo con el que sostenía el arma, con la intención de sorprenderlo, y al parecer funcionó mejor de lo que esperaba, porque el cuchillo cayó al suelo con un ruido metálico.

En aquel mismo momento, Kinley se incorporó. El asaltante la sujetaba solo por la cintura, y con aquella distracción, logró soltarse. Cayó al suelo, pero se levantó de inmediato y echó a correr. Jason hizo lo mismo, aunque sin perder de vista al asaltante, pero como vio que no hacía además de seguirlos, aceleró.

Las luces y el ruido del Barrio Francés lo engulleron al llegar a la acera de la calle principal, donde se tropezó con alguien. Mientras se disculpaba, miraba frenético a su alrededor. ¿Dónde estaba Kinley?

Unos metros más allá la vio, apoyada en un hombre mayor, que la sujetaba como podía, sin dejar de mirar a su alrededor en busca de ayuda.

—¿Está usted bien, señorita?

Jameson los alcanzó y sustituyó al caballero, al tiempo que sacaba del bolsillo el teléfono para llamar a Eric.

—Estamos en el Barrio Francés. Que el coche venga a buscarnos ahora.

Y colgó sin esperar respuesta. Eric localizaría su ubicación por el teléfono.

Se agachó para mirarla a los ojos, esperando ver lágrimas, miedo o aturdimiento, pero se encontró con un inconfundible fuego. Kinley no estaba herida, sino muy cabreada.

—¿Estás bien? —preguntó de todas formas, porque necesitaba oír la respuesta.

El caballero que la había sostenido no se había alejado y parecía esperar también su respuesta.

—No, no estoy bien.

No era la respuesta que esperaba, y se diría que tampoco lo era para el otro hombre, que intervino diciendo:

—Señorita, ¿la está molestando este hombre? ¿Necesita ayuda?

Kinley lo miró y contestó que no negando con la cabeza.

—No, no pasa nada.

Jameson miró a su alrededor. Se había congregado un pequeño grupo de curiosos, lo cual era bueno y malo. Bueno porque así quienquiera que hubiera intentado llevarse a Kinley, se lo pensaría dos veces, si no quería llamar la atención.

A quien no pareció importarle que tuvieran público fue a ella.

—No tengo ni idea de quién era ese tío. Me agarró sin más.

—Lo sé. Estaba ahí.

Nunca olvidaría ese momento de indefensión y pánico absolutos.

Sorprendentemente, Kinley se soltó de él y se dirigió con paso firme al callejón.

—¿Qué demonios haces? —la increpó, sujetándola por un brazo.

Estaba despeinada, el vestido estaba hecho una pena, cubierto de una suciedad que prefería no intentar identificar; tenía un restregón negro en una mejilla y el inicio de un cardenal en la sien, pero para él, nunca había estado más hermosa, porque la ira que desprendía su mirada y el color que le ardía en las mejillas decían que estaba viva y sana.

—Voy a averiguar quién era ese tío y qué quería.

—No.

—¿Cómo que no?

Su teléfono vibró. El coche debía estar ya cerca.

—Primero, porque ese cerdo ya no está. Y segundo, porque aunque estuviera, no te iba a decir nada. Puede que incluso intentara secuestrarte por segunda vez. Solo un idiota se enfrenta al enemigo sin contar con un plan.

—¿Quién eres ahora? ¿Un experto en estrategia? —replicó con una mueca, aunque dejó de intentar soltarse.

—Los dos lo somos. Empleamos estrategias a diario, Kinley. Estás cabreada y yo, también.

—Podría haberme secuestrado.

—Pero no ganamos nada quedándonos aquí. Tenemos que volver al barco, donde puedo garantizar tu seguridad, y allí intentaremos averiguar qué demonios ha pasado.

—Yo sé lo que ha pasado: que un cerdo ha intentado secuestrarme en plena calle.

Tenía razón, aunque su análisis era demasiado simplista. Él quería saber quién y por qué. Necesitaba saberlo para mantenerla a salvo. Necesitaba analizar por qué ahora corría aún más peligro, y necesitaba buscar refuerzos.

Nunca iba a poder olvidar la sensación de indefensión al ver que, simplemente, desaparecía, y nunca se perdonaría que pudiera ocurrirle algo porque él había sido lo bastante estúpido como para no utilizar todos los recursos a su alcance. En aquellos momentos, ella no quería tener que lidiar con su hermano, ni con su pasado, y él lo entendía, pero lo principal en aquel instante era sacarla de la calle.

Aquella vez no protestó cuando le pasó un brazo por la cintura para alejarse de Bourbon Street. Fueron dejando la algarabía y a la gente atrás.

La tensión le agarrotaba los hombros y le erizaba la piel, pero no tuvo la impresión de que los siguieran.

El jeep no estaba lejos. Los dos subieron y Jameson no se molestó en pedirle a Eric que lo dejase conducir.

—Sácanos de aquí. Rápido —fue cuanto le dijo.

Su capitán se limitó a asentir, y la fuerza de la aceleración los echó hacia atrás en sus asientos. Haber comprado aquel Wrangler V-8 empezaba a valer la pena. No podría decir cuánto tardaron el volver a la marina. Demasiado, en cualquier caso. No soltó la mano de Kinley en ningún momento. Necesitaba ese contacto para calmar sus propios nervios. Ella estaba bien. Sana y salva.

Para cuando por fin llegaron al Queen, su ritmo cardíaco había recuperado la normalidad. Kinley abrió de golpe la puerta del coche, se bajó y subió a grandes zancadas por la pasarela del barco. Estaba claro que, mientras que a él le había servido el recorrido para serenarse, ella se había enfadado aún más. La siguió al salón, y vio cómo abría una botella de tequila, servía dos copas y se tomaba una casi sin respirar. Le ofreció a él la otra, y también se la tomó de un trago, abrasándose la garganta.

Dejó el vaso y empujó su barbilla para poder ver mejor el golpe de la cara. —No es nada —contestó ella, y sus palabras sonaron duras como clavos.

Jameson le pasó el pulgar por los labios y dijo:

—Lo que eres es increíble.

Capítulo Doce

Ella no se sentía increíble. Más bien convulsa, cabreada y amedrentada, y estaba haciendo lo posible por no mostrarlo porque, si se venía abajo, no estaba segura de ser capaz de recuperarse. Mejor centrarse en avanzar que en lo que podría haber ocurrido si ese hombre hubiera conseguido salir del callejón llevándosela.

—¿Por qué estamos en el barco y no en el hotel?

—Porque doy por hecho que nos siguieron desde el hotel, así que no era un sitio seguro.

—¿Y el barco sí?

Jameson frunció el ceño.

—No necesariamente, pero su personal es excelente, y han estado siguiendo los protocolos de seguridad estándar desde que atracamos. Nadie se ha acercado al Queen, así que, por ahora, este es el sitio más seguro en el que podemos estar.

El alivio que experimentó la dejó sin fuerzas y se agarró a la barra del bar para mantenerse en pie. Jameson debió notarlo porque la condujo a una de las sillas y la ayudó a sentarse.

Kinley no estaba acostumbrada a que la cuidasen. Ni siquiera de niña había tenido unos padres que se preocupasen por ella; nadie que la consolara cuando lloraba, o que le asegurara que no había monstruos debajo de la cama, de modo que le resultaba inquietante que alguien lo hiciera. Y, a su pesar, tenía que reconocer que era agradable. Aquella era la segunda ocasión en que cuidaba de ella en una crisis y, la verdad, podía acostumbrarse a ello, lo cual la asustaba: desea algo que ni siquiera sabía que deseaba.

Agachándose delante de ella, Jameson agarró los brazos de la silla.

—¿Y ahora, qué? —le preguntó ella, una pregunta que también le era extraña porque no recordaba una sola vez en su vida que hubiera tenido a quién hacérsela. Siempre era ella quien trazaba los planes y quien los ejecutaba. Siempre sola. Pero en aquella ocasión, sentía el cerebro hecho papilla, y no confiaba demasiado en sus dotes analíticas. Sin embargo, en las de él sí, lo cual también era una sorpresa.

—Es evidente que One Peace no se va a contentar con recuperar su dinero. Deben saber con qué clase de información te has hecho y la quieren a ella y a ti.

¿En qué clase de infierno se había metido?

—No me imaginaba que pudieran ir tan lejos.

Aquel trabajo había empezado como tantos otros: gente corrupta a la que quería dejar sin fondos. Pero había ido creciendo y creciendo hasta convertirse en algo que ya no podía manejar sola.

¿Y entre los dos?

Jameson iba a decir algo, pero Eric apareció en el salón.

—Tiene una llamada en el teléfono vía satélite.

—Enseguida vuelvo— le dijo a ella.

Kinley quiso protestar. O seguirlo. Pero no iba a ser esa clase de mujer. Estaba claro que quien llamaba tenía algo urgente que tratar con él, o no habrían contactado con el barco. También era alguien que sabía cómo encontrarlo, así que tenía que ser conocido. ¿Un cliente, quizás?

Rachel llegó entonces y le ofreció un vaso con algo. Igual se trataba de algo fuerte, pero no: era agua helada. Hasta ese momento, no se había dado cuenta de lo seca que tenía la garganta. De hecho, había apurado más de la mitad del vaso cuando Jameson volvió al salón. Traía los labios apretados y, dirigiéndose a Eric, dijo:

—Prepáralo todo para zarpar lo antes posible.

—No —la palabra se escapó de labios de Kinley casi antes de que se diera cuenta—. Estoy muy cansada de huir, Jameson.

—No vamos a huir, sino a reagruparnos.

Se levantó de la silla y se acercó a él. El calor que emanaba su cuerpo era tentador. Podría haberse abrazado a él para buscar seguridad, pero no lo hizo. Necesitaba tener la mente despejada para expresar lo que pensaba, y no quería usar su conexión física para nublar su buen juicio.

Necesitaba que comprendiera su punto de vista y que lo apoyase conscientemente.

—Es una huida, y nadie mejor que yo lo sabe. Llevo años huyendo —una ola inesperada de agotamiento la sepultó, amenazando con ahogarla—. Es la vida que elegí, y ayudar a la gente, ocuparme de quienes no pueden hacerlo solos, ha valido la pena. Pero estoy cansada. De estar sola, de pasarme la vida mirando por encima del hombro, de preguntarme de dónde va a llegar la bala que me alcance, de no poder confiar en nadie —puso una mano en su brazo, obligándose a mantener los ojos abiertos, a no dejarse llevar—. Necesito poner punto final a todo esto, ahora. Si no lo hago, igual no terminará nunca.

Jameson le rozó con delicadeza la zona dañada de su frente, casi como si se estuviera disculpando, y Kinley suspiró, convencida de que no iba a atender su ruego.

—Te prometo que no vamos a rendirnos.

Sabía que se iba a enfadar con él, pero estaba decidido a contactar con la única persona que él conocía y que tenía los contactos y los recursos necesarios para ayudarlos. La persona que ella le había dicho claramente que no estaba preparada aún para ver.

Podía haberla advertido. Quizás incluso debería haberlo hecho, pero en parte tenía miedo de que, aunque estaban ya en aguas abiertas —no demasiado lejos de la costa—, encontrase el modo de escabullirse del barco, así que se limitó a posponer lo inevitable. De todos modos, no sería hasta la mañana siguiente cuando Gray llegase y, mientras, iba a aprovechar la oportunidad de recordarse que ambos estaban vivos.

La tomó en brazos y la llevó a su camarote, donde le quitó el vestido destrozado con mucho cuidado. Lo mismo hizo con los zapatos. Luego, abrió el agua de la ducha y la hizo entrar para lavarla de arriba abajo, catalogando y evaluando cada arañazo, cada golpe, cada desolladura. No tenía nada que no se solucionara con un poco de pomada antibiótica y tiempo para sanar.

Le hizo el amor despacio, dejando que el calor creciera entre ellos y que los llevara en brazos para ahondar en la conexión que ya tenían. Nadie dijo una palabra, pero es que no lo necesitaban. Cuando ambos quedaron saciados, se secaron, se metieron en la cama y, abrazados, Kinley se quedó dormida casi de inmediato. ¿Porque se sentía segura en sus brazos? Esa era una pregunta que no estaba preparado para hacerle, porque sabía qué

quería que ella le respondiera, y no estaba seguro de que fuera eso lo que obtendría.

Jameson permaneció despierto mucho rato porque, cada vez que cerraba los ojos, la escena del callejón volvía a representársele, una y otra vez, con finales diferentes, pero ninguno de ellos bueno.

Kinley se movió, y el colgante que siempre llevaba le rozó la mano, y mientras contemplaba aquel pedazo de metal retorcido, se dio cuenta de que el problema que tenían entre manos no versaba sobre el dinero, sino sobre la información que llevaba en esa memoria. Era esa información lo que la estaba poniendo en peligro. Se quedó mirando la mitad del colgante que le quedaba, ya que la otra mitad, la que era en sí la memoria, debía haberse caído en la refriega. Kinley no debía haberse dado cuenta. En parte deseó que esa desaparición significase que ya estaba a salvo, pero no había cómo demostrarle a nadie que la información había desaparecido.

Kinley se quedaría destrozada, hasta que supiera que había sido él era quien le había quitado esa parte del colgante para copiar la información mientras ella dormía.

Un rayo de sol le rozó la cara, y Kinley, frunciendo el ceño, abrió los ojos y dejó escapar un quejido. Se sentía aturdida, y detrás de los ojos notaba un sordo dolor de cabeza. Todo el cuerpo le dolía.

Se obligó a incorporarse y, frotándose los ojos, respiró hondo. En el baño se lavó la cara con agua fría. Un poco mejor. Pero no tenía tiempo para contemplaciones. Jameson la había distraído la noche anterior, pero seguía necesitando convencerlo de que volvieran a Nueva Orleans para acabar con todo aquello de una vez por todas.

Recogió la ropa que estaba dispuesta en el banco que había junto a la pared del fondo e intentó no pensar en qué persona de la tripulación le habría preparado un pantalón corto, un sujetador, camiseta y bragas. No. No iba a sentir vergüenza.

Con la armadura ya puesta, se encaminó a cubierta. De espaldas a ella, veía la cabeza de Jameson sentado en una silla, pero oír dos voces masculinas y ver otra cabeza de alguien sentado a su lado le hizo detenerse. En los días que llevaban a bordo, nunca había visto a nadie de la tripulación sentado.

No es que no lo hicieran, por supuesto, pero ella no los había visto.

Entonces, ¿con quién hablaba Jameson? ¿Sería su contacto del FBI?

Salió a cubierta y se acercó a Jameson por la derecha. Inclinandose sobre él, lo besó en los labios y murmuró:

—He echado de menos despertarme contigo al lado.

Entonces miró al otro hombre... y se quedó paralizada.

El instinto que empujaba a una persona a pelear o a huir se apoderó de ella: el latido cardiaco se le disparó y sintió que el miedo se le agarraba al vientre. Si Jameson no le hubiera estado dando la mano, habría salido corriendo.

Sorpresa, temor, esperanza y devastación se enredaron en ella al clavar la mirada en los ojos de su hermano.

—Buenos días.

No supo qué decir, como tampoco sabía qué quería. Bueno, no. Eso no era cierto. En su cabeza había vivido aquella situación cientos de veces, y siempre con su hermano gritando, pero por el momento no solo gritaba, sino que parecía estar esperándola.

—Gray.

La palabra le salió, raspándole el pecho.

Jameson colocó otra silla y la hizo sentarse.

—Respira, Kinley. Te prometo que ha venido para ayudar.

Miró a Jameson por primera vez desde que reconoció a su hermano.

—No estás sorprendido. Sabías que venía —adivinó—. Fue con él con quien hablaste anoche. ¿Lo sabías ya anoche?

Jameson fue a tocarla, pero ella apartó la mano.

—No —dijo—. Deberías habérmelo dicho.

—¿Por qué? ¿Qué habrías hecho?

La serenidad con que Jameson la miraba la estaba poniendo de los nervios aún más.

—No lo sé. Algo.

—¿Como saltar por la borda? Los dos sabemos que puedes huir, Kinley, pero Gray puede ayudar. Quiere ayudar.

Volvió a mirar a su hermano, que contemplaba su intercambio con la cabeza ligeramente ladeada, sin confirmar ni negar las palabras de Jameson.

Jameson se levantó despacio y pasó a su lado. Cuando se dio cuenta de que iba a marcharse, Kinley lo detuvo. Estaba muy enfadada con él, desde luego, pero no quería que se fuera. Se quedaría sola con su hermano, y no estaba lista para eso ni de lejos.

Jameson se quedó junto a ella y Kinley contuvo un suspiro de alivio. Era una mujer fuerte, ¿no? Pero, al mirarlo a los ojos, vio en ellos su mismo miedo.

—Confía en mí —fueron las palabras que le dijo antes de besarla y soltarse de su mano para marcharse.

El corazón volvió a acelerársele mientras Gray aguardaba en silencio. No la miraba como si la estuviera juzgando, ni tampoco con desdén o ira, sino más bien con aceptación, con comprensión. De pronto, se levantó de su silla y se acercó a ella. La niña que llevaba dentro, aquella pequeña que quería tener un hermano para no estar sola, se moría por abrazarlo, pero no podía ser ella quien diera aquel paso. El consuelo era algo que no merecía y que no tenía derecho a aceptar de él, pero Gray se lo ofreció de todos modos: pasó un brazo sobre sus hombros y la atrajo hacia él, al refugio de su cuerpo. Y ella, sin saber cómo, hundió la cara en su cálido pecho y soltó todas las lágrimas que había estado reteniendo, no solo los últimos días, sino las que no se había permitido verter en los últimos años.

Gray no pronunció una sola palabra. No había palabras que pudieran sanar aquellas heridas. No le prometió que todo saldría bien, sino que se limitó a abrazarla, y cuando las lágrimas cesaron y sintió el pecho ligero y vacío por primera vez desde que tenía memoria, dio un paso atrás para mirarla.

—Lo siento.

Si le hubiera quedado una sola lágrima más en el cuerpo, la habría derramado en aquel instante.

—¿Te disculpas? ¿Por qué? He sido yo la que te he destrozado la vida, Gray, y no puedes ni imaginar lo mucho que lo siento.

Gray sonrió, algo que a ella le pareció que no debía ocurrir muy a menudo.

—Lo sé, créeme. Tus actos lo dicen bien claro. Te has pasado años en el punto de mira intentando compensar lo que hiciste sin pretenderlo. Eras un rehén, Kinley, y lo sé. Tú no tienes ni un ápice de maldad en todo tu cuerpo. —A lo mejor es que no me conoces.

—Puede que no, pero me gustaría —volvió a sonreír.

—¿Por qué no me lo hiciste pagar?

Gray se apoyó en la baranda y contempló el cielo de la mañana.

—Por lo poco que sé de ti, te han manipulado toda la vida, y no quería ser yo uno más que no pensara en lo que tú podías querer o necesitar. Que vinieras a mí queriendo formar parte de mi vida, tenía que salir de ti, y decidí darte espacio para que pudieras hacerlo.

—¿Y si nunca hubiera llegado a hacerlo?

Su sonrisa y el brillo de sus ojos oscuros eran contagiosos, y sintió que la alegría empezaba a crecer en su vientre.

—¡Es que estaba a punto de empezar a darte empujoncitos! —respondió—. Blakely, con quien me he casado y que está deseando volver a verte, se burla de mi paciencia, pero incluso yo tengo un límite.

—Ah, así que lo de que fuera yo la que decidiera es solo una pose, ¿eh? Eres tan malo como Jameson.

Su sonrisa brilló.

—Peor. Estoy deseando empezar a aprender cómo ser un hermano mayor, y tengo que compensarte por los años que he pasado siendo un grano en el trasero para ti.

Aquello iba infinitamente mejor de lo que ella habría podido imaginar.

Entonces se volvió de pronto serio.

—Confía en mí: Joker me ha contado lo que os ha pasado, y todos en Stone Surveillance están preparados para ayudar. Encontraremos el modo de sacarte de ese lío. Es nuestro trabajo, y lo hacemos condenadamente bien.

Seguro que Stone ya está trabajando en una estrategia desde Charleston.

Encontraremos el modo, pero pase lo que pase, quiero que estés presente en mi vida, Kinley. Tú y yo juntos decidiremos cómo queremos que sea. Nuestra madre es todo un personaje, y nuestros respectivos padres no mejoran el cuadro. Los dos hemos crecido con unos pésimos padres y las circunstancias nos han pisoteado, pero hemos salido bien, a pesar de todo. Tú eres mi familia, la única que me queda, y no quiero perder la oportunidad para construir una relación contigo, si tú me dejas.

Vaya, pues se había equivocado... sí que le quedaban lágrimas.

—Yo también quiero, Gray. Estoy cansada de estar sola, pero me preocupaba muchísimo que me odieras. Que me culparas. Y tendría que haberlo asumido.

—Pues no —dijo, e hizo una pausa—. Tienes mi perdón, aunque no es necesario. Pero ya es hora de que te perdones a ti misma.

Sus palabras fueron como un golpe en el centro del pecho. Tenía razón. Se había pasado años expiando sus pecados, y quizás había llegado el momento de dejarlos atrás y avanzar.

Capítulo Trece

—¿**Q**ué intenciones tienes con mi hermana?

Jameson había estado esperando que llegase aquella conversación, pero antes quería darles a Gray y Kinley el espacio que necesitaban.

—Buena pregunta.

No. Eso no era cierto. La pregunta era terrible porque no tenía ni idea de cuál era la respuesta.

—Me lo imaginaba. Y ya que vas a darme respuestas, ¿qué tal si incluyes la explicación de por qué has pasado días con mi hermana, sabiendo que estaba en peligro, y has esperado para hacérmelo saber a que alguien intentase secuestrarla?

—Mira, tío, hice lo que pensé que era lo correcto, teniendo en cuenta las circunstancias de Kinley y su negativa a que tú te le acercaras. En cuanto me di cuenta de que su vida corría un serio peligro, me decidí.

Gray carraspeó, pero no dijo nada y se limitó a contemplar el agua que levantaba el yate.

—Hay algo entre vosotros.

No era una pregunta, así que no tenía que contestar, pero lo hizo...

—Sí.

—¿Y qué vas a hacer al respecto?

—¿Qué puedo hacer? Es escurridiza, desconfiada y propensa a salir corriendo. Lleva años huyendo. No ha pasado más de tres meses en el mismo sitio desde hace doce años.

—Y tú llevabas años echando raíces en un sitio cuando te las han arrancado.

Jameson lo miró sorprendido, aunque no debería. Al fin y al cabo, él era la persona a la que Gray llamaba cuando quería sacar trapos sucios de la gente. ¿Quién iba a imaginarse que también él tenía sus habilidades?

—Ahora mismo está muy enfadada conmigo.

—Es posible, pero el enfado se pasa.

—A veces.

Teniendo en cuenta las dificultades de Kinley para confiar en la gente, no estaba seguro de que pudiera perdonarle y dejar atrás la falta de sinceridad y las dudas que había entre ellos.

Antes de que pudiera poner en palabras sus preocupaciones, la voz desgarrada de Kinley interrumpió el silencio.

—¡Ha desaparecido! —anunció, saliendo con el colgante en la mano—. ¡Ha desaparecido todo!

«¡Mierda!». Había pensado hablar de ello aquella mañana, pero como Gray se había presentado horas antes de lo que estaba previsto, no había podido hacerlo.

—No, no ha desaparecido— contestó, sacando del bolsillo de sus pantalones cortos la memoria que había utilizado—. Hice una copia de los archivos antes de que saliéramos para el baile.

—¿Has hecho una copia? —preguntó con alivio, pero la confusión, la ira y la traición no tardaron en aparecer en sus facciones. De un tirón, se lo quitó de las manos—. ¿Cuándo la hiciste? No me lo he quitado del cuello desde que salí para Tampa.

—Mientras estabas dormida.

Dio varios pasos hacia atrás.

—¿Me estás diciendo que, después de que hiciéramos el amor, mientras yo estaba dormida y vulnerable, me quitaste el lápiz para copiarlo?

Jameson sintió que el pecho se le contraía.

—Dicho así, suena fatal. Sabía que la información era importante, y quería asegurarme de que tuviéramos una copia.

Un trueno nubló sus ojos azules.

—¿Y no pensaste en pedirme permiso?

—Sí que lo pensé, pero sabía que no ibas a acceder. ¡Pero si hasta hace dos días no confiabas en mí ni para contarme en qué estabas trabajando, o por qué alguien iba a querer robarte y amenazarte!

—¡Porque tú fuiste quien me robó! —replicó, exasperada.

—Tú también te escabulliste de mi cama, después de utilizar el sexo para intentar manipularme, para colarte por el barco y forzar la entrada a mi servidor.

—Yo noforcé ninguna entrada, y solo lo hice porque no me permitías acercarme a un ordenador.

Se habían ido acercando el uno al otro durante el intercambio hasta que los pies descalzos de Kinley rozaron los náuticos de Jameson. Llevaba los brazos en jarras, y su pecho subía y bajaba con furia. Jameson se debatió entre besarla y estrangularla, pero decidió desescalar la situación.

—Hice lo que era necesario hacer. Estaba intentando ayudarte y protegerte.

—Yo no te pedí que me ayudaras ni que me protegieras.

—Puede que no, pero es obvio que necesitabas ambas cosas —replicó, apretando los puños.

—¿Y quién te ha nombrado mi salvador? ¡En ningún momento, en lo que dura esta situación, me has pedido opinión! ¡Me has secuestrado, me has mentido y me has manipulado a tu antojo!

Contemplando las cosas desde su perspectiva, era eso exactamente lo que había hecho.

—Porque eres una persona terca, solitaria y desconfiada. Kinley, Gray y yo hemos estado intentando que nos pidieras ayuda durante más de un año, y no me has dejado otra opción.

Se llevó la mano al pecho para intentar borrar la sensación de que se había tragado un ladrillo que lo aplastaba todo. Le parecía que estaba perdiéndolo todo de nuevo. La misma sensación que cuando el policía se presentó para decirle que sus padres habían muerto. ¿Cómo había ocurrido? ¿Cómo se había ido a enamorar de una mujer que sabía que acabaría yéndose?

—Tu vida es un caos, Kinley, pero no por lo que te pasa, sino porque tú lo eliges. Me dijiste que te sientes sola, y lo estás porque así lo decides tú. Que no tenías a quien confiarle esa información. Ni siquiera me la ibas a confiar a mí, porque no quieres que alguien pueda hacerte daño.

Sus palabras se quedaron como suspendidas en el aire. A su alrededor, el único sonido era el del agua que hendía la quilla del barco.

—Tienes razón —reconoció—. He decidido aislarme porque me han herido. Porque las personas que deberían haberme protegido no lo hicieron. Y es mi elección. Una elección que puedo cambiar.

Jameson sintió que el pecho se le derretía... hasta que Kinley lo dejó atrás y se acercó a Gray. Tan centrado estaba en ella que se había olvidado de que su amigo seguía allí.

—Ayúdame —le dijo a su hermano, ofreciéndole la memoria.

Desde el parking se veía el barco inmóvil a la luz de la tarde. No debería sentirse traicionada porque Jameson no hubiera ido a despedirse, pero no podía evitarlo. Seguía enfadada con él, pero a medida que habían ido pasando las horas, sus emociones habían perdido fuerza.

No debería haber copiado los archivos sin su permiso, pero ella también había hecho algunas cosas de las que no se sentía orgullosa. El resultado final era que Gray disponía ya de la información necesaria para hacer pagar a los de One Peace. Era evidente que ellos estaban detrás del robo del dinero, del anónimo en el que se le pedía que devolviera la cantidad que había robado y del intento fracasado de secuestro, y Gray y Stone habían decidido que la mejor estrategia era cortarle la cabeza a la serpiente, a la espera de que el cuerpo acabase muriendo también.

Mientras, ella se iría a una casa segura en Charleston, donde permanecería hasta que el peligro más inmediato pasara. Jameson debía estar al tanto del plan, aunque no había participado en ninguna de las conversaciones que lo habían preparado. Tampoco había estado presente cuando el equipo había revisado en remoto el archivo que le había costado meses reunir.

—¿Lista?

La voz de Gray la sacó de su ensimismamiento. ¿Quién iba a decir que aquel barco había llegado a ser casi como un hogar para ella, mucho más sin duda que cualquiera de las casas en las que había estado a lo largo de su vida?

Asintió y subió al coche. Gray hizo lo mismo, pero el chófer no arrancó de inmediato.

—¿Estás segura de que esto es lo que quieres hacer?

No, no lo estaba, pero el vacío que sentía en el estómago la empujaba a marcharse y dejar atrás a Jameson y las emociones contradictorias que le hacía sentir. El miedo. La esperanza. La necesidad de apoyarse en su pecho cada vez que lo tenía cerca. Jameson Neally hacía que se sintiera vulnerable, así que lo mejor que podía hacer era poner tierra de por medio antes de que pudiera resultar herida. Una vez más.

Gray tomó su mano desde el otro extremo del asiento trasero.

—Sé que, a pesar de todos los intentos, solo llevo menos de veinticuatro horas siendo tu hermano mayor, pero ¿puedo darte un consejo?

—Has sido mi hermano mayor toda la vida —sonrió—. Lo que pasa es que yo me acabo de enterar. Y como tendrás que irte poniendo al día con los consejos, puedes empezar ahora.

—El amor nunca es fácil, pero por eso precisamente vale la pena. Hay algo en la psique de los seres humanos que nos hace apreciar lo que nos cuesta trabajo conseguir. Amar a alguien, confiar en alguien, nunca es fácil pero, en mi experiencia, suele valer la pena.

—¿Cómo puedes decir eso, siendo tantos los que te han traicionado y utilizado?

Gray se giró para quedar de frente a ella.

—Te has pasado media vida huyendo, y con razón, pero ahora ha llegado el momento de que te preguntes qué es lo que quieres de verdad, y si seguir huyendo es el mejor modo de lograrlo. Ya no estás sola, Kinley, y no me refiero solo a mí.

Apoyó la cabeza en el asiento. Jameson. Eso era lo que quería. La respuesta era simple y rápida. Una vida con él. Tener a alguien así era un sueño que nunca se había permitido, pero él había encontrado el modo de colarse por debajo de sus defensas, de tentarla con la realidad de algo tan dulce y, al mismo tiempo, tan lejos de su alcance.

Tenía razón. Había interpuesto barreras entre ellos cada vez que había podido. Era cierto que Jameson había cometido muchos errores, pero cada vez que la había manipulado o mentado, lo había hecho pretendiendo lo mejor para ella. No era excusa, pero quizás era algo con lo que podían trabajar. ¿Acaso no se lo debía a sí misma? ¿No debía intentar averiguarlo?

Como si le estuviera leyendo el pensamiento, las palabras de Gray se colaron por debajo de las pocas defensas que quedaban en pie:

—El instinto de conservación es muy difícil de desactivar, sobre todo cuando se ha llevado tan grabado a fuego como tú y yo.

—Y, por lo poco que sé del pasado de Joker, él aprendió a activarlo por la vía dura.

Los detalles que había compartido con ella sobre su pasado volvieron a su cabeza: la historia de la muerte de sus padres, la del amigo que lo traicionó... tenía muchas razones para erigir muros defensivos bien altos y, sin embargo, con ella los había derribado todos.

Cerró los ojos e inspiró hondo.

—Maldita sea...

Gray se sonrió e inclinándose por delante de ella, abrió la puerta de su lado.

—Siempre he sabido que eras una chica lista.

Desde la cubierta, Jameson vio a Kinley subir al coche. Era cierto: se marchaba.

Dio la vuelta y bajó al vientre del barco. Había dado la noche libre a la tripulación para que pudieran disfrutar de la oportunidad de conocer Nueva Orleans. Incluso Eric había desembarcado, con lo que estaban solos el Queen y él.

Sin rumbo fijo, deambuló por el barco. No, no era cierto. Sabía exactamente adónde iba —al camarote que había ocupado Kinley—, así que dio media vuelta para evitarlo pero, mirara donde mirase, su fantasma permanecía. Incluso en el nivel más inferior, donde estaban las motos de agua. Recordar cómo reía yendo a toda velocidad le hizo sonreír. Guardándose las manos en los bolsillos, se apoyó en la borda del barco y contempló el horizonte. El silencio empezaba a resultarle opresivo, hasta que oyó la campana anunciando un correo en el buzón de entrada. Sacó el móvil del bolsillo. No era para él, sino para la cuenta de Kinley que había clonado días atrás. La curiosidad le hizo abrirlo. Era una fotografía del Queen en el puerto de Nueva Orleans. Debía haber sido tomada unos minutos antes, porque la trasera del coche de Kinley se veía en una esquina alejada.

Un escalofrío lo sacudió al ver la imagen, pero el pie de foto era aún peor:

Te advertí lo que podía ocurrir. Tic, tac, bum.

Sin pensárselo, corrió a la popa y se lanzó al agua, que lo recibió, abrazándolo. Nadando con todas sus fuerzas, se alejó cuanto pudo antes de emerger. Flotando en mitad del puerto, se volvió a mirar al Queen. Nada. La silueta del barco se recortaba contra el cielo de la noche que se acercaba.

Empezaba a sentirse un idiota por haberse lanzado al agua así cuando el mundo explotó.

Capítulo Catorce

El estampido le llegó lo primero, doblándola por la cintura con su impacto. El calor fue después, aun cuando se había visto lanzada contra el suelo, y no por la deflagración, sino porque Gray se lanzó sobre ella para protegerla.

Los oídos le pitaban y la cabeza le daba vueltas. El mundo parecía trastornado. Los contornos de lo que había en torno suyo se habían difuminado y, de pronto, recuperaron el foco.

Algo había explotado. Se incorporó y miró hacia donde estaba el Queen. El horror la sacudió.

—¡Jameson!

Sin pensar, salió corriendo por el aparcamiento. Del barco salía un humo denso y las llamas se elevaban hacia el cielo nocturno.

La culpa y la angustia se le agolparon. Si estaba muerto, sería culpa suya.

—Jameson. Jameson.

Apenas reconocía su propia voz cuando unas manos la sujetaron por la cintura, impidiéndole avanzar.

—No puedes subir, Kinley. No es seguro.

—¡Suéltame! —se resistió con todas sus fuerzas—. ¡Jameson me necesita!

Pero Gray la sujetó con más fuerza, levantándola en volandas para impedir que sus pies conectaran con el suelo.

El caos se había desatado a su alrededor. Las sirenas aullaban en la distancia. La gente se arremolinaba para mirar. El mundo se rompía en pedazos delante de ella.

—¡Que alguien pida ayuda!

El grito llegó de un poco más adelante en la marina, y una descarga de esperanza la soliviantó. Volvió a intentar soltarse, y Gray aflojó los brazos.

En la oscuridad, vio una figura alta a la que ayudaban a salir del agua y que se desplomaba en el suelo. Apenas había luz y no podía estar segura, pero el palpito que sintió en el vientre le confirmó que era él. Tosía como si tuviera agua en los pulmones, un sonido terrible y precioso.

—Estoy bien —oyó que decía con voz rasposa, pero que ella habría reconocido en cualquier parte.

Arrodillándose a su lado, reconoció su cuerpo con las manos.

—¿Estás herido?

Él tomó sus manos y se las llevó al pecho.

—No. Ya estaba en el agua. Ha sido la explosión lo que me ha dejado sin aire.

—¿Cómo que en el agua? ¿Qué hacías en el agua?

Jameson negó con la cabeza y miró a la gente que se estaba congregando a su alrededor. Gray acababa de llegar y se agachó para ayudarlo a levantarse. En un abrir y cerrar de ojos, estaban los tres en el coche y se alejaban de la marina.

—Espera.

Kinley se volvió para contemplar la barahúnda de gente y luces de emergencia. El Reina de Corazones, orgullo y alegría de Jameson, había quedado completamente destruido. Aún se mantenía a flote, pero no sería por mucho tiempo. Tenía un agujero enorme en un costado y varias de las cubiertas habían desaparecido por completo.

—¿No tendríamos que hablar con las autoridades, o algo?

—No —Gray ocupaba el asiento delantero del acompañante y se volvió a mirarla, tajante—. Ahora lo fundamental es poneros a salvo a los dos.

Jameson, has dicho que habías dado la noche libre a la tripulación. ¿Había alguien más abordo?

—No. Se habían ido todos ya.

—¿Cómo pudiste saltar a tiempo?

Su hermano hizo la pregunta que a ella le daba vueltas por la cabeza.

—Hace días, cloné el teléfono de Kinley, y un momento antes, recibí un correo con una foto del Queen y unas cuantas palabras que me hicieron pensar que había una bomba en el yate. Afortunadamente estaba en la popa y salté. Justo a tiempo.

Kinley lo miró en silencio un instante, sacó el móvil del bolso y, horrorizada, leyó el correo que no había visto. Sabía que debería estar enfadada porque le hubiera clonado el teléfono, pero teniendo en cuenta que así había salvado la vida, no consiguió sentir esa emoción.

—Creía que habías muerto —dijo con un hilo de voz.

Él sonrió de medio lado.

—Pues no, pero me alegro de saber que te habría afectado.

—¿Afectado? ¡Pero si no podía respirar! Estaba dispuesta a entrar en las llamas para buscarte. Fue Gray quien me sujetó para que no lo hiciera.

—No sé qué decir a eso... bueno, sí que lo sé —se corrigió—. Kinley, ver que te ibas me ha destrozado. Solo me había sentido así otra vez, y fue cuando supe que mis padres habían muerto. Aquella noche me sentí completamente solo, y he seguido sintiéndome así durante muchísimo tiempo. Hasta que tú llegaste —la emoción le ahogaba, pero siguió hablando—. Sé que todo lo he hecho mal, y si volviera a encontrarme en esa situación, lo haría de otro modo. Fui yo el primero en dar el paso en la confianza porque sabía que tú no podrías hacerlo, pero te habría pedido permiso para copiar la información de tu colgante, para llamar a tu hermano o para llevarte al barco. Habría consultado todo contigo.

El miedo que había sentido al ver la explosión seguía en ella, pero había también otra emoción mucho más fuerte.

—Te quiero —las palabras se le escaparon de la boca antes siquiera de que fuera consciente de haber formulado el pensamiento, pero por nada del mundo las retiraría—. Te quiero.

—Lo siento —dijo él, abrazándola para poder sentirla—. Lo que tú quieras y necesites me importa y mucho, Kinley. Siento haberte mentido y haberte arrinconado. Siento muchísimo haber hecho exactamente lo mismo que hicieron tus padres: despojarte de la capacidad de decidir. Y te prometo que, si me das otra oportunidad, nunca volveré a hacerlo. Tu felicidad es lo que más me importa. Si quieres que vivamos como gitanos, cambiando de casa cada pocos meses para poder salvar al mundo, lo haremos —la apretó contra su pecho—. Cuando estaba flotando en el agua, viendo cómo el Queen era pasto de las llamas, tuve solo una cosa muy

clara. Llevaba años considerando ese barco mi hogar, y esperaba tener una gran sensación de pérdida cuando lo vi saltar por los aires, pero no fue así. Perderte a ti había sido mucho más devastador porque el hogar de uno no es el sitio que habita, sino las personas con las que comparte la vida.

Kinley suspiró y se abrazó a él con fuerza.

—Yo también lo siento. Necesito confiar y dejar que otras personas se acerquen a mí. No solo tú. También otras personas. No quiero volver a estar sola.

—Tengo que decirte la verdad —contestó él—: tu forma de vida me asusta. Ya perdí a las dos personas a las que más quería, y esa pérdida me destrozó la vida, sumiéndome en un caos del que me costó mucho salir. Pensar que podían hacerte daño... lo que haces es muy peligroso —continuó, apretándola más—. Pero estar sin ti me asusta todavía más, y estoy dispuesto a hacer lo que sea necesario para formar parte de tu vida.

—Estoy cansada de esa vida —contestó ella, poniendo una mano en su mejilla—. Ayúdame a encontrar otro modo de vivir. Un modo de hacer el bien sin sacrificar mi seguridad. Y sin perderte a ti.

—Eres fascinante, Kinley —respondió, con una mano en su nuca—. Me fascinas y me desafías. Esta necesidad tuya me vuelve loco y me completa. Nunca te haría elegir, pero cuando esto termine, quiero que te quedes. Por ti, por mí, por los dos.

—Me enfadé muchísimo cuando supe que me habías copiado la información, pero no porque fuese importante, sino porque era a primera vez en años que confiaba en alguien y me sentí traicionada.

—Lo siento —contestó, apretando su nuca—. No era mi intención.

—Lo sé. Ya entonces lo sabía. Eres importante para mí, Jameson. Más de lo que me esperaba, o de lo que buscaba, y quiero seguir por este camino. Hay algunas cosas que tendremos que solucionar, pero quiero hacerlo contigo.

Jameson la besó en la boca, y Kinley se abrió a él de inmediato, sin reservas, sin sombras, sin dudas. No podría decir cuánto tiempo estuvieron besándose, pero lo que sí sabía era que no quería separarse de él jamás.

Fue la voz de Gray lo que les interrumpió.

—Es un momento muy conmovedor, pero tenemos algunos cabos sueltos que asegurar.

Epílogo

Kinley no le quitaba ojo a Meredith Mercado, una conocida periodista, mientras iba enumerando los hechos que descubrían un escándalo de corrupción al más alto nivel en una reputada organización sin ánimo de lucro. La pantalla la ocupaban imágenes de gente poderosa a la que la policía trasladaba esposada. Empresarios, políticos e inversores. Stone y Gray habían descubierto la fuente de las amenazas contra ella, un político francés que había contratado a unos matones para que cumplieran sus órdenes. Todos habían sido detenidos.

Debería sentir satisfacción, y a rasgos generales era así, pero también había en ella cierta tristeza porque aquello significaba que su vida de antes desaparecía por completo.

Su hermano estaba concediendo una entrevista a un canal de noticias al fondo de la sala.

—Mi familia está destrozada por la pérdida de mi hermana y de un buen amigo en la explosión de la marina. Parece ser que se debió a un problema del motor que desencadenó en un terrible accidente. Ahora todo lo que les pedimos es respeto, para que ambas familias podamos llevar el luto por nuestra pérdida en la intimidad.

Al parecer, Stone Surveillance disponía de recursos para asegurarse de que nadie contradijera esa historia. Después de mucho debate, el equipo había decidido que era lo mejor que podían hacer: que el mundo creyera que Joker y ella habían muerto. De ese modo, si alguien de One Peace quedaba sin condena, los dos habrían desaparecido del radar.

—¿Estás preparada? —preguntó Jameson, rodeándole la cintura con un brazo.

Lo desconocido siempre resultaba intimidante, pero aquella vez no iba a desaparecer sola.

—Por supuesto —respondió, besándole la mejilla—, pero me desilusiona no poder recuperar el dinero.

—No es que lo necesitemos.

—No, pero es un montón de dinero, y no me gustaría que quedase en manos de One Peace.

—Hemos terminado —dijo el cámara, que había estado grabando a su hermano.

Gray se quitó el micrófono y se acercó a ellos. Kinley pensó que iba a recordarles alguna parte del protocolo de seguridad que habían organizado para proteger sus nuevas identidades, pero lo que no se esperaba era oírle decir, mientras pasaba a su lado en dirección a la puerta:

—Por cierto, el dinero de Kinley lo tengo yo.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Jameson, volviéndose a mirarla.

—Juraría que ha dicho que tiene mi dinero, pero eso no tiene sentido... ¿no?

—Nunca habría pensado que tu hermano supiera cómo hacer desaparecer esa cantidad.

—Ahora que lo pienso, anduvo trasteando en mi teléfono para asignar a sus llamadas un timbre distintivo, y a veces ha comentado cosas que no sé cómo había podido llegar a saber.

Jameson abrió los ojos de par en par.

—¡Hijo de perra! Seguro que andaba ya vigilándonos a los dos, porque el dinero no desapareció de mi cuenta hasta un día después de que lo sacara de la tuya, y fue después de que tu hermano me llamase para hacerme unas preguntas que entonces me parecieron perfectamente inocentes.

Kinley rompió a reír a carcajadas.

—¡Pues no tiene gracia! —protestó él.

—Sí que la tiene —respondió cuando pudo—. ¡Nos la ha dado con queso a los dos!

Tenía razón, pero su ego se negaba a reconocerlo.

—¿Sabes? —cambió de tema, abrazándola de nuevo—. Aún puedes cambiar de opinión.

—No. Quiero hacerlo así, contigo.

—Gracias a Dios, porque ahora no sería capaz de separarme de ti.

A él le había costado algo más dar el paso porque se había pasado años construyendo su reputación como hacker, pero al final, había decidido dar el salto con ella. No iba a ser un salto muy grande, porque Anderson Stone les había dado identidades nuevas e iban a trabajar para Stone Surveillance allí mismo, en Charleston. Así ella podría construir una relación con su hermano, y ambos beneficiarían a mucha gente que lo necesitaba con su trabajo. El futuro iba a ser muy distinto de lo que siempre se habían imaginado, pero en ese futuro iban a estar juntos.

—¿Listos para conocer al equipo? —les preguntó Gray, de vuelta de la otra sala.

—Hagámoslo —contestó Jameson, y la besó suavemente en los labios.

Kinley asintió y, de la mano, pusieron rumbo a lo que el futuro quisiera depararles.